

11(257-77)

# ALGUNOS CUENTOS CHILENOS

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS  
DE  
ARMANDO DONOSO



COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.  
BUENOS AIRES-MÉXICO

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

11(257-17)

4605



ALGUNOS CUENTOS CHILENOS

*J. edue*



# ALGUNOS CUENTOS CHILENOS

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

DE

ARMANDO DONOSO

---

ESPASA · CALPE ARGENTINA, S. A.  
BUENOS AIRES · MÉXICO

*Primera edición, especialmente autorizada para la  
COLECCIÓN AUSTRAL*

*Queda hecho el depósito que previene la ley N° 11723*

*Todas las características gráficas de esta colección han  
sido registradas en la oficina de Patentes y Marcas de  
la Nación*

*Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.  
Buenos Aires, 1943*

**BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA**

**PRINTED IN ARGENTINE**

*Acabado de imprimir el día 10 de agosto de 1943*

---

*Cía. Gral. Fabríl Financiera, S. A. - Iriarte 2035 - Buenos Aires*

## ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
<i>Cuentistas chilenos</i> .....	9
BALDOMERO LILLO:	
El chiflón del diablo.....	19
FEDERICO GANA:	
La señora.....	34
AUGUSTO D'HALMAR:	
En provincia.....	45
RAFAEL MALUENDA:	
Eloísa.....	59
FERNANDO SANTIVÁN:	
¡Era tan lindo!.....	76
EDUARDO BARRIOS:	
La antipatía.....	85
JOAQUÍN EDWARDS BELLO:	
El bandido.....	105
MARIANO LATORRE:	
La desconocida.....	116
MARTA BRUNET:	
Doña Santitos.....	130
MANUEL ROJAS:	
El colocolo.....	138



# CUENTISTAS CHILENOS

Chile, país recogido detrás de sus montañas, a causa de su aislamiento ha debido tener una literatura característica. Es decir, que de ser cierta la correspondencia entre el medio físico y el ambiente moral, así como la fauna y la flora reproducen las condiciones de la tierra, la producción literaria chilena debería ofrecer un carácter bien suyo. Sin embargo, nada de eso ocurre: valga el caso del cuento, que ni siquiera tiene un carácter peculiar que lo singularice como a un género aclimatado con vida propia en ese país. Antes bien, según ocurre con la mayor parte de la literatura americana, deja traslucir reminiscencias y evidentes influencias de autores extranjeros bien conocidos, como Maupassant, Turgueneff, Bret Harte y tantos y tantos de los escritores de estos últimos años. Y ello es natural. La cultura no se improvisa: proceso de voliciones profundas, de paciente observación, suele ser una larga adaptación de lo que se recogió en muchas fuentes. Por eso parece natural que los pueblos antes deban vivir su infancia para llegar luego a esa madurez que hace posible las perfectas floraciones del arte acabado. Tal vez en América el caso de México comienza a ser una excepción, porque en menos de estos últimos cinco lustros comienza a producir algunas obras de verdadero arraigo popular, que son la

expresión exacta, valiente y ruda de su existencia autóctona.

X Chile puede mostrar ya un arte bien interesante, extraordinario en su poesía actual, valioso en la novela y el cuento, escaso en el ensayo y la crítica, sabio y original en su pintura y en la producción musical. Pero, todo eso, con la excepción de sus poetas, representa un comienzo que aguarda su estío, la hora de su total madurez.

De que el cuento se renueva y se enriquece en el suceder de las recientes generaciones chilenas, pueden demostrarlo dos antologías consagradas, en menos de cinco años, a las obras de los cuentistas jóvenes, los de extrema vanguardia literaria.

Chile, a pesar de su aislamiento geográfico, siempre estuvo en contacto con las corrientes cosmopolitas del arte. Ello es dable justipreciarlo en la evolución de su literatura, en la amplitud de sus tendencias pictóricas, en su arquitectura, influídas siempre por la última palabra de la producción europea. ¿Qué mucho, entonces, que los cuentos mineros de Baldomero Lillo recuerden las escenas del "Germinal" de Zola, o las escenas campesinas de Federico Gana nos hagan pensar en los "Relatos de un cazador" de Turgueneff? Es indudable también que Augusto d'Halmar y Rafael Maluenda dejan trasparentar sus primeras lecturas: Tolstoi, Loti, Ibsen, Daudet; es decir, los autores franceses, los escandinavos, los rusos y más de algún narrador norteamericano, como el autor de los "Bocetos californianos" y Jack London. Pero, eso es natural y explicable, según ya lo anotábamos, porque la carrera de cualquier escritor en sus comienzos no es más que un constante aprendizaje. Sin embargo, todos ellos, tras la necesidad de las an-

daderas, encontraron bien pronto su expresión propia, y así su obra de madurez cuenta a su haber algo durable, que ha contribuído a formar el fondo de lo que hoy constituye la auténtica literatura chilena.

Hay momentos en la vida de los pueblos en que las influencias trascienden de los pequeños círculos artísticos y se convierten en precipitaciones de necesidades generales impuestas por las circunstancias o por imperativos incontrarrestables. Tal fué el caso de la literatura social, de honda influencia política, que en los comienzos del siglo actual encarnaron escritores como Zola o Gorki, que determinó una modalidad de los escritores chilenos, sobre todo en la generación de los dos primeros lustros después del novecientos, llevándoles a buscar en el pueblo, en el campo, en la vida rústica, a los personajes de sus producciones. Las revistas y los libros de esa época bien lo atestiguan. Se erigió en norma de interesante dramatismo para la creación literaria, la existencia sufrida, monótona y espoliada del labriego y del obrero. Las pasiones elementales, amores y odios, codicia y venganza, apetitos y ambiciones, se erigieron en asuntos de clamorosa vindicación social. De una parte el hombre del brazo, del salario, y del otro el patrón: el capital implacable, brutal, contra el trabajo resignado y productivo. En suma, el aspecto real y descarnado de la desigualdad humana, contra la cual se erigían los apóstoles anunciadores de los nuevos anhelos de la humanidad.

Sería preciso releer hoy "El anunciador de las tempestades" de Gorki para darse cuenta de cómo podían influir esos maestros en las incipientes generaciones americanas, hasta el punto que los

escritores chilenos de entonces llegaron a publicar la revista anarquista *Panthesis*, espejo de las inquietudes y anhelos antes intelectuales que hijos de una verdadera aspiración social.

El estudio del cuento como trasunto de la vida chilena constituiría el mejor exponente para un interesante cuadro de la psicología nacional de ese país: a través de sus escenas desfilan tipos, costumbres, aspiraciones, creencias de la vida militar y del campo, de la pampa salitrera y de la ciudad, del burgués y del jornalero, del apir y del hombre de las clases altas, de la familia y de los grupos políticos, todo lo que constituye el fondo y la superficie en la vida de un pueblo. Y aun sería curioso, yendo más lejos todavía, verificar cómo la mayor parte de los cuentistas chilenos de estos últimos años procede del pueblo o de la clase media, que han dado lo más valioso de esa intelectualidad, lo cual explica el sentido patético y exacto de la realidad que ha constituido el motivo de sus producciones. Es el caso de Manuel Rojas, de Mariano Latorre, de J. S. González Vera, de Fernando Santiván, de Rafael Maluenda, de Francisco A. Coloane, para no citar sino a algunos de entre los más notorios.

El cuento y el cuadro de costumbres, que proceden en Chile de la tradición honrosa de José Joaquín Vallejos, Daniel Riquelme y Joaquín Díaz Garcés, han logrado en ese país un desenvolvimiento singular, de tal manera cuentan a su haber con un buen número de escritores bien interesantes, muchos de los cuales han explotado con talento la nota criollista. Tal vez en algunos de ellos la limitación local que le concede demasiada importancia al habla lugareña, con sus giros autóctonos y el ca-

lor peculiar de su rudimentaria expresión imaginativa, representa un defecto grave, que la circunscribe a su carácter de literatura regional. Con frecuencia han salvado este escollo algunos de los más representativos de este género, como Federico Gana, Guillermo Labarca y Mariano Latorre; este último, sólo en alguna parte de su obra, que constituye una especie de amplia geografía descriptiva de la vida chilena, pues abraza desde el campesino apegado a las tierras del valle central hasta la gente rústica del mar y de la cordillera, que siempre tiene como primer plano y como telón de fondo el paisaje de la tierra, animado por un sentido de pintor realista y minucioso. Tal vez por esto ha podido reprochársele a Latorre que en su cualidad objetiva esencial reside el defecto de sus mejores cuentos, dueños, por otra parte, de una lengua rica, acaso la más castiza de la literatura chilena actual.

Constituiría un prolijo y extenso capítulo de historia literaria, trazar el cuadro completo del cuento chileno en la actualidad, que algunos de los escritores más recientes conciben según normas artísticas bien diversas de las usuales. Sería preciso considerar, de antemano, el cuento poemático, simplemente imaginativo, que tan bellos ejemplos encuentra en la producción de d'Halmar, de Gabriela Mistral, de Pedro Prado y de Federico Gana, en el que este último imita, una vez más, a Turgueneff. Es el cuento simplemente artístico, de creación pura, que cultivan Vicente Huidobro, Benjamín Subercaseaux y Salvador Reyes. Representa este aspecto la vuelta a lo estrictamente literario, algo de lo que en otra modalidad se propuso realizar Francisco Contreras con la literatura mítica de su *Pueblo Maravilloso*, bien lograda en algunas de sus

soberbias novelas acogidas en las páginas del *Mer-cure de France*, como reacción contra la adocenada modalidad del género en todos los países de lengua española. Pensaba él que, durante el medio siglo último, las normas del cuento y la novela chilenas eran siempre las mismas: en la mayoría de los escritores la tiranía de la fidelidad casi fotográfica por los asuntos vistos y vividos, o sea el culto por la prolijidad descriptiva, la minucia del lenguaje rústico, más propia del folklore que del arte; o bien la simple estilización imaginada de la vida campesina, personas y cosas convertidos en decorativos asuntos literarios: valga el caso de algunos relatos de Federico Gana o ciertas historias de bandidos de Rafael Maluenda.

Chile cuenta, en lo que va corrido del presente siglo, con una literatura abundante, variada y novedosa de cuentistas. Son muchos ya los autores que han escrito bellos libros capaces de contribuir a la mayor gloria de este género literario. Tal vez no es dable hablar del cuento chileno como de una producción representativa del carácter nacional de esa tierra, como no es dable hablar aún en América de un género literario característico, tal la novela rusa, la poesía francesa o el teatro español. Sin embargo, a través de la variedad de sus creaciones, es posible conocer muchos aspectos de la vida chilena, tan distinta en sus diversas regiones, en sus múltiples aspectos, en la vivacidad de su color local y en lo que constituye lo esencial de ella, el carácter siempre diverso de sus escritores, nutrido en fuentes formadas con el aporte de tantas y tantas corrientes cosmopolitas que han actuado en la formación social del país. Sólo así se conciben las diferencias radicales que median entre Baldomero

Lillo y Augusto d'Halmar, entre Joaquín Edwards Bello y Marta Brunet, entre Manuel Rojas, Eduardo Barrios, Luis Durand y Fernando Santiván. Si unos hacen pensar en Zola o en Daudet, otros recuerdan a Dostoiewski y a Pirandello.

La presente Antología de cuentistas chilenos sólo recoge las producciones de algunos autores que cuentan con una obra digna de ser divulgada en el exterior. Estas cortas páginas sólo pueden ser un anticipo de nuevos volúmenes, que habrán de completar el aspecto más interesante de una literatura. De tal manera, a este libro de «Algunos cuentos chilenos», que acoge la COLECCIÓN AUSTRAL, podrán seguir «Nuevos cuentos chilenos» y «Otros cuentos chilenos» que, en la medida del tiempo y las circunstancias, podrá ofrecer esta editorial a sus lectores.

Aquella leyenda negra que hacía aparecer a Chile como un país dado tan sólo a las especulaciones de los estudios jurídicos y de historia, encontrará tal vez su mejor desmentido en libros como éste, que contribuirán a reivindicar para el sobrio pueblo trasandino los dones de la imaginación y del arte.

ARMANDO DONOSO.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

Una vida gris, sin sobresaltos, horra de atormentadoras inquietudes, fué la de este varón bondadoso, cuya adolescencia no tuvo más alternativas que su tranquilo pasar en su pueblo natal de Lota, en cuyas minas de carbón pudo observar la vida de los mineros que, de tarde en tarde, los hundimientos de los piques sacudían con sus desgracias. De tal manera, los socavones mineros de Lota y Coronel fueron su verdadera escuela de experiencia humana para la realización literaria de su mejor obra.

Nacido el 6 de enero de 1867, hizo algunos estudios en el Liceo de Lebu y se trasladó a Santiago en 1898. En 1903 obtuvo un premio literario en la Revista Católica y, un año más tarde, la publicación de sus cuadros mineros, «Sub terra», le valió una inmediata notoriedad.

A cargo de un modesto empleo en la Universidad de Chile, su vida transcurrió sin más cambio que algún viaje ocasional a la región de las salitreras, en el norte del país, donde concibió la idea de una novela, que habría de basarse en la huelga revolucionaria de Iquique, de la cual sólo escribió dos capítulos.

Inició su vida literaria con algunas colaboraciones, artículos, cuentos y cuadros de costumbres, publicados en «El Mercurio», que en el presente año ha recogido en volumen, bajo el título «Relatos populares», J. S. González Vera, su mejor biógrafo.

En 1907 dió a la estampa su segunda y última colección de cuentos, «Sub sole».

Acogido a una precaria jubilación y despreocupado de los afanes literarios, falleció en San Bernardo en septiembre de 1923.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## EL CHIFLÓN DEL DIABLO

En una sala baja y estrecha, el capataz de turno, sentado en su mesa de trabajo y teniendo delante de sí un gran registro abierto, vigilaba la bajada de los obreros en aquella fría mañana de invierno. Por el hueco de la puerta se veía el ascensor aguardando su carga humana que, una vez completa, desaparecía con él, callada y rápida, por la húmeda abertura del pique.

Los mineros llegaban en pequeños grupos y, mientras descolgaban de los ganchos adheridos a las paredes sus lámparas ya encendidas, el escribiente fijaba en ellos una ojeada penetrante, trazando con el lápiz una corta raya al margen de cada nombre. De pronto, dirigiéndose a dos trabajadores que iban presurosos hacia la puerta de salida, los detuvo con un ademán, diciéndoles:

—Quédense ustedes.

Los obreros se volvieron sorprendidos y una vaga inquietud se pintó en sus pálidos rostros. El más joven, muchacho de veinte años escasos, pecoso, con una abundante cabellera rojiza, a la que debía el apodo de Cabeza de Cobre, con que todo el mundo lo designaba, era de baja estatura, fuerte y robusto. El otro más alto, un tanto flaco y huesudo, era ya viejo, de aspecto endeble y achacoso.

Ambos, con la mano derecha, sostenían la lámpara y con la izquierda un manojo de pequeños trozos de cordel, en cuyas extremidades había atados un botón o una cuenta de vidrio de distintas formas y colores:

eran los *tantos* o señales que los barreteros sujetan dentro de las carretillas de carbón para indicar arriba su procedencia.

La campana del reloj, colgado en el muro, dió pausadamente las seis. De cuando en cuando, un minero jadeante se precipitaba por la puerta, descolgaba su lámpara y con la misma prisa abandonaba la habitación, lanzando, al pasar junto a la mesa, una tímida mirada al capataz, quien, sin despegar los labios, impassible y severo, señalaba con una cruz el nombre del rezagado.

Después de algunos minutos de silenciosa espera, el empleado hizo una seña a los obreros para que se acercasen, y les dijo:

—Son ustedes barreteros de la Alta, ¿no es así?

—Sí, señor—respondieron los interpelados.

—Siento decirles que quedan sin trabajo. Tengo orden de disminuir el personal de esa veta.

Los obreros no contestaron y hubo por un instante un profundo silencio.

Por fin, el de más edad dijo:

—¿Pero se nos ocupará en otra parte?

El individuo cerró el libro con fuerza y echándose atrás en el asiento, con tono serio contestó:

—Lo veo difícil, tenemos gente de sobra en todas las faenas.

El obrero insistió:

—Aceptamos el trabajo que se nos dé; seremos torneros, apuntaladores, lo que usted quiera.

El capataz movía la cabeza negativamente.

—Ya lo he dicho, hay gente de sobra, y si los pedidos de carbón no aumentan, habrá que disminuir también la explotación en algunas otras vetas.

Una amarga e irónica sonrisa contrajo los labios del minero y exclamó:

—Sea usted franco, don Pedro, y díganos de una vez que quiere obligarnos a que vayamos a trabajar al Chiflón del Diablo.

El empleado se irguió en la silla y protestó, indignado:

—Aquí no se obliga a nadie. Así como ustedes son libres para rechazar el trabajo que no les agrada, la Compañía, por su parte, está en su derecho para tomar las medidas que más convengan a sus intereses.

Durante aquella filípica, los obreros, con los ojos bajos, escuchaban en silencio, y al ver su humilde continente, la voz del capataz se dulcificó.

—Pero, aunque las órdenes que tengo son terminantes—agregó—quiero ayudarles a salir del paso. Hay en el Chiflón Nuevo o del Diablo, como ustedes lo llaman, dos vacantes de barreteros. Pueden ocuparlas ahora mismo, pues mañana sería tarde.

Una mirada de inteligencia se cruzó entre los obreros. Conocían la táctica y sabían de antemano el resultado de aquella escaramuza. Por lo demás, estaban resueltos a seguir su destino. No había medio de evadirse. Entre morir de hambre o aplastado por un derrumbe, era preferible lo último: tenía la ventaja de la rapidez. ¿Y adónde ir? El invierno, el implacable enemigo de los desamparados, que convertía en torrentes los lánguidos arroyuelos, dejaba los campos desolados y yermos. Las tierras bajas eran inmensos pantanos de aguas cenagosas, y en las colinas y en las laderas de los montes, los árboles ostentaban bajo el cielo eternamente opaco la desnudez de sus ramas y de sus troncos.

En las chozas de los campesinos el hambre asomaba su pálida faz a través de los rostros famélicos de sus habitantes, quienes se veían obligados a llamar a las puertas de los talleres y de las fábricas en busca

del pedazo de pan que les negaba el mustio suelo de las campiñas exhaustas.

Había, pues, que someterse a llenar los huecos que el fatídico corredor abría constantemente en sus filas de inermes desamparados, en perpetua lucha contra las adversidades de la suerte, abandonados de todos, y contra quienes toda injusticia e iniquidad estaba permitida.

El trato quedó hecho. Los obreros aceptaron sin poner objeciones el nuevo trabajo, y un momento después estaban en la jaula, cayendo a plomo en las profundidades de la mina.

La galería del Chiflón del Diablo tenía una siniestra fama. Abierta para dar salida al mineral de un filón recién descubierto, se habían en un principio ejecutado los trabajos con el esmero requerido. Pero, a medida que se ahondaba en la roca, ésta se tornaba porosa e inconsistente. Las filtraciones, un tanto escasas al empezar, habían ido en aumento, haciendo muy precaria la estabilidad de la techumbre, que sólo se sostenía mediante sólidos revestimientos.

Una vez terminada la obra, como la inmensa cantidad de maderas que había que emplear en los apuntalamientos aumentaba el costo del mineral de un modo considerable, se fué descuidando, poco a poco, esta parte esencialísima del trabajo. Se revestía siempre, sí, pero con flojedad, economizando todo lo que se podía.

Los resultados de este sistema no se dejaron esperar. Continuamente había que extraer de allí un contuso, un herido y también a veces algún muerto aplastado por un brusco desprendimiento de aquel techo falto de apoyo, y que, minado traidoramente por el agua, era una amenaza constante para las vidas de los obreros, quienes, atemorizados por la frecuencia de

los hundimientos, empezaron a rehuir las tareas en el mortífero corredor. Pero la Compañía venció muy luego su repugnancia con el cebo de unos cuantos centavos más en los salarios, y la explotación de la nueva veta continuó.

Muy luego, sin embargo, el alza de jornales fué suprimida, sin que por esto se paralizasen las faenas, bastando para obtener ese resultado el método puesto en práctica por el capataz aquella mañana.

Cabeza de Cobre llegó esa noche a su habitación más tarde que de costumbre. Estaba grave, meditabundo, y contestaba con monosílabos las cariñosas preguntas que le hacía su madre sobre su trabajo del día. En ese hogar humilde había cierta decencia y limpieza, por lo común desusadas en aquellos albergues, donde, en promiscuidad repugnante, se confundían hombres, mujeres y niños y tal variedad de animales, que cada uno de aquellos cuartos sugería en el espíritu la bíblica visión del Arca de Noé.

La madre del minero era una mujer alta, delgada, de cabellos blancos. Su rostro, muy pálido, tenía una expresión resignada y dulce que hacía más suave aún el brillo de sus ojos húmedos, donde las lágrimas parecían estar siempre prontas a resbalar. Llamábase María de los Ángeles.

Hija y madre de mineros, terribles desgracias la habían envejecido prematuramente. Su marido y dos hijos muertos, uno tras otro, por los hundimientos y las explosiones del grisú, fueron el tributo que los suyos habían pagado a la insaciable avidez de la mina. Sólo le restaba aquel muchacho, por quien su corazón, joven aun, pasaba en continuo sobresalto.

Siempre temerosa de una desgracia, su imaginación no se apartaba un instante de las tinieblas del manto carbonífero que absorbía aquella existencia que era su

único bien, el único lazo que la sujetaba a la vida.

¡Cuántas veces, en esos instantes de recogimiento, había pensado, sin acertar a explicárselo, en el porqué de aquellas odiosas desigualdades humanas que condenaban a los pobres, al mayor número, a sudar sangre para sostener el fausto de la inútil existencia de unos pocos! ¡Y si tan sólo se pudiera vivir sin aquella perpetua zozobra por la suerte de los seres queridos, cuyas vidas eran el precio, tantas veces pagado, del pan de cada día!

Pero aquellas cavilaciones eran pasajeras y, no pudiendo descifrar el enigma, la anciana ahuyentaba esos pensamientos y tornaba a sus quehaceres con su melancolía habitual.

Mientras la madre daba la última mano a los preparativos de la cena, el muchacho, sentado junto al fuego, permanecía silencioso, abstraído en sus pensamientos. La anciana, inquieta por aquel mutismo, se preparaba a interrogarlo, cuando la puerta giró sobre sus goznes y un rostro de mujer asomó por la abertura.

—Buenas noches, vecina. ¿Cómo está el enfermo? —preguntó cariñosamente María de los Ángeles.

—Lo mismo—contestó la interrogada, penetrando en la pieza—. El médico dice que el hueso de la pierna no ha soldado todavía y que debe estar en la cama sin moverse.

La recién llegada era una joven de moreno semblante, demacrado por vigiliias y privaciones. Tenía en la diestra una escudilla de hojalata, y mientras respondía, esforzábale por desviar la vista de la sopa que humeaba sobre la mesa.

La anciana alargó el brazo y cogió el jarro, y en tanto vaciaba en él el caliente líquido, continuó preguntando:

—¿Y hablaste, hija, con los jefes? ¿Te han dado algún socorro?

La joven murmuró con desaliento:

—Sí, estuve allá. Me dijeron que no tenía derecho a nada, que bastante hacían con darnos el cuarto; pero, que si él se moría fuera a buscar una orden para que en el despacho me entregaran cuatro velas y una mortaja.

Y dando un suspiro agregó:

—Espero en Dios que mi pobre Juan no los obligará a hacer ese gasto.

María de los Ángeles añadió a la sopa un pedazo de pan, y puso ambas dádivas en manos de la joven, quien se encaminó hacia la puerta, diciendo agradecida:

—La Virgen se lo pagará, vecina.

—Pobre Juana—dijo la madre, dirigiéndose a su hijo, que había arrimado su silla junto a la mesa—; pronto hará un mes que sacaron a su marido del pique con la pierna rota. ¿En qué se ocupaba?

—Era barretero del Chiflón del Diablo.

—¡Ah, sí, dicen que los que trabajan ahí tienen la vida vendida!

—No tanto, madre — dijo el obrero —; ahora es distinto, se han hecho grandes trabajos de apuntalamiento. Hace más de una semana que no hay desgracias.

—Será así como dices, pero yo no podría vivir si trabajaras allá; preferiría irme a mendigar por los campos. No quiero que te traigan un día como me trajeron a tu padre y a tus hermanos.

Gruesas lágrimas se deslizaban por el pálido rostro de la anciana. El muchacho callaba y comía sin levantar la vista del plato.

Cabeza de Cobre se fué a la mañana siguiente a su trabajo, sin comunicar a su madre el cambio de faena efectuado el día anterior. Tiempo de sobra habría

siempre para darle aquella mala noticia. Con la despreocupación propia de la edad, no daba grande importancia a los temores de la anciana. Fatalista, como todos sus camaradas, creía que era inútil tratar de substraerse al destino que cada cual tenía de antemano designado.

Cuando, una hora después de la partida de su hijo, María de los Ángeles abría la puerta, se quedó encantada de la radiante claridad que inundaba los campos. Hacía mucho tiempo que sus ojos no veían una mañana tan hermosa. Un nimbo de oro circundaba el disco del sol que se levantaba sobre el horizonte, enviando a torrentes sus vívidos rayos sobre la húmeda tierra, de la que se desprendían por todas partes azulados y blancos vapores. La luz del astro, suave como una caricia, derramaba un soplo de vida sobre la naturaleza muerta. Bandadas de aves cruzaban, allá lejos, el sereno azul, y un gallo de plumas tornasoladas, desde lo alto de un montículo de arena, lanzaba un alerta estridente cada vez que la sombra de un pájaro deslizábase junto a él.

Algunos viejos, apoyándose en bastones y muletas, aparecieron bajo los sucios corredores, atraídos por el glorioso resplandor que iluminaba el paisaje. Caminaban despacio, estirando sus miembros entumecidos, ávidos de aquel tibio calor que fluía de lo alto.

Eran los inválidos de la mina, los vencidos del trabajo. Muy pocos eran los que no estaban mutilados y que carecían ya de un brazo o de una pierna. Sentados en un banco de madera que recibía de lleno los rayos del sol, sus pupilas fatigadas, hundidas en las órbitas, tenían una extraña fijeza. Ni una palabra se cruzaba entre ellos, y de cuando en cuando, tras unos breves y cavernosa, sus labios cerrados se entre-

abrían para dar paso a un escupitajo negro como la tinta.

Se acercaba la hora del mediodía, y en los cuartos las mujeres atareadas preparaban las cestas de la merienda para los trabajadores, cuando el breve repique de la campana de alarma las hizo abandonar la faena y precipitarse despavoridas fuera de las habitaciones.

En la mina, el repique había cesado y nada hacía presagiar una catástrofe. Todo tenía allí el aspecto ordinario y la chimenea dejaba escapar sin interrupción su enorme penacho que se ensanchaba y crecía arrasado por la brisa que lo empujaba hacia el mar.

María de los Ángeles se ocupaba en colocar en la cesta destinada a su hijo la botella del café, cuando la sorprendió el toque de alarma y, soltando aquellos objetos, se abalanzó hacia la puerta, frente a la cual pasaban a escape, con las faldas levantadas, grupos de mujeres seguidas de cerca por turbas de chiquillos que corrían desesperadamente en pos de sus madres. La anciana siguió aquel ejemplo: sus pies parecían tener alas, el aguijón del terror galvanizaba sus viejos músculos y todo su cuerpo se estremecía y vibraba como la cuerda del arco en su máximo de tensión.

En breve se colocó en primera fila, y su blanca cabeza, herida por los rayos del sol, parecía atraer y precipitar tras de sí la masa sombría del harapiento rebaño.

Las habitaciones quedaron desiertas. Sus puertas y ventanas se abrían y se cerraban con estrépito, impulsadas por el viento. Un perro, atado en uno de los corredores, sentado en sus cuartos traseros, con la cabeza vuelta hacia arriba, dejaba oír un aullido lúgubre como respuesta al plañidero clamor que llegaba hasta él, apagado por la distancia.

Sólo los viejos no habían abandonado su banco ca-

lentado por el sol, y, mudos e inmóviles, seguían siempre en la misma actitud, con los turbios ojos fijos en un más allá invisible, y ajenos a cuanto no fuera aquella férvida irradiación que infiltraba en sus yertos organismos un poco de aquella energía y de aquel tibio calor que hacía renacer la vida sobre los campos desiertos.

Como los polluelos que, percibiendo de improviso el rápido descenso del gavián, corren lanzando pitíos desesperados a buscar un refugio bajo las plumas erizadas de la madre, aquellos grupos de mujeres, con las cabelleras destrenzadas, gimoteando, fustigadas por el terror, aparecieron en breve bajo los brazos descarnados de la cabria, empujándose y estrechándose sobre la húmeda plataforma. Las madres apretaban a sus pequeños hijos, envueltos en sucios harapos, contra el seno semidesnudo, y un clamor que no tenía nada de humano brotaba de las bocas entreabiertas contraídas por el dolor.

Una recia barrera de maderos defendía por un lado la abertura del pozo, y en ella fué a estrellarse parte de la multitud.

En el otro lado, unos cuantos obreros, con la mirada hosca, silenciosos y taciturnos, contenían las apretadas filas de aquella turba que ensordecía con sus gritos, pidiendo noticias de sus deudos, del número de muertos y del sitio de la catástrofe.

En la puerta de los departamentos de las máquinas se presentó, con la pipa entre los dientes, uno de los ingenieros, un inglés corpulento, de patillas rojas, y con la indiferencia que da la costumbre, paseó una mirada sobre aquella escena. Una formidable imprecación lo saludó y centenares de voces aullaron:

—¡Asesinos, asesinos!

Las mujeres levantaban los brazos por encima de sus

cabezas y mostraban los puños, ebrias de furor. El que había provocado aquella explosión de odio lanzó al aire algunas bocanadas de humo y, volviendo la espalda, desapareció.

Las noticias que los obreros daban del accidente calmaron un tanto aquella excitación. El suceso no tenía las proporciones de las catástrofes de otras veces: sólo había tres muertos, de quienes se ignoraban aún los nombres. Por lo demás, y casi no había necesidad de decirlo, la desgracia, un derrumbe, había ocurrido en la galería del Chiflón del Diablo, donde se trabajaba hacía ya dos horas en extraer las víctimas, esperando de un momento a otro la señal de *izar* en el departamento de las máquinas.

Aquel relato hizo nacer la esperanza en muchos corazones devorados por la inquietud. María de los Ángeles, apoyada en la barrera, sintió que la tenaza que mordía sus entrañas aflojaba sus férreos garfios. No era la suya esperanza, sino certeza: de seguro él no estaba entre aquellos muertos. Y reconcentrada en sí misma, con su feroz egoísmo de madre, oía casi con indiferencia los histéricos sollozos de las mujeres y sus ayes de desolación y angustia.

Entretanto huían las horas, y bajo las arcadas de cal y ladrillo, la máquina inmóvil dejaba reposar sus miembros de hierro en la penumbra de los vastos departamentos; los cables, como los tentáculos de un pulpo, surgían estremecientes del pique hondísimo y enroscaban en la bobina sus flexibles y viscosos brazos; la masa humana, apretada y compacta, palpitaba y gemía como una res desangrada y moribunda, y arriba, por sobre la campiña inmensa, el sol, traspuesto ya el meridiano, continuaba lanzando los haces centelleantes de sus rayos tibios, y una calma y serenidad celestes se

desprendían del cóncavo espejo del cielo azul y diáfano, que no empañaba una nube.

De improviso, el llanto de las mujeres cesó: un campanazo seguido de otros tres resonaron lentos y vibrantes: era la señal de izar. Un estremecimiento agitó a la muchedumbre, que siguió con avidez las oscilaciones del cable que subía, en cuya extremidad estaba la terrible incógnita que todos ansiaban y temían descifrar.

Un silencio lúgubre, interrumpido apenas por uno que otro sollozo, reinaba en la plataforma, y el aullido lejano se esparcía en la llanura y volaba por los aires, hiriendo los corazones como un presagio de muerte.

Algunos instantes pasaron, y de pronto la gran argolla de hierro que corona la jaula, asomó por sobre el brocal. El ascensor se balanceó un momento y luego se detuvo, sujeto por los ganchos del reborde superior.

Dentro de él algunos obreros, con las cabezas descubiertas, rodeaban una carretilla negra de barro y de polvo de carbón.

Un clamoreo inmenso saludó la aparición del fúnebre carro. La multitud se arremolinó, y su loca desesperación dificultaba enormemente la extracción de los cadáveres. El primero que se presentó a las ávidas miradas de la turba estaba forrado en mantas, y sólo dejaba ver los pies descalzos, rígidos y manchados de lodo. El segundo, que siguió inmediatamente al anterior, tenía la cabeza desnuda: era un viejo de barba y cabellos grises.

El tercero y último apareció a su vez. Por entre los pliegues de la tela que lo envolvía asomaban algunos mechones de pelos rojos que lanzaban a la luz del sol un reflejo de cobre recién fundido. Varias voces profirieron con espanto:

—¡El Cabeza de Cobre!

El cadáver, tomado por los hombros y por los pies, fué colocado trabajosamente en la camilla que lo aguardaba.

María de los Ángeles, al percibir aquel lívido rostro y esa cabellera que parecía empapada en sangre, hizo un esfuerzo sobrehumano para abalanzarse sobre el muerto; pero, apretada contra la barrera, sólo pudo mover los brazos, en tanto que un sonido inarticulado brotaba de su garganta.

Luego, sus músculos se aflojaron, los brazos cayeron a lo largo del cuerpo y permaneció inmóvil en el sitio, como herida por el rayo.

Los grupos se apartaron y muchos rostros se volvieron hacia la mujer, quien, con la cabeza doblada sobre el pecho, sumida en una insensibilidad absoluta, parecía absorta en la contemplación del abismo abierto a sus pies.

.....

Jamás se supo cómo salvó la barrera. Detenida por los cables niveles, se la vió por un instante agitar sus piernas descarnadas en el vacío, y luego, sin un grito, desaparecer en el abismo. Algunos segundos después, un ruido sordo, lejano, casi imperceptible, brotó de la hambrienta boca del pozo, de la cual se escapaban bocanadas de tenues vapores: era el aliento del monstruo ahito de sangre en el fondo de su cubil.



El último bohemio. Despreocupado, caballeroso, soñando siempre con la realización de una obra que hizo a medias, vivió una vida precaria, de pobreza y siempre disimulados desconsuelos. Y, sin embargo, nacido en Santiago el 15 de enero de 1868, hizo buenos estudios, recibió su título de abogado en 1890 y, muy joven aún, ese mismo año, fué nombrado secretario de la Legación de Chile en Londres. Pocos como él, pues, hubieran podido hacer de su vida una más cómoda situación pecuniaria y social.

Escribiendo de tarde en tarde, sin mayores apremios literarios, dejó una obra escasa. Algunos de sus cuentos, publicados en diarios y revistas, fueron editados, en 1916, por Los Diez: «Días de campo». Poco después de su muerte, ocurrida el 22 de abril de 1926, se reunieron en volumen sus «Manchas de Color» y sus escasos artículos diseminados en los periódicos.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## LA SEÑORA

Hacía ya tres horas que galopaba sin descansar, seguido de mi mozo, por aquel camino que se me hacía interminable. El polvo, un sol de tres de la tarde en todo el rigor de enero, el mismo sudor que inundaba a mi fatigado caballo, me producían una ansia devoradora de llegar, de llegar pronto.

Me volví impaciente hacia el muchacho que me acompañaba, diciéndole:

—Pero al fin, ¿dónde está ese tal don Daniel Rubio?

—Es allí cerquita, a la vuelta de aquella alameda — me contestó, haciendo un lento signo con la mano y sin dejar de galopar.

A ambos lados del camino se extendían grandes potreros sin agua, cubiertos de un pastillo blanco que hería la vista, y donde los rayos del sol reverberaban con fuerza. A lo lejos, la enorme mole violácea de los Andes, despojada de sus nieves, emergía con violenta claridad sobre un cielo sin nubes, pálido y brillante.

Y yo inclinado sobre mi caballo, pensaba con desaliento en que ese viaje se convertía en un verdadero sacrificio.

En aquella época, mi padre, aprovechando mis ocios de vacaciones, ocupábame, de cuando en cuando, en contratarle bueyes para el trabajo de la próxima siembra. Y yo cumplía tales comisiones con placer, porque ellas me permitían emprender largas correrías a

caballo por los alrededores. Muchos de estos viajes me proporcionaron la oportunidad de hacer más de una visita bien agradable para mis ilusiones de veinte años; varias veces regresé de estas peregrinaciones sintiendo no sé qué dulce nostalgia en el corazón, a la que tal vez no era extraña cierta cabellera negra o rubia que divisara a la despedida, en el corredor, a través de la reja y los naranjos de una casa de campo... Según las informaciones que había tomado la víspera, don Daniel Rubio, a cuyo fundo me dirigía, era soltero; y en su casa nada había que pudiera halagar mis expectativas sentimentales.

De esta incertidumbre provenían tal vez mi cansancio y mi mal humor.

A medida que avanzaba, el paisaje principiaba a variar. Añosos álamos y sauces daban sombra al camino; divisaba verdura, chácaras, pastales de trébol, animales vacunos, aguas corrientes... De cuando en cuando, tras la alameda, asomaban algunos humeantes ranchos de inquilinos.

—Ya estamos en lo de don Daniel—me dijo el mozo.

Y yo me interesaba, contemplando el buen cultivo de la tierra, la excelencia de los cierros, mil pequeños detalles que revelaban la vigilancia y el trabajo de una mano avezada a las labores de la agricultura.

—¿Cuántas cuadras tiene el fundo?—pregunté al mozo.

—Trescientas cuadras regadas. Principió arrendando, y ahora con su trabajo ha comprado estas tierras—me contestó.

Llegábamos al final de la alameda, y un instante después tenía ante mí una reja de madera pintada de blanco, a través de la cual se divisaba una huerta de hortalizas y un edificio, con esa arquitectura sencilla y primitiva, peculiar en nuestras antiguas construc-

ciones campesinas: enorme techo de tejas, bajas murallas, anchos y sombríos corredores.

—Aquí es—me dijo el mozo, y pasando frente a la casa entramos por una ancha puerta de golpe que daba a un caminillo bordeado de acacias.

En el fondo de este camino, bajo la sombra de una ramada, al lado de un caballo ensillado, veíase un hombre con la cabeza inclinada, ocupado, al parecer, en arreglar una correa de la brida.

A pesar de los furiosos ladridos de un perro que salió a recibirnos y que mi mozo se esforzaba en apartar, el hombre continuaba afanado en su trabajo.

—¿Don Daniel Rubio está en casa?—pregunté con voz fuerte.

El hombre alzó la cabeza, fijó en nosotros una mirada tranquila y me contestó sosegadamente, con cierta reticencia:

—Con él habla...

Quien así me respondía era un individuo alto, obeso, poderosamente constituido. Representaba de cuarenta y cinco a cincuenta años, y vestía el traje común a nuestros mayordomos de haciendas: pequeña manta listada, chaqueta corta, pantalones bombachos de diablo fuerte, enormes espuelas y sombrero de paja de anchas alas. Su rostro cobrizo, de facciones gruesas y duras, singularizábase por el estrabismo y la inmovilidad de una de sus negras pupilas, que parecía cristalizada, mientras la otra tenía un brillo y una vivacidad extraños. Contemplando esta fisonomía, involuntariamente me pasó por la cabeza esta frase vulgar: «No me gustaría encontrarme con este sujeto por un camino solitario».

—Nos han dado noticias que tenía bueyes—le dije.

—Sí, hay algunos—me contestó con indiferencia, volviendo el rostro a un lado.

—¿Podríamos verlos?—agregué.

Por toda respuesta, tomó las riendas del caballo, que a su lado estaba, subió rápidamente y, seguido de nosotros, se dirigió al interior del fundo.

Durante nuestra excursión por los potreros, tuve ocasión de observar que mi acompañante era persona inteligente, en todo lo que a campo se refería; y esto lo demostró más de una vez en el curso de la conversación que sostuvimos con motivo del negocio de los bueyes. Sus modales eran rudos, como de hombre de pocas letras; sus palabras breves y terminantes; pero, a través de toda esta exterioridad poco agradable, había en su persona no sé qué aire de honradez y de seriedad que, insensiblemente, inspiraba respeto, ya que no simpatía.

Por fin el negocio se arregló satisfactoriamente, y la noche caía ya en el horizonte, cuando regresamos a casa.

—Todo lo que Ud ha visto lo he formado yo con estas manos—dijo don Daniel, respondiendo a mis felicitaciones por el buen pie en que veía su hacienda.

—Usted se quedará a alojar—agregó; e interrumpiendo mis excusas, llamó a un trabajador que por ahí andaba, ordenándole que desensillara sus caballos.

Y después me dijo:

—No se apure, que hay dónde tender los huesos. Pero, antes que todo, vamos a mascar algo, que ya es hora —y nos dirigimos a la casa.

Después de atravesar el oscuro corredor, entramos a una pieza que daba al pasadizo y que servía de comedor.

La lámpara estaba encendida y la sopa humeaba sobre una pequeña mesa, puesta con gran decencia y limpieza. No parecía aquel un comedor de soltero. Aquí y allá, sobre el mantel immaculado, había gran-

des maceteros con flores frescas y hojas verdes; las servilletas tenían cierto arreglo peculiar; el vino brillaba en las garrafas de vidrio; y en las paredes vi diferentes estampas de santos que no dejaron de llamarme la atención.

A una indicación de don Daniel, me senté, sin cumplimiento, a la mesa; pero luego tuve que ponerme de pie precipitadamente, porque frente a mí se abrió una puerta y entró una persona. Era una anciana de cabellos blancos y elevada estatura, vestida de negro.

Me hizo una ceremoniosa reverencia, mientras don Daniel nos presentaba:

—La señora Carmen Mancilla, el señor...

En seguida ella se sentó a la cabecera de la mesa. Yo observaba con interés a la recién venida.

En su rostro extenuado y pálido, con esa palidez luminosa de algunas personas extremadamente ancianas, en su hundida boca, en su fina nariz aguileña, en sus grandes ojos claros, vagaba una expresión de dulce tranquilidad. Parecía sonreír a cierto alegre pensamiento interior, mientras servía trabajosamente la sopa con sus largas manos temblorosas, donde resaltaban las venas y los nervios.

Se detuvo un instante, contemplándome curiosamente, como si buscara un tema de conversación, y, por fin, me dijo con una vocecita cascada:

—El señor, si no he oído mal, se llama (aquí dijo mi nombre) y debe ser pariente de los señores... (nombró a unos abuelos míos, enterrados antes de mi nacimiento).

Al escuchar mi respuesta afirmativa, continuó con gran animación:

—Yo los conocí mucho cuando eran solteros...; venían siempre a casa de mi marido. Entonces recibíamos mucha gente. ¡Qué alegres eran! Daniel, ¿te

acuerdas del baile que dió el gobernador? Pero es verdad, tú no estabas con nosotros todavía. Bailamos hasta el amanecer, y en el corredor quemaban voladores. Recuerdo que a mí me hicieron bailar cueca. Pero entonces los jóvenes eran muy corteses... Sus tíos, siempre que venían a vernos, nos traían grandes regalos...

Mientras la señora hablaba así, don Daniel la contemplaba con aire cohibido y obsecuente, echándose en silencio los bocados y sirviéndose a cada instante grandes vasos de vino. La única pupila que podía mover estaba inquieta, húmeda y brillante, y parecía decirme: «Escúchela con atención, que vale la pena».

Y ella, al mismo tiempo que continuaba su charla con alegre volubilidad, me servía los platos con toda clase de miramientos, dirigiéndome signos de inteligencia, como indicándome que esa conversación sólo nosotros podíamos comprenderla.

De repente me dijo:

—¿Qué ha sido de esos jóvenes, de sus tíos? Sé que uno se casó en Santiago, y que ha tenido muchos hijos.

—¡Han muerto todos, señora, hace muchos años!

Al escuchar estas palabras, me contempló estupefacta, suspiró hondamente, se puso la palma de la mano en la barba, inclinó su cabeza blanca y pareció abismarse en sus reflexiones.

A medida que la comida llegaba a su fin, hacía-se más notable el contraste que formaban los modales finos, insinuantes, casi aristocráticos de esa viejecita, con los desmañados y selváticos de mi huésped. Observé que el rostro de éste estaba encendido por las frecuentes libaciones y que poco a poco salía de su mutismo, hablando de diferentes tópicos.

Por fin, la anciana se levantó de su asiento y me tendió su fría y descarnada mano, diciéndome:

—Usted se queda esta noche. Voy a arreglar algo allá adentro...—En seguida volvióse hacia mi huésped, e inclinándose a su oído le dijo en voz baja —: No bebas mucho. Cuidado con las enfermedades.

Cuando ella salió, el tosco y moreno semblante de don Daniel parecía iluminarse con una sonrisa; sus pupilas se velaban dulcemente y sus gruesos labios temblaban como si deseara decirme algo.

Comprendí que el vino comenzaba a hacer su efecto. Al fin rompí el silencio, diciéndole:

—¿La señora no es su madre?

—No.

—¿Su parienta, tal vez? Y perdone...

Don Daniel aproximó en silencio una botella, llenó hasta los bordes los vasos, bebió el suyo de un sorbo, y, limpiándose los labios, contestó:

—No, señor, la persona que usted ha visto no es mi madre, ni mi parienta; es la señora, la señora de esta casa—concluyó con un acento en que vibraba cierto orgullo indefinible, dando un ligero golpe sobre la mesa.

Después se pasó la mano por la cabeza, como indeciso, y mirándome fijamente, con aire resuelto, siguió diciendo:

—Como usted lo ha de saber al fin, si es que ya no lo sabe, voy a contarle lo que hay en esto. Y para principiar, le diré que yo, aquí donde usted me ve, no he conocido padre ni madre; soy de esos que nacen en cualquier parte, sin saber cómo. Hasta la edad de siete años lo he pasado por ahí, como los perros sin amo. Un día vino esta señora, me recogió y me llevó a su casa. Allí he crecido, señor, sirviéndole a ella y a sus hijos; y no me avergüenzo... Ella me puso la cartilla

en la mano, ella me enseñó lo poco que sé y me mandó a la escuela, porque era una señora como ahora no las hay. Después yo salí a buscar la vida y trabajé en lo que me vino a mano: se necesitaba un albañil, allí estaba yo; se necesitaba un herrero, pues a buscarle; y así fuí formando mi capitalito. Eso sí, no me he casado nunca, porque las mujeres... en fin, no hablemos de ellas. Pasaron los años y los años; y yo siempre iba a ver a mi señora, llevándole cualquier regalito. Al fin su marido murió y sus hijos se casaron. El caballero había sido gastador, como caballero que era, y no dejó casi nada. Después los pleitos, los tinterillos y todo lo demás que usted sabe, fueron llevándose lo poco que quedaba, y aquí tiene usted a mi señora sin tener un mal pan que llevar a la boca. Yo que estaba arrendando entonces este fundo, que después fué mío, sabiendo que ella estaba en la casa de una amiga, digamos como de limosna, me fuí allá, me presenté y le dije: «Señora, no permito que usted ande sufriendo. Véngase a su casa, a la casa de su chino, que ahí nada le faltará. Usted será la señora, como siempre lo ha sido. No me desprecie». Y ella se levantó, la pobre vieja, y vino y me abrazó llorando, y aquí tengo a mi viejecita hasta que se muera: ella es mi madre, todo lo que tengo en el mundo. ¡Y si yo trabajo y gano algo, es para dárselo a ella!

Al terminar este relato, don Daniel inclinó su gruesa cabeza gris y se cubrió la frente con las manos.

Después se levantó bruscamente, me dirigió una mirada torva y murmuró entre dientes:

—Usted estará cansado y ya es hora de dormir.

Y en silencio fué a indicarme la pieza que se me había preparado.

Al día siguiente desperté temprano. En el corredor oía ruidos de espuelas. Me vestí con presteza y salí

de mi habitación. Allí estaba don Daniel paseándose.

Tomamos el desayuno, hablando de cosas indiferentes. Por fin, me despedí y monté a caballo.

Alegremente cantaban los pájaros. El fresco aire de la mañana parecía infundirme una vida, una fuerza extraña.

Y pensaba vagamente en que tal vez esa alegría, que sentí desbordar en mí con los primeros rayos del sol, la debía a haber estrechado la mano de ese hombre de cuya casa partía.

Inició su vida literaria firmando sus trabajos con su nombre de pila, Augusto Goeminne Thomson. Eran sus primeras páginas con frecuencia cuentos, impresiones de arte, estudios sobre pintores, que acogían revistas y diarios como «Instantáneas», «Luz y sombra», «Pluma y Lápiz», «La Tarde», «El Mercurio», «Zig-Zag».

Su novela «Juana Lucero», acaso influída por Zola y los Goncourt, fué su obra formal de los veinte años: bello y recio libro ese, que representa en la literatura chilena de comienzos del siglo, el mejor exponente del naturalismo, a la sazón la última palabra de la moda literaria.

Nacido en Santiago el 23 de abril de 1882, ingresó en 1907 al servicio consular, partiendo a Calcuta y, dos años después, a Eten, en el Perú. De esos años queda una huella interesante en dos de sus obras: «Nirvana» y «La sombra del humo en el espejo». La nouvelle *Gatita*, incluída en este último, es como el itinerario de su monótona vida consular en tierras peruanas.

Después de abandonar el servicio consular y tras breve permanencia en Chile, partió a Europa; vivió en París, y la guerra mundial de 1914 le llevó a Madrid, donde permaneció los mejores años de su vida literaria. Su hermosa obra, algunos de cuyos libros, como «La lámpara en el molino» y «La muerte del Cura Deusto», cuentan entre lo más durable de la literatura chilena, recibió los mejores

homenajes de los escritores americanos; Rubén Darío y Amado Nervo le consagraron sendos elogios líricos; algunos escritores franceses y americanos, así Ventura García Calderón y Francis de Miomandre, puntualizaron el sentido de la originalidad de su literatura. En el concurso literario de la revista madrileña «Estampa», en que participaron millares de escritores de la lengua, fué premiado su cuento *En provincia*, que se incluye en esta Antología.

Tras su regreso a Chile, en 1934, se ha publicado una colección casi completa de sus mejores libros, en la que se incluyen algunos inéditos. En el año 1942 obtuvo el Premio Nacional de Literatura.

## EN PROVINCIA

Tengo cincuenta y seis años y hace cuarenta que llevo la pluma tras la oreja; pues bien, nunca supuse que pudiera servirme para algo que no fuese consignar partidas en el «Libro Diario» o transcribir cartas con encabezamiento inamovible:

«En contestación a su grata, fecha... del presente, tengo el gusto de comunicarle...»

Y es que salido de mi pueblo a los diez y seis años, después de la muerte de mi madre, sin dejar afeciones tras de mí, viviendo desde entonces en este medio provinciano, donde todos nos entendemos verbalmente, no he tenido para qué escribir.

A veces lo hubiera deseado; me hubiera complacido que alguien, en el vasto mundo, recibiese mis confidencias; pero ¿quién?

En cuanto a desahogarme con cualquiera, sería ridículo. La gente se forma una idea de uno y le duele modificarla.

Yo soy, ante todo, un hombre gordo y calvo, y un empleado de comercio: Borja Guzmán, tenedor de libros del «Emporio Delfín».

¡Buena la haría saliendo ahora con revelaciones sentimentales!

A cada cual se asigna, o escoge cada cual, su papel en la farsa, pero preciso es sostenerlo hasta la postre.

Debí casarme y dejé de hacerlo ¿por qué? No por falta de inclinaciones, pues aquello mismo de que no

hubiera disfrutado de mi hogar a mis anchas, hacía que soñase con formarlos. ¿Por qué entonces? ¡La vida! ¡Ah, la vida!

El viejo Delfín me mantuvo un honorario que el heredero mejoró, pero que fué reducido apenas cambió la casa de dueño.

Tres he tenido, y ni varió mi situación ni mejoré de suerte.

En tales condiciones se hace difícil el ahorro, sobre todo si no se sacrifica el estómago. El cerebro, los brazos, el corazón, todo trabaja para él: se descuida Smiles y cuando quisiera establecerse ya no hay modo de hacerlo.

¿Es lo que me ha dejado soltero? Sí, hasta los treinta y un años, que de ahí en adelante no se cuenta.

Un suceso vino a clausurar a esa edad mi pasado, mi presente y mi porvenir, y ya no fuí, ya no soy sino un muerto que hojea su vida.

Aparte de esto he tenido poco tiempo de aburrirme. Por la mañana, a las nueve, se abre el almacén; interrumpe su movimiento para el almuerzo y la comida, y al toque de retreta se cierra.

Desde esa hasta esta hora, permanezco en mi piso giratorio con los pies en el travesaño más alto y sobre el bufete los codos forrados en percalina; después de guardar los libros y apagar la lámpara que me corresponde; cruzo la plazoleta y, a una vuelta de llave, se franquea para mí una puerta: estoy en «mi casa».

Camino a tientas, cerca de la cómoda hago luz; allí, a la derecha, se halla siempre la bujía.

Lo primero que veo es una fotografía, sobre el papel celeste de la habitación; después, la mancha blanca del lecho, mi pobre lecho, que nunca sabe disponer Verónica, y que cada noche acondiciono de nuevo. Una cortina de cretona oculta la ventana que cae a la plaza.

Si no hace demasiado sueño, saco mi flauta de su estuche y ajusto sus piezas con vendajes y ligaduras.

Vieja, casi tanto como yo, el tubo malo, flojas las llaves, no regulariza ya sus suspiros, y a lo mejor deja una nota que cruza el espacio, y yo formulo un deseo invariable.

En tantos años se han desprendido muchas y mi deseo no se cumple.

Toco, toco. Son dos o tres motivos melancólicos. Tal vez supe más y pude aprender otros; pero éstos eran los que Ella prefería, hace un cuarto de siglo, y con ellos me he quedado.

Toco, toco. Al pie de la ventana, un grillo, que se siente estimulado, se afina interminablemente. Los perros ladran a los ruidos y a las sombras. El reloj de una iglesia da una hora. En las casas menos austeras cubren los fuegos, y hasta el viento que transita por las calles desiertas pretende apagar el alumbrado público.

Entonces, si penetra una mariposa a mi habitación, abandono la música y acudo para impedir que se precipite sobre la llama. ¿No es el deber de la experiencia?

Además, comenzaba a fatigarme. Es preciso soplar con fuerza para que la inválida flauta responda, y con mi volumen excesivo yo quedo jadeante.

Cierro, pues, la ventana; me desvisto, y en gorro y zapatillas, con la palmatoria en la mano, doy, antes de meterme en cama, una última ojeada al retrato.

El rostro de Pedro es acariciador; pero en los ojos de ella hay tal altivez, que me obliga a separar los míos. Cuatro lustros han pasado y se me figura verla así: así me miraba.

Esta es mi existencia, desde hacen veinte años. Me han bastado, para llenarla, un retrato y algunos aires

antiguos; pero está visto que, conforme envejecemos, nos tornamos exigentes. Ya no me basta y recurro a la pluma.

Si alguien lo supiera. Si sorprendiese alguien mis memorias, la novela triste de un hombre alegre, «don Borja», «el del Emporio del Delfín». ¡Si fuesen leídas!... ¡Pero no! Manuscritos como éste, que vienen en reemplazo del confidente que no se ha tenido, desaparecen con su autor.

Él los destruye antes de embarcarse, y algo debe prevenirnos cuándo. De otro modo no se comprende que, en un momento dado, no más particular que cualquiera, menos tal vez que muchos momentos anteriores, el hombre se deshaga de aquel «algo» comprometedor, pero querido, que todos ocultamos, y, al hacerlo, ni sufra ni tema arrepentirse. Es como el pasaje, que, una vez tomado, nadie posterga su viaje.

O será que partimos precisamente porque ya nada nos detiene. Las últimas amarras han caído... ¡el barco zarpa!

Fué, como dije, hace veinte años; más, veinticinco, pues ello empezó cinco años antes. Yo no podía llamarme ya un joven y ya estaba calvo y bastante grueso; lo he sido siempre: las penas no hacen sino espesar mi tejido adiposo.

Había fallecido mi primer patrón, y el emporio pasó a manos de su sobrino, que habitaba en la capital; pero nada sabía yo de él, ni siquiera le había visto nunca, pero no tardé en conocerle a fondo: duro y atrabiliario con sus dependientes, con su mujer se conducía como un perfecto enamorado, y cuéntese con que su unión databa de diez años. ¡Cómo parecían amarse, santo Dios!

También conocí sus penas, aunque a simple vista pudiera creérseles felices. A él le minaba el deseo de

tener un hijo, y, aunque lo mantuviera secreto, algo había llegado a sospechar ella. A veces solía preguntarle: «¿Qué echas de menos?», y él le cubría la boca de besos. Pero ésta no era una respuesta. ¿No es cierto?

Me habían admitido en su intimidad desde que conocieron mis aficiones filarmónicas. «Debimos adivinarlo: tiene pulmones a propósito». Tal fué el elogio que le hizo de mí su mujer en nuestra primera velada.

¡Nuestra primera velada! ¿Cómo acerté delante de aquellos señores de la capital, yo que tocaba de oído y que no había tenido otro maestro que un músico de la banda? Ejecuté, me acuerdo, «El ensueño», que esta noche acabo de repasar, «Lamentaciones de una joven», y «La golondrina y el prisionero»; y sólo reparé en la belleza de la principala, que descendió hasta mí para felicitarme.

De allí dató la costumbre de reunirnos, apenas se cerraba el almacén, en la salita del piso bajo, la misma donde ahora se ve luz, pero que está ocupada por otra gente.

Pasábamos algunas horas embebidos en nuestro corto repertorio, que ella no me había permitido variar en lo más mínimo, y que llegó a conocer tan bien que cualquiera nota falsa la impacientaba.

Otras veces me seguía tarareando, y, por bajo que lo hiciera, se adivinaba en su garganta una voz cuya extensión ignoraría ella misma. ¿Por qué, a pesar de mis instancias, no consintió en cantar?

¡Ah! Yo no ejercía sobre ella la menor influencia; por el contrario, a tal punto me imponía, que, aunque muchas veces quise que charlásemos, nunca me atreví. ¿No me admitía en su sociedad para oírme? ¡Era preciso tocar!

En los primeros tiempos, el marido asistió a los

conciertos y, al arrullo de la música, se adormecía; pero acabó por dispensarse de ceremonias y siempre que estaba fatigado nos dejaba y se iba a su lecho.

Algunas veces concurría uno que otro vecino, pero la cosa no debía parecerles divertida y con más frecuencia quedábamos solos.

Así fué como una noche que me preparaba a pasar de un motivo a otro, Clara (se llamaba Clara) me detuvo con una pregunta a quemarropa:

—Borja, ¿ha notado usted su tristeza?

—¿De quién?, ¿del patrón? — pregunté, bajando también la voz —. Parece preocupado, pero...

—¿No es cierto? — dijo, clavándome sus ojos afiebrados.

Y como si hablara consigo:

—Le roe el corazón y no puede quitárselo. ¡Ah, Dios mío!

Me quedé perplejo y debí haber permanecido mucho tiempo perplejo, hasta que su acento imperativo me sacudió:

—¿Qué hace usted así? ¡Toque, pues!

Desde entonces pareció más preocupada y como disgustada de mí. Se instalaba muy lejos, en la sombra, tal como si yo le causara un profundo desagrado; me hacía callar para seguir mejor sus pensamientos y, al volver a la realidad, como hallase la muda sumisión de mis ojos a la espera de un mandato suyo, se irritaba sin causa.

—¿Qué hace usted así? ¡Toque, pues!

Otras veces me acusaba de apocado, estimulándome a que le confiara mi pasado y mis aventuras galantes; según ella, yo no podía haber sido eternamente razonable, y alababa con ironía mi «reserva», o se retorció en un acceso de incontenible hilaridad: «San Borja, tímido y discreto».

Bajo el fulgor ardiente de sus ojos, yo me sentía enrojecer más y más, por lo mismo que no perdía la conciencia de mi ridículo; en todos los momentos de mi vida, mi calvicie y mi obesidad me han privado de la necesaria presencia de espíritu, ¡y quién sabe si no son la causa de mi fracaso!

Transcurrió un año, durante el cual sólo viví por las noches.

Cuando lo recuerdo, me parece que la una se anudaba a la otra, sin que fuera posible el tiempo que las separaba, a pesar de que, en aquel entonces, debe de haberseme hecho eterno.

...Un año breve como una larga noche.

Llego a la parte culminante de mi vida. ¿Cómo relatarla para que pueda creerla yo mismo? ¡Es tan inexplicable, tan absurdo, tan inesperado!

Cierta ocasión en que estábamos solos, suspendido en mi música por un ademán suyo, me dedicaba a adorarla, creyéndola abstraída, cuando de pronto la vi dar un salto y apagar la luz.

Instintivamente me puse de pie, pero en la obscuridad sentí dos brazos que se enlazaban a mi cuello y el aliento entrecortado de una boca que buscaba la mía.

Salí tambaleándome. Ya en mi cuarto, abrí la ventana y en ella pasé la noche. Todo el aire me era insuficiente. El corazón quería salirse del pecho, lo sentía en la garganta, ahogándome; ¡qué noche!

Esperé la siguiente con miedo. Créame juguete de un sueño. El amo me reprendió un descuido, y, aunque lo hizo delante del personal, no sentí ira ni vergüenza.

En la noche él asistió a nuestra velada. Ella parecía profundamente abatida.

Y pasó otro día sin que pudiéramos hallarnos solos; al tercero ocurrió, me precipité a sus plantas para cu-

brir sus manos de besos y lágrimas de gratitud, pero, altiva y desdenosa, me rechazó, y con su tono más frío, me rogó que tocase.

¡No, yo debí haber soñado mi dicha! ¿Creeréis que nunca, nunca más volví a rozar con mis labios ni el extremo de sus dedos? La vez que, loco de pasión, quise hacer valer mis derechos de amante, me ordenó salir en voz tan alta, que temí que hubiese despertado al amo, que dormía en el piso superior.

¡Qué martirio! Caminaron los meses, y la melancolía de Clara parecía disiparse, pero no su enojo. ¿En que podía haberla ofendido yo?

Hasta que, por fin, una noche en que atravesaba la plaza con mi estuche bajo el brazo, el marido en persona me cerró el paso. Parecía extraordinariamente agitado, y mientras hablaba mantuvo su mano sobre mi hombro con una familiaridad inquietante.

—¡Nada de músicas! — me dijo —. La señora no tiene propicios los nervios, y hay que empezar a respetarle este y otros caprichos.

Yo no comprendía.

—Si, hombre. Venga usted al casino conmigo y brindaremos a la salud del futuro patroncito.

Nació. Desde mi bufete, entre los gritos de la parturienta, escuché su primer vagido, tan débil. ¡Cómo me palpitaba el corazón! ¡Mi hijo! Porque era mío. ¡No necesitaba ella decírmelo! ¡Mío! ¡Mío!

Yo, el solterón solitario, el hombre que no había conocido nunca una familia, a quien nadie dispensaba sus favores sino por dinero, tenía ahora un hijo, ¡el de la mujer amada!

¿Por qué no morí cuando él nacía? Sobre el tapete verde de mi escritorio rompí a sollozar tan fuerte, que la pantalla de la lámpara vibraba y alguien que vino a consultarme algo se retiró en puntillas.

Sólo un mes después fuí llevado a presencia del heredero. Le tenía en sus rodillas su madre, convaleciente, y le mecía amorosamente.

Me incliné, conmovido por la angustia, y, temblando, con la punta de los dedos alcé la gasa que lo cubría y pude verle; hubiese querido gritar: ¡hijo! pero, al levantar los ojos, encontré la mirada de Clara, tranquila, casi irónica.

«¡Cuidado!», me advertía.

Y en voz alta:

—No le vaya usted a despertar.

Su marido, que me acompañaba, la besó tras de la oreja delicadamente.

—Mucho has debido sufrir, ¡mi pobre enferma!

—¡No lo sabes bien! — repuso ella —; mas, ¡qué importa si te hice feliz!

Y ya sin descanso, estuve sometido a la horrible expiación de que aquel hombre llamase «su» hijo al mío, a «mi» hijo.

¡Imbécil! Tentado estuve entre mil veces de gritarle la verdad, de hacerle reconocer mi superioridad sobre él, tan orgulloso y confiado; pero, ¿y las consecuencias, sobre todo para el inocente?

Callé, y en silencio me dediqué a amar con todas las fuerzas de mi alma a aquella criatura, mi carne y mi sangre, que aprendería a llamar padre a un extraño.

Entretanto, la conducta de Clara se hacía cada vez más oscura. Las escenas musicales, para qué decirlo, no volvieron a verificarse, y, con cualquier pretexto, ni siquiera me recibió en su casa las veces que fuí.

Parecía obedecer a una resolución inquebrantable y hube de contentarme con ver a mi hijo cuando la niñera lo paseaba en la plaza.

Entonces los dos, el marido y yo, le seguíamos desde

la ventana de la oficina, y nuestras miradas, húmedas y gozosas, se encontraban y se entendían.

Pero andando esos tres años memorables, y a medida que el niño iba creciendo, me fué más fácil verlo, pues el amo, cada vez más chocho, lo llevaba al almacén y lo retenía a su lado hasta que venían en su busca.

Y en su busca vino Clara una mañana que yo lo tenía en brazos; nunca he visto arrebatado semejante. ¡Como leona que recobra su cachorro! Lo que me dijo más bien me lo escupía al rostro.

—¿Por qué lo besa usted de ese modo? ¿Qué pretende usted, canalla?

A mi entender, estos temores sobrepujaban a los otros, y para no exasperarme demasiado, dejaba que se me acercase; pero otras veces lo acaparaba, como si yo pudiese hacerle algún daño.

¡Mujer enigmática! Jamás he comprendido qué fuí para ella: ¡capricho, juguete o instrumento!

Así las cosas, de la noche a la mañana llegó un extranjero, y medio día pasamos revisando libros y facturas.

A la hora del almuerzo el patrón me comunicó que acababa de firmar una escritura por la cual transfería el almacén; que estaba harto de negocios y de vida provinciana, y probablemente volvería con su familia a la capital.

¿Para qué narrar las dolorosísimas presiones de esos últimos años de mi vida? Harán por enero veinte años y todavía me trastorna recordarlos.

¡Dios mío! ¡Se iba cuanto yo había amado! ¡Un extraño se lo llevaba lejos para gozar de ello en paz! ¡Me despojaba de todo lo mío!

Ante esa idea tuve en los labios la confesión del adulterio. ¡Oh! ¡Destruir siquiera aquella feliz ignorancia en que viviría y moriría el ladrón! ¡Dios me perdone!

Se fueron. La última noche, por un capricho final, aquella que mató mi vida, pero que también le dió por un momento una intensidad a que yo no tenía derecho, aquella mujer me hizo tocarle las tres piezas favoritas, y al concluir, me premió permitiéndome que besara a mi hijo.

Si la sugestión existe, en su alma debe de haber conservado la huella de aquel beso.

¡Se fueron! Ya en la estacioncita, donde acudí a despedirlos, él me entregó un pequeño paquete, diciendo que la noche anterior se le había olvidado.

—Un recuerdo — me repitió — para que piense en nosotros.

—¿Dónde les escribo? — grité cuando ya el tren se ponía en movimiento, y él, desde la plataforma del tren:

—No sé. ¡Mandaremos la dirección!

Parecía una consigna de reserva. En la ventanilla ví a mi hijo, con la nariz aplastada contra el cristal. Detrás, su madre, de pie, grave, la vista perdida en el vacío.

Me volví al almacén, que continuaba bajo la razón social, sin ningún cambio aparente, y oculté el paquete, pero no lo abrí hasta la noche, en mi cuarto solitario.

Era una fotografía.

La misma que hoy me acompaña; un retrato de Clara con su hijo en el regazo, apretado contra su seno, como para ocultarlo o defenderlo.

¡Y tan bien lo ha secuestrado a mi ternura, que en veinte años, ni una sola vez he sabido de él; y probablemente no volveré a verlo en este mundo de Dios!

Si vive, debe ser un hombre ya. ¿Es feliz? Tal vez a mi lado su porvenir habría sido estrecho. Se llama Pedro... Pedro y el apellido del otro.

Cada noche tomo el retrato, lo beso, y en el reverso leo la dedicatoria que escribieron por el niño.

«Pedro, a su amigo Borja».

—¡Su amigo Borja!... ¡Pedro se irá de la vida sin saber que haya existido tal amigo!

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

La carrera del escritor ha corrido pareja con la del periodista, en Rafael Maluenda. En efecto, desde sus primeros tiempos, alternó sus tareas literarias con sus obligaciones de redactor, durante algunos años en el «Diario Ilustrado», y más tarde, hasta hoy, en «El Mercurio» de Santiago.

Vida activa si las hay, fué siempre la suya. El periodismo le acercó a la política y fué así como, durante toda la primera campaña presidencial de don Arturo Alessandri, tuvo a su cargo la enorme tarea de la propaganda de prensa. Brillante, incisivo, elocuente, fué para el candidato presidencial su colaborador más eficaz.

Nacido en Santiago el 18 de marzo de 1885, la historia de sus actividades no es más que la de sus libros, sus artículos y sus viajes, realizados estos últimos, la mayor parte de las veces, en cumplimiento de misiones periodísticas al Brasil, a la Argentina, al Perú. En 1924 fué nombrado en misión consular al Oriente, y tuvo que regresar de Europa, con motivo de la caída del Gobierno que lo había designado.

Ha hecho la crítica literaria, el teatro, la novela y el cuento, siempre con éxito.

Sus libros «Escenas de la vida campesina», «La pachacha», «Venidos a menos» y «Los Ciegos», consagraron su reputación literaria, llegando el crítico literario Omer Emeth a compararle, en sus comienzos, con Maupassant.

Después de un silencio literario de varios años, publicó en el presente su novela «Armiño Negro». Su último libro había sido una colección de cuentos: «Colmena urbana».

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## ELOÍSA

### I

Cantaba con aguda voz de falsete, desde la mañana a la noche, canciones tristes, cuyas estrofas hablaban de ilusiones y esperanzas, también de ausencias y abandonos.

Entregada a los quehaceres que le imponía el negocio, moviéndose diligente detrás del sucio mostrador, únicamente interrumpía sus cantos para responder a las observaciones de los clientes o para castigar con rudo epíteto — en esta ocasión su voz tornábase agria y destemplada — las exigencias de los consumidores fastidiosos.

Su negocio — más propiamente dicho el negocio de su marido — era una especie de almacén-cantina, situado en la esquina formada por dos callejas suburbanas. Sobre una de sus puertas decía en letras azules:

«LA RRAMA DE OLIBO»

«*Probisiones para familias*»

y como pleca final, el rústico artista había diseñado una ave azul que, en alado movimiento, parecía arrancarse del muro, llevando en el prolongado pico una rama cubierta de hojas, también de un azul intenso. Sobre la otra puerta decía simplemente «Cantina», especificándose en descuidadas letras la jerarquía de la patente y asegurándose de encontrarse allí licores surtidos.

El interior era una sala mal entablada, dividida por

el mostrador. Un tabique de madera separaba la parte destinada al expendio de «provisiones para familias» de aquella en que se vendía licor. Barriles, damajuanas, empolvadas filas de botellas, vasos y copas en este lado; abigarrado conjunto de cuanto puede adquirir la gente poblana para su diaria alimentación y uso, en el otro. Todo hacinado, revuelto, sucio, expuesto al aire terroso que venía de afuera.

Eran contados los instantes en que la patrona abandonaba el mostrador. Momentos de calma y de silencio en que triunfaba el zumbido de las moscas innumerables... La entrada de un cliente interrumpía de pronto aquella quietud. Entonces, surgiendo de apartado rincón, alzábase una figura de mujer, larga y esquelética, envuelta en obscuro pañolón. Alargaba el cuello y orientando su voz hacia la puertecilla de comunicación, abierta en el fondo, llamaba:

—Eloísa, Eloísa, buscan...

Sobrevenía la patrona, ladeándose para cruzar la estrecha puertecilla. Despachaba al comprador, poniendo oído propicio a las quejas, a las solicitudes de crédito. Y quedábase, por fin, mirando a la calle soleada y polvorosa.

—Supongo que no le pedirás a Feliciano que les fíe... Supongo que... —empezaba a informarse el acento que antes la llamara.

—Yo sé lo que hago y a usted no le importa —respondía Eloísa, fastidiada.

—Todo lo que es de mi hijo tiene que importarme —insistía la cascada voz.

Eloísa terminaba por desentenderse de las murmuraciones de su suegra, y echándose sobre el mostrador, perdida la mirada, entregada al ritmo de sus imaginaciones, cantaba:

*...Y recuerdo también que dijiste,  
al mirarme a la luz de la luna...*

Era una mujer de carnes abultadas y toscas hechuras. Su rostro amplio, lleno, semejaba una masa informe, en donde los ojos se perdían como dos negros abalorios; aparecía diminuta la nariz y como una herida sangrienta la boca de labios delgados. Todo el cuidado de su persona lo había concentrado en su rostro deforme. Y así era que su cara empolvada, sus labios encendidos por el carmín, su cabellera siempre húmeda y adornada con peinetas incrustadas de metal, contrastaban con aquel cuerpo tosco que cubrían vestidos sucios, chaquetillas que, en iguales circunstancias, amenazaban romperse bajo el peso de los pechos temblones.

Y de aquel cuerpo, y de aquel rostro, emitidas por una aguda voz de falsete, emergían de la mañana a la noche tristes canciones de amor.

—Canta, canta no más. ¡Como si en la casa no hubiera que hacer! — refunfuñaba todo el día una voz hueca, molestándola, fastidiándola. Mas, ella concluía por sobreponerse a todo y, perdida en sus interiores afanes, continuaba entonando su canción...

*...yo no puedo querer a ninguno,  
yo no puedo querer más que a tí...*

A las diez de la noche había cesado en el barrio todo tráfico, y entonces «La rama de olivo» cerraba sus puertas. Recogidos en sus habitaciones, en ese instante empezaba para sus moradores la vida del hogar.

Se agrupaban en torno de la mesa del comedorcito, entregándose cada cual a sus preocupaciones. El propietario echaba cuentas, hacía cálculos, se quejaba de los malos negocios, fundaba esperanzas en otros. Era un hombre enjuto, alto, entrado en años. Junto a él, su

madre lo contemplaba en silencio, alargando el cuello cuando él insistía en que se posesionara de lo que estaba haciendo.

Más lejos, Eloísa se absorbía en la lectura de un libro, cuyas hojas amarillentas, medio destrozadas, relataban la historia de dos célebres amantes. La luz de la lámpara caía sobre ella, poniendo lustrosas reverberaciones sobre su tez.

En la sombra, en la obscura penumbra, inmóvil, alejada y sola, la sirvienta — una muchachita espigada y andrajosa — dormitaba, humillando y alzando la despeinada testa.

... Y un silencio pesado, penoso, una calma de prisión se apoderaba del recinto.

De pronto:

—Eloísa, ¿trajeron los barrenos?

—Sí...

—Dámelos entonces.

—Tomasa, anda a traerlos — ordenaba ella a su turno, sin alzar la cabeza de su libro.

La muchacha se levantaba restregándose los ojos, y arrastrando los pies entraba en el cuarto vecino.

—Costumbre que tienes la de no hacer nunca lo que te piden — refunfuñaba el marido.

Entonces, como si aquel denuesto hubiera colmado su paciencia, exasperada al fin, Eloísa gritaba colérica:

—Pero, ¿qué se han figurado todos aquí? No me dejen un momento tranquila... Todo el día se lo pasa una trabajando como una bestia, y ahora me vienes con que no hago nada. Aquí soy yo la ociosa, y, sin embargo, los demás pueden pasarse con los brazos cruzados... Es mucha esclavitud ya... Si las cosas siguen así, yo sabré lo que tengo que hacer...

Airada, lo amenazaba con la voz y con el gesto, y su

mano, agitada con violencia, golpeaba sobre la mesa, haciendo temblar los platos.

El hombre alzaba los ojos, movía la cabeza, dando muestras de pesar y terminaba por volver a sus cálculos, resignado, sin una palabra de protesta. Era la madre quien parecía sufrir, aguardando del hijo una rebeldía, un rasgo de autoridad que fuera a imponerse a Eloísa, haciéndole sentir que allí el amo era el hombre y no podía ser una intrusa su madre.

Mas, aguardaba en vano. Y el maligno y esperanzado destello que apuntaba en sus hundidos ojos se apagaba al compás de un leve oscilar de la canosa testa.

Solía insinuar en voz baja, cuando la altivez de Eloísa la había aludido por grosero modo.

—¡Feliciano, por Dios! ¿Cuándo van a terminar estas cosas? ¿Hasta cuándo vas a seguir así? Pon de una vez por todas las cosas como deben ser... Si yo soy aquí una forastera, me iré... Prefiero irme antes de seguir viendo lo que veo...

En otras ocasiones le afirmaba:

—Esa mujer es tu desgracia... porque no te quiere ni te considera...

—Déjese usted también, señora. No me desesperen tanto — declaraba el hombre irritado.

Y se alzaba de su asiento mascullando torpes propósitos de conducta para después, para en adelante. Mientras tanto pasaba al cuarto vecino... Hasta los oídos de la vieja llegaban entonces frases de ruego, explicaciones serviles formuladas por un acento de hombre.

Como si todo aquello la desesperara, la vieja tornábase de mal humor. Su mansedumbre de todo el día se trocaba en agria cólera que iba a caer sobre Tomasa. Increpábala duramente por el hecho de estarse allí, en su rincón, sin hacer nada. La muchacha la escuchaba decir, casi sin darse cuenta, con los ojos cargados de

sueño. Replicaba a veces, vacilante. Entonces la vieja alzabase amenazadora y huía la muchacha hacia el patio, arrastrando sus zapatos, perseguida por un acento cavernoso, que la llamaba:

—¡Bruta... bruta...!

—Cállese por favor, y deje a la chiquilla — gritaban desde adentro.

La vieja se silenciaba, volvía a su asiento y ahí inmóvil, hierática, bajo la luz de la lámpara, parecía meditar, agitando sus labios como si formulara una oración...

## II

Con mano prolija concluyó Eloísa de atar el paquetito. Llamó.

—¡Tomasita!

Y cuando la muchacha se encontró en su presencia, le dió el recado, repitiéndoselo una y otra vez.

—De mi parte... ¿Entiendes? Y que no se le olvide que el domingo lo esperamos a almorzar... Anda; y no te demores.

Salió la muchacha con lento andar. Eloísa le previno impaciente:

—Te digo que vayas ligero...

Entonces la voz de su suegra expresó con sorna:

—Para eso si que te apuras. En tratándose de ese ocioso te vuelves azogue...

—Y ¿a usted qué le importa?

—A mí, nada... Aunque la gente diga lo que diga...

—¿Y qué tiene que decir la gente? — exclamó Eloísa, súbitamente fuera de sí —. ¡Ya es mucho! Hartas atenciones le debemos a Aníbal y, además, es amigo de Feliciano...

—¡Amigo, amigo!... Di mejor que Feliciano está ciego...

Una vez más entre las dos mujeres surgía disputa acerca de la misma cuestión, y una vez más, también, recurrió Eloísa a un golpe de audacia para detener a su suegra en el camino de aquellas suposiciones.

—Si está ciego, ¿por qué no se lo dice usted? — insinuó con despreciativo acento. — Vaya, dígaselo, cuénte-tele todos los pensamientos malos que a usted se le ocurren...

—¿Para qué, pues? Tarde o temprano comprenderá sin que se lo digan... Entonces...

—Pero de una vez por todas, ¿quiere decirme lo que se está creyendo?

Y como no le contestaran, salió del mostrador y fué hasta el rincón en donde estaba su suegra. Repitió amenazante:

—¿Quiere decírmelo?

—Vaya, niña, toma un palo y pégame...

El insulto partió como un balazo. Y tras ese, muchos otros salieron atropellándose de la boca temblorosa de la mujer. La vieja se había puesto de pie, sorprendida por aquella inusitada exaltación. Permanecía muda, pestañeándole los hundidos ojos. A su turno, rehecha de su asombro, se excitó; con rápido ademán cogió una botella y blandiéndola en la descarnada diestra, previno a su nuera, con voz trapajosa:

—Si no te callas te... ¡Qué te has figurado... indecente!

—¡Tírela! ¿Qué hace que no la tira? Tir...

La botella fué a estrellarse con violencia contra el pecho de la mujer, arrancándole un alarido de dolor. Acto continuo se abalanzó sobre su suegra, tendiendo a ella sus ávidas manos... Rodaron por el suelo, pegán-

dose, desgarrándose los vestidos, aullando de dolor o de rabia...

En aquel instante Tomasa entró en el negocio. Y al ver lo que pasaba lanzó un chillido de miedo.

—Señorita, ¡por Dios! ¡Por Dios!

Se separaron prestamente; roja Eloísa, pálida la vieja...

Le ordenaron que saliera y se callara, y Tomasa, salió del recinto, mirando a las dos mujeres, sin comprender.

No se dijeron una palabra. En silencio, evitando el mirarse, se dieron a ordenar sus vestimentas. Después de un rato, la voz de la vieja expresó temblando:

—Esto... esto te va a costar... muy caro...

Eloísa no le respondió. Se oprimía con las dos manos el seno dolorido, suspirando. Algo angustioso le oprimía la garganta y una infinita tristeza se abatió sobre ella. Hizo esfuerzos por sobreponerse, por aparecer tranquila, indiferente. Pero no lo consiguió. Y sintiendo que los sollozos la ahogaban, entró en las habitaciones, llorando desesperadamente.

Al atardecer, impuesto de lo ocurrido, Feliciano tuvo para con su madre, severas frases de excusa. El comprendía que «aquello» no habría pasado a no mediar la animadversión que la señora parecía sentir por su nuera. Y así no era posible seguir viviendo. De una vez por todas, ella, la madre, debía comprender que su mujer era su mujer, la dueña de casa... También Eloísa no debía olvidar que la señora era su madre...

Eloísa, que esperaba de su marido un justo estallido de cólera, se sorprendió de verlo tranquilo. Era la primera vez que aquella enemistad había llegado a un tal extremo, y al advertir la indiferencia de Feliciano por lo sucedido, al notar que sus reproches se dirigían a la madre más que a ella, no fué descanso el que sintió, sino una gran lástima hacia la vieja. Y la pesadumbre

que la había atenaceado durante todo el día, se acentuó.

Comieron en silencio. Tomasa les servía, moviéndose despacio, como si temiera hacer ruido. Eloísa hacía los platos, y dos veces, por propia mano, colocó delante de la vieja el que le pertenecía. No le habló, pero sus actitudes revelaron deferencia, y aunque la suegra mostróse terca, ella supo desentenderse, sobreponerse a su rencor, para mostrarse amable, sintiendo que aquella humildad la aliviaba.

Fué corta la velada. El silencio hizo pesadas las horas. La señora — contra su costumbre — se alzó apenas terminada la comida y se marchó a su pieza sin decir palabra. Eloísa y Feliciano entraron en su dormitorio. Y en el silencio de la pieza, sumida en sombras, sólo se escuchó durante largo rato la respiración de Tomasa, dormida en su rincón...

—¿No te acuestas?

—Sí, sí... Ya voy...

El hombre se desnudó de prisa y se metió en cama, suspirando descansado. Ella permanecía indecisa, como si algo la preocupara, y fué muy lentamente desabrochando su chaquetilla.

—Y ¿qué le hiciste? — interrogó el marido.

—No sé... No me preguntes nada, por favor... Quisiera ir a verla...

—Déjate de lástimas... Eso debieron las dos pensarlo antes... Y ¿cómo empezó?

—Pero figúrate, Feliciano, que ella piensa que Aníbal...

Sinceramente se lo contó todo: las suposiciones de su suegra respecto de que aquella amistad con el vecino tenía «su porqué», sus frases malévolas, sus insultos...

Le habló con apesadumbrado tono, sintiendo que de su corazón una desconocida ternura se desbordaba, ali-

viándola. Y pareciéndole, tal vez, que en aquella hora de intimidad en que todo se le antojaba muy dulce, nada debía callarse y todo se podía decir, prolongó su confianza:

—¿Me agrada Aníbal? Cierto es que me agrada; pero no por amor, sino porque es delicado y cumplido... Yo no puedo ver que me traten mal... Usted, Feliciano, lo sabe. Cuando me dijo que me viniera con usted, yo le respondí que bueno, porque me supo tratar... ¿Qué le he exigido? ¿Le he exigido algo alguna vez? Cariño, cariño nada más... Buenas palabras. Las palabras finas parece que se entraran en el corazón y una se siente tan dichosa...

Desnuda ya, aun sin querer meterse en cama, movía su cabeza con acompasado y melancólico movimiento. Y era grotesco su aspecto. Por fin se metió en cama, dió un soplo a la luz y se estrechó contra su marido, musitando:

—Es tan dulce el amor...

Le temblaba la voz y fué con el acento de quien solicita una limosna, como le pidió:

—Hábleme como entonces...

Repetía:

—Buenas palabras... ¿Qué cuestan las buenas palabras? Nada, nada más que decirlas... Usted fué el primer hombre que me trató bien y por eso...

Los sobresaltos de su cuerpo pesado despertaron al dormido. Una mano torpe acarició su cuerpo y la hizo callarse. Ni una súplica, ni un amoroso acento halagaron sus ávidos oídos...

...Más tarde, Feliciano sonrió en la sombra, y como término de un pensar que se le antojaba imposible, dijo:

—¿De dónde se le habrá ocurrido tal cosa? ¿Aníbal y tú? ¡Tch! Hay cosas que no pueden ser...

Y se revolvió entre las sábanas, buscando una cómoda postura para el sueño.

Un rato, largo rato permaneció Eloísa despierta, con los ojos abiertos a la sombra. Su ternura ansiosa se había disipado tan vivamente como la sobrecogiera. Ahora, aplacada su tristeza por el roce brutal, se dió a imaginar que...

—No puede ser... — se repetía.

Y a cada instante antojábasele más hiriente aquella despreciativa confianza de su marido. Cuando era niña, también lo decían sus hermanas, tratándose de los peligros que acechan a las jóvenes:

—Con Eloísa no puede ser...

¡Por qué? Su alma de mujer se rebelaba contra aquella seguridad que adivinaba como una ofensa. ¡No puede ser! Y si todos supieran que...

Se durmió imaginando muchas cosas. El sueño descansó su corazón y evaporó sus lágrimas.

En la mañana la despertó su marido para recomendarle algunos quehaceres. Ella lo escuchó sin replicar y durante un rato lo miró vestirse. Aun permaneció en cama pretextando dolor de cabeza. Después se vistió de prisa, trajinó por toda la casa, se encerró en el dormitorio...

Y en la tarde abandonó el hogar...

### III

«La rama de olivo» bamboleó durante algún tiempo, sosteniéndole al crédito. Cuando, merced a préstamos y prodigios de habilidad comercial por parte del propietario, pudo decirse que ya no cerraba sus puertas ni debían abrigarse temores de quiebra, respiró Feliciano descansado, libre, al fin, de tanta pesadumbre.

El golpe había sido rudo, casi imposible de resistir, y al recordarlo, era satisfacción la que experimentaba el hombre, midiendo toda la destreza y serenidad desplegadas para sobrellevarlo. Lo demás, lo demás, acaso nunca le inquietó. Ni entonces, en los días de ansiedad mortal, ni ahora, cuando podía entregarse al sueño sin la angustia de preocupaciones y de afanes.

Eloísa se había marchado, llevándose el total de sus ahorros, más las sumas acumuladas para el vencimiento de sus pagos. De seguro que había preparado el golpe desde largo tiempo; era una mujer de mala sangre — expresaba su suegra — y éstas están siempre meditando una maldad...

Y la situación de «La rama de olivo» se normalizó. Se tomó una muchachita para la cocina y Tomasa fué ascendida hasta la venta. Guiada por la señora, supo desempeñarse en forma de no hacer necesaria otra presencia detrás del mostrador. La falta de golpes y buen trato le habían dado cierto agradable desparpajo y soltura que hacía exclamar a Feliciano:

—Mire, mire no más mi ventura ésta. ¡No lo hace mal! — y sus ojos complacidos seguían a la niña en sus trajines.

Quiso el hombre que vistiera mejor y vistió mejor. Más tarde la exoneró de la venta de licores, prefiriendo atender él mismo a los clientes varones, no siempre recatados para tratar a las jóvenes. Y llegó un día en que, para mejor servir a la mesa, se sentó junto a sus amos.

En el rincón que ella ocupara otro tiempo, dormitaba otra muchachita andrajosa.

Para los conocidos, para la clientela preguntona, ávida de noticias, Eloísa había partido al campo, enferma, no volvería hasta... En fin, se trataba de una larga, muy larga temporada.

—¡Muchos cambios encontrará cuando vuelva! — de-

cían las comadres, echando ojeadas maliciosas a la joven Tomasa.

—¿Muchos? ¿Por qué?...

Y Feliciano paseaba la vista en torno suyo, sin comprender, sin querer comprender, pareciéndole que nada había cambiado. Más aun, que todo debió ser siempre así. Su madre mostrábase igualmente complacida: ahora había quien acatara sus caprichos y se humillara a su voluntad.

¡Cuando vuelva! Y seguros de que «La rama de olivo» no volvería a ver a la ausente, sus moradores sonreían, escuchando las observaciones de la clientela...

Pero Eloísa volvió.

Una mañana los clientes la advirtieron detrás del mostrador y tuvieron para ella amables frases de bienvenida, sinceros votos por un pronto restablecimiento.

—Era lo mejor que podía hacer, venirse. Aquí hacía falta su presencia y, en todo caso, mejor atendida estará en su casa...

—La hemos echado mucho de menos y siempre preguntábamos por usted...

—Y nadie dijo que iba a llegar, nadie lo había dicho. Que se mejore y ojalá que no tenga por qué sufrir...

Así le dijeron.

Bien se advertía que la temporada de campo no había hecho gran cosa en pro de su salud. Tenía los ojos hundidos, terroso el color, plegados los labios por amargo gesto. Y la sonrisa con que pretendía pagar el interés que la gente mostrara por su arribo, se hubiera dicho que se le escurría del enflaquecido rostro.

Había llegado durante la noche anterior acompañada de su marido. Encerrados en el dormitorio, tuvieron los dos una larga y silenciosa conferencia. Más tarde vino a saludar a su suegra, miró a Tomasa, observó a la nueva criadita y se sentó junto a ella sin decir palabra. Feli-

ciano y su madre conversaron y Tomasa tomó parte en la conversación. Los tres rehuyeron el dirigirse a la recién llegada y ella nada hizo por inmiscuirse en sus charlas.

Fué todo.

Y a la mañana siguiente, se colocó — como en otro tiempo — en el sitio de siempre, detrás del mostrador. Pero su marido le advirtió que prefería que hiciera Tomasa la venta de las «provisiones para familias» y ella se ocupara de los quehaceres de la cantina.

Durante medio día algo impreciso, pareció embarazar a los moradores de «La rama de olivo»; pero al llegar la tarde, sin esfuerzo, sin violencias, naturalmente, fatalmente, recobraron la quietud de sus espíritus y cada cual tuvo conciencia de su futura conducta.

Durante las horas de trabajo, los afanes y trajines impidieron entre ellos íntimo contacto. Tomasa vendía, esforzándose por mostrar el dominio que tenía de su tarea y el conocimiento adquirido de las existencias y nuevas disposiciones del almacén. A través del tabique que la separaba de su ama, dos o tres veces la informó, con deferente respeto, de los cambios efectuados en la venta de licores.

La suegra, sentada en su rincón de otro tiempo, charlaba con Tomasa, y cuando una cliente preguntaba por «la señora Eloísa», con lisonjero movimiento de cabeza se la indicaba, diciendo:

—Está en el otro lado ahora...

A la hora de comer, Feliciano fué a llamarla.

—Ahora cerramos temprano la cantina — le dijo —. El almacén está abierto hasta las diez, y mientras se come, la chiquilla se queda para avisar cuando buscan... Vamos a comer.

Se sentaron a la mesa. La nueva sirvientita trajo las viandas, y Tomasa dispuso sobre el mantel platos y cu-

biertos. Permanecía indecisa, dudando. Preguntó, por fin, a Eloísa:

—¿Va a servir usted?

Pero la suegra le ordenó:

—Sirve tú no más...

Y ella hizo los platos y se sentó a la mesa, echando rápidas miradas a Eloísa, que comía en silencio.

Más tarde, Eloísa salió al patio y se estuvo de pie junto al pilón del agua. En la noche primaveral, constelada de estrellas, llena de paz y de silencio, una gota de agua caía isócrona y triste. Durante largo rato la mujer la escuchó golpear sobre las húmedas piedras. Suspiraba, suspiraba, y sus ojos se abrían con ansia a las sombras del huerto, en donde el viento nocturno cantaba entre los ramajes.

Le pareció que en el cuarto vecino — allí donde antes hubo un saloncito — hablaba alguien. Un acento de hombre, anheloso, parecía ordenar algo inentendible...

—No, no... No me atrevo. Ahora no, ahora no... —respondía una voz débil, vacilando.

Y aquellas voces no le causaron a la mujer impresión alguna. Las escuchó apagarse sin atenderlas, obsesionada por el musical rumor de la gota de agua que golpeaba en las piedras...

Poco antes de que llegara la hora del descanso, y advirtiendo que su marido iba a acostarse, quiso Eloísa pasar al saloncito, pero él se lo impidió:

—¿A dónde vas? ¿qué quieres?

—Nada, iba a estarme un momento allí...

—Es que ahora duerme en esa pieza Tomasa...

—¡Ah!...

Y fué a sentarse en la cama que le habían hecho, frente a la de su marido. Buscó algo en la caja de su ropa.. Se pasó un largo rato... Feliciano, ya en su lecho, se revolvió entre las sábanas y se durmió...

Eloísa lo miró dormir, escuchó su acompasada respiración, después apagó la luz.

Y junto con las sombras — en aquella casa en que todos dormían — sintió la mujer que un gran silencio angustioso, pesado, inacabable, se abatía sobre ella como una lápida...

# FERNANDO SANTIVÁN

Consagrado de lleno a sus labores agrícolas, Fernando Santiván, cuyo nombre de pila es Fernando Santibáñez, desde hace diez años, en que terminó los capítulos de sus recuerdos literarios, guarda silencio.

Nacido en Arauco el 1º de julio de 1886, cursó estudios en el Instituto Nacional y luego frecuentó la Escuela de Artes y Oficios, cuyo ambiente ha estudiado en una de sus novelas.

Los comienzos de su vida fueron duros; hizo el periodismo en diarios y revistas, ocupando cargos de corrector de pruebas, de reportero, de redactor y director.

La publicación de su libro de cuentos «Palpitaciones de vida», fué una revelación en 1909. Sorprendió en sus páginas el extraño temperamento de un escritor de nuevo cuño, que a veces hacía recordar los relatos de Dostoiewski.

Tras esta obra, que fué el anuncio de un escritor original, Santiván publicó dos hermosos libros, de cuentos el primero, «En la montaña», y una delicada novelita el segundo, «La hechizada».

## ¡ERA TAN Lindo!

—Y su niño, ¿va mejor?

Una de las mujeres se detuvo en la acera, junto a la puerta. No conocía a la que así con tanto interés la interrogaba, pero no pudo menos que decir algo, responder con alguna simple palabra de agradecimiento a ésta que con suave sonrisa le tocaba la más sensible cuerda de su corazón. Era una desconocida. Tal vez la había visto al pasar tantas veces en sus trajines por la calle, tal vez le habría sido agradable su fisonomía y deseaba trabar una nueva amistad. Parpadeó un momento antes de replicar, y luego, con voz insegura y baja como un soplo, respondió simplemente:

—¡Murió hace dos días!

Ambas mujeres quedaron silenciosas, con el alma suspensa en la pequeña distancia que las separaba desde la acera al umbral de la puerta. Una suave intimidad pareció enseñorearse entre las dos desconocidas; la transeúnte sofocó un sollozo.

—Hace apenas dos días — volvió a repetir después de un momento —. ¡Qué golpe, señora, qué golpe!... ¡Si parece un sueño! Aun me parece que siento el llanto del pobrecito, cuando se quejaba en sus últimos momentos.

Secó una lágrima y en seguida empezó a hablar precipitadamente, a contarle todo, dejando escapar sus palabras como calor de horno encerrado al que se le abriera una salida, en un ansia de desahogar su pecho, de compartir su desgracia con alguien, todo ese pe-

queño mundo de miserias que se va acumulando en el alma y que la estrecha y la estrecha hasta que parece hacerla estallar.

Para saberlo todo había que retroceder, sin duda, unos tres años, desde sus deseos de tener un hijo, quizá mucho antes, al empezar sus primeros días de matrimonio.

—Para una mujer ansiosa de amor, un hijo es la vida, señora... Para el hombre, quizá no. Él puede salir, distraerse. ¡Tantas cosas! Para la mujer es el «lénalo todo» en la soledad. ¡Lo deseé tanto, tanto!...

La del umbral escuchaba moviendo la cabeza, con las manos cruzadas sobre el delantal. Cerraba la noche. En el fondo de la callejuela comenzaban a encenderse los faroles, que aparecían en la obscuridad como ojos soñolientos y curiosos.

—¡Cuánta alegría al sentir los primeros síntomas! —proseguía la doliente.

Sí, cuántos sueños difusos entrevistos sobre un porvenir no lejano, en que una gentil cabecita la arrullaría con sus gorjeos, con sus gritos, con sus primeras locuras de niño, y más tarde, corriendo los años, la varonil cabeza con sus arrogancias de joven, con sus impetuosidades de hombre y sus ternuras de hijo amante.

—No, no se imagine, señora, que yo sufría con lo que llaman el dolor de las madres antes que él naciera. Los primeros golpecitos que anunciaban una nueva existencia, me hicieron desvanecer de alegría, y cuando comenzaron a crecer, a hacerse más fornidos y bruscos, yo le decía en voz muy baja, para que él sólo la oyera: «Muévete, golpea, golpea sin piedad, hijo mío. Así sabrá tu madre que estás vivo...» ¡Y vivo estaba!... Cierta vez hasta sentí las punzadas de sus uñas que herían como alfileres en las entrañas. Yo sonreía, suspenso, helada de emoción.

»Miraba a los otros niños, dichosa, escudriñándoles sus cintajos, su pequeño calzado, sus peinados, haciendo provisión de ideas para vestir más tarde al mío, y pensaba, al ver que eran hermosos: «¡Mejor será él!»...

»Nació. ¿Los dolores de la madre? Permítame que me ría de ellos. Vistos desde aquí, me parecen una ilusión, como todo lo que pasa. Es largo, un angustioso martirio de felicidad, tras del cual aparece un lindo cuerpecito blando y tibio, que se agita palpitando, vi- viendo, lanzando al aire pequeños gritos de imperio sobre la vida, como dando a entender que existe uno más para bracear y luchar en el mundo.

»El mío... ¡Si lo hubiera visto!... ¡Qué lindo era! Si era lindo, no me cabe duda. Tenía los ojos grandes y azules, la frente ancha y combada y una cabeza tan enorme, tan inteligente, que no me cabía duda de que iba a ser un talento. Cuando lo llevé donde el médico, en su última enfermedad, y le examinó el cráneo, no pudo menos que exclamar: «¡Qué cabeza tan rara!» «Sí, le repliqué, cabeza de genio». Él sonrió...; quizá dudaba; pero yo no, yo no lo dudaré jamás. ¡Y viera usted qué vigor! ¡Ah, era un niño muy lindo el que se fué!...»

Guardó un silencio que parecía sollozo. La mujer del umbral la miraba compasiva; suspiró. Estaba colocada en el quicio, como resguardando la puerta. En el interior de su cuarto de mujer pobre se veían los muebles dispuestos en orden, limpios, iluminados por la suave luz de la lámpara. Se respiraba quietud y misterio. Por la calle, algunos transeúntes cruzaban como sombras que se iluminaban al pasar bajo un farol y que iban a perderse en la obscuridad, un poco más lejos. Los muchachos de las casas vecinas jugaban y reían, mientras algunas comadres charlaban delante de las puertas.

De pronto, desde una casa próxima, partió un lloro de niño, desesperado, impaciente. La dolorida madre puso atención.

—¡Así lloraba él! — exclamó —. ¡Pobre hijo mío! Las horas del día y de la noche se me hacían pocas para cuidarlo, para arrullarlo. Yo lo hacía todo. Yo lo mudaba, yo lavaba sus pañales, yo le daba que comer. ¡Qué feliz y que liviana me sentía trajinando en medio de una fiebre de quehaceres!...

La mujer del umbral suspiró, compasiva, y miró las sombras que se revolvían en torno de las casas, apriisionándolas. La luz de los faroles parecía avanzar, escuchar, compadecer.

La narradora sonrió dolorosamente y se retrajo en sí misma.

—¿Por qué le cuento todo esto? ¿Qué le puede interesar a usted? Pero usted me perdonará... ¡He sufrido tanto!, y tengo deseos de hablar de él a todo el mundo...; me parece que así lo hago vivir aún un poco más... ¡Si usted lo hubiera visto, señora, lo habría querido también! ¡Era tan lindo!... Hubiera sido tan inteligente... En los últimos días se me deshacía el alma al escucharlo quejarse como un grande, con una tristeza tan honda, tal si comprendiera que se iba a morir y que nos abandonaba antes de conocernos...

Un sollozo. Pausa. En un momento en que la calle enmudece, la oyente interroga, con acento en que se trasluce el cansancio:

—¿Y de qué murió?

La madre se estrujaba los ojos con el pañuelo. Bruscamente, irguió la cabeza.

—¿De qué?... ¡De miseria!

Brilláronle los ojos con súbito resplandor, mientras una lágrima titilaba aún entre las pestañas. La mujer del umbral retrocedió instintivamente y echó una mi-

rada rápida por su cuarto, en el cual la luz de la lámpara iluminaba quietamente los muebles.

—¡De miseria! — prosiguió con voz ronca —. Falta de alimento, trabajo excesivo..., angustia por el pan de cada momento... Perdí la leche... ¿Cómo tomar un ama?... El biberón..., enfermedad del estómago.

Hablaba sofocándose, sin ritmo, con voz áspera y sibilante. La mujer del umbral pensaba cómo deshacerse de esta mujer, que no era la misma de hacía poco; volver, cerrar la puerta, mientras la madre proseguía su incoherente historia mezclada de alaridos, sollozos, angustia y cólera...

Apenas se le entendían algunas palabras: «Médicos»..., «ladrones»..., «¿meningitis?» «¡Lo pagarán todo en la otra vida!»...

Sin embargo, poco a poco, los borbotones fueron haciéndose más lentos, las palabras menos duras, hasta que volvían de nuevo a su curso natural, hasta hacerse serenas, luego dulces, embelesadas. Entonces se pudo distinguir que hablaba del hijo.

—Se quedó como un pajarito..., de repente. Lo tenía en mis brazos..., me incliné a besarlo y sólo entonces ví que no respiraba... Puse mis labios en sus labiecitos y sentí un hielo, más hielo que la nieve..., un hielo que enfriaba hasta los huesos y que persiste en la sangre por largo tiempo... Me parecía que besándolo, estrujándolo entre mis brazos, lo iba a hacer vivir, y mientras más lo miraba, menos me parecía que estaba muerto, pareciéndome por momentos que sonreía, que iba a gritar, a ser el de antes...

Calló. La mujer del umbral deseó consolarla.

—¿Por qué se aflige usted? — dijo —. Es usted joven..., puede venir otro...

La madre se irguió con sonrisa torturada.

—¿Otro?... ¿Para qué?... ¡Para que se muera!...

¡Nunca! ¿Y cree usted que sería como el primero?... No, señora... No podría quererlo, sentiría rabia de que viniera, de que ocupara el lugar que ocupó el otro, el mío, el único... ¡No, nunca!

Recogió su manto nerviosamente y, hablando aún, se despidió. La mujer del umbral se encogió de hombros y la vió alejarse por la acera, vestida toda de negro, apegada a la muralla, entre vacilante y enérgica... Aun la vió pasar debajo de un farol, bajo el que mariposeaban los pilluelos en sus juegos infantiles. Luego la obscuridad la envolvió por entero. La mujer del umbral cerró la puerta y entró, arrebujiándose en su chal, como si le hubiera producido frío el aire de la calle y el relato de la desconocida.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

El autor de «El hermano Asno» es, antes que nada, un novelista. Bien lo acredita su novela «Un perdido» que, con la primera, incluyó en su colección de novelistas del siglo veinte Espasa-Calpe.

Pero ello no implica que, así como inició su vida literaria con un incipiente libro de relatos, no haya escrito después algunos de los mejores cuentos chilenos. Su volumen «Páginas de un pobre diablo», bastaría para confirmarlo. El cuento *La antipatía*, publicado en La Nación, de Buenos Aires, que se incluye en esta Antología, es una pequeña obra maestra.

Nació Barrios en Valparaíso, el 25 de octubre de 1884. Su vida andariega le llevó primero, de niño, a estudiar a Lima. El hecho de ser su madre peruana, la movió a educarle en su patria. De esa época datan sus buenas amistades con algunos escritores, como los hermanos García Calderón.

Era un muchacho aún cuando volvió a Chile; de esos años data el comienzo de su errancia bohemia y la verdadera aventura de sus días vagabundos, que le llevan a la región salitrera, a cruzar América por regiones bravías e inhospitalarias, a desempeñar oficios de todas clases para ganarse la vida.

Fué ese vagabundaje una excelente experiencia. Algo de todo eso es dable sentir en las recias páginas de «Un perdido».

Después, tras su nuevo y ya definitivo regreso

a Chile, le ha deparado la vida horas de paz y de quietud. Sirvió, durante algunos años, un cargo administrativo en la Universidad de Chile; en 1927 se le nombró Director General de Bibliotecas, y en ese mismo año, hasta octubre de 1928, fué Ministro de Educación.

Ahora, alejado de las sinecuras públicas, vive consagrado a las labores agrícolas.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## LA ANTIPATÍA

—Señor... Señor...

Sentí la mano del muchacho remecerme por una cadera. Me había dormido sobre la cama, vestido.

—¿Qué quieres?

—Dice la señorita Melania que si es tiempo de ponerle a don Samuel otra inyección.

Me incorporé.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—Sí; ya es hora.

—¿Prendo luz?

—No; no hay necesidad.

Por la ventana abierta al campo, se vertía en la pieza la luna. El menguante iniciaba su ascensión en la noche callada y caliente. Y atrajo mi vista. Clavé los ojos en el trozo dorado, que fulgía como una almendra sobre la felpa profunda de un cielo sin estrellas. Lo miraba, lo miraba, fascinado, vacío de pensamiento después de aquel sueño sin soñar. Por momentos, era la almendra; por momentos, una medalla de oro asomando por un ojal.

El sirviente, un muchacho rústico, permanecía inmóvil al pie de la ventana. Yo veía su busto exiguo de adolescente preso en la chaqueta de mezclilla; lo veía en negro, ribeteado de claridad lunar; y sus manos desproporcionadas colgando fuera de unas mangas muy cortas; y sus pies desnudos...

—¡Lástima grande! ¿no? — me dijo tan pronto co-

mo advirtió mis ojos puestos en sus pies — ¡Que no me dentren, patrón, sus zapatos!

Sonreí. La preocupación constante, la idea fija, el ensueño afiebrado del pobre chico, desde que alguien le previno que había crecido ya mucho para andar descalzo, era ponerse los primeros botines.

—Los de don Samuel sí me quedan al justo — añadió como en un suspiro, como en una esperanza.

—Pronto vas a tener zapatos, Andrés.

—¿Se morirá pronto? Diga...

—¡Chit! Calla. Está moribundo; pero... anda, lárgate ahora. Que preparen la jeringa para la inyección, que hagan hervir las agujas.

Me levanté y me lavé la cara, con calma.

Por la ventana venía un aire vivo, fragante al riego de las hortalizas. Oí explicar al rapaz en la habitación contigua: «Se había dormido, el caballero. Se había dormido encima de la cama, y hasta con espuelas...»

En efecto, apenas terminó la comida, los nervios me habían urgido a huir, pronto, aun cuando fuese por algunos minutos, de aquella familia.

No soy un hurraño, mucho menos un misántropo. Alguien confiesa por ahí no conocer más flechazo que el de la antipatía. No lo concibo. Sin embargo, esos Manzanares, esos amarillos, fofos, aceitosos, absurdos Manzanares rebotaron siempre hostilmente sobre mi sensibilidad. Sin remedio, desde la infancia. Muchas razones y esfuerzos muy tenaces gastó mi madre para prender en mí siquiera una llamita de afecto hacia las cuatro criaturas. Con ellas, hasta no sé qué rebuscado parentesco nos unía. Pero los niños, cabalmente porque no razonan, yerran pocas veces en la percepción de sus afinidades.

No congenié yo, pues, un solo día ni con Samuel, aquel zanguango procaz y estúpido, cuyas pupilas color

de aguas encharcadas parecían anegar su cara de estudiante falto de sueño, ni con las tres hermanas, que salían siempre a mi encuentro, desde la profundidad lóbrega del salón, en fila, muy divertidos y llenos de asombro inmotivado los semblantes y claveteándome a preguntas insulsas con sus voces estridentes de gallinetas.

Mis diez años de estudios en Santiago me alejaron luego en definitiva de los Manzanares, dieron perspectiva a su pesadez; y aun llegué a evocarlos con regocijo, con ese regocijo que enciende en el recuerdo la reaparición de las imágenes caricaturescas habidas en nuestra infancia.

Pero aquella noche, de nuevo frente a ellos, la antipatía resurgió; es decir, concluyó de resurgir, porque me hallaba en la tercera visita de esa temporada. Y tan luego bebimos el café, me fué ineludible pretextar el cansancio del viaje a caballo y retirarme un rato a la pieza que me dispusieron para hospedar.

Allí, ya lo he dicho, insospechadamente me dormí.  
Así fué.

Estudiaba yo entonces mi cuarto año de medicina. Pasaba las vacaciones en nuestro fundo, junto a mi madre. Los cuatro Manzanares seguían viviendo en el pueblo. Habían quedado huérfanos y habitaban el mismo caserón donde nacieron. Y allí estaban, solteros... y unidos. ¿Habéis observado la unión firmísima y querendona, especie de reducto defensivo, en que se encierran los hermanos huérfanos y solterones? ¿Verdad que este lazo de amor, en las familias antipáticas, suele resultaros incomprensible, absurdo? Así vivían en su solar los Manzanares. Yo me veía entre ellos desde horas atrás — y por vez tercera —, porque toda la última semana Samuel agonizaba, hinchado como en preñez, hidrópico por una cirrosis de la mucha bebida.

Sí. Hacía ocho días que el borrachón había entrado en coma. Tres punciones llevábale yo hechas para sacar el agua al odre de su vientre monstruoso; y se inflaba de nuevo con una pertinacia... «¡Qué duro pa morir!», decía el pequeño Andrés en su simpleza. Y es que todos estaban ya rendidos. Se vivía en el vacío, como en un hueco abierto al tiempo. Era la casa del cadáver que no se va. Todo permanecía, pues, suspenso y revuelto, y la gente sufría cansada, impaciente.

Yo, por mi antipatía y por saber como nadie que ya sólo se trataba de suavizar, a fuerza de morfina, los últimos rezagos de una existencia deshecha, tenía que ser el más abrumado.

¡Ah! Fué penoso penetrar aquella noche una vez más en la penumbra del dormitorio donde Samuel yacía, el pobre majadero, con el grotesco cuerpazo hinchado como un bombo y la cabeza descolgada y el cabello húmedo sobre las cejas. Una penumbra temblante por los aleteos de sombra que lanzaba la vela sobre las paredes empapeladas color café. Aun la vela movía con agitación de tormento su lengua filuda y ardiente. Y luego, aquel calor, aquel aire denso, mal oliente a sudores viejos, a medicamentos amargos, a las aguas de olor desabrido extraídas en las punciones... Mis nervios se constriñeron insoportablemente. Como en un ímpetu de fuga, volví a todos lados la cara.

Y me topé con las tres hermanas que, en fila, ¡siempre en fila!, me pasaban los utensilios. Toda la antipatía de la casa me rodeó, como una ola circular que me estrechase.

—A ver, Melania — dije entonces a prisa —; deme usted las ampollitas. La jeringa, Herminia. ¿Éste es el alcohol? Usted, Liduvina, levante la colcha.

Me cogió una vehemencia nerviosa, un vértigo acti-

vísimo. Y una idea, única, súbita y ciega, culpable profesionalmente, pero que en breves segundos mi buen corazón disfrazó de piedad, me condujo. Sí; piadoso el acelerar, piadoso el concluir con... Me temblaban las manos. Pero me había hecho presa la demencia extraordinariamente imperativa de los impulsos anti-páticos. Sí; triple dosis, triple dosis y caería Samuel en el sueño, y sueño y abismo se resolverían en un solo descanso definitivo y dulce. ¡Infeliz! Ocho días en coma, sin reconocer a nadie ya, y sufriendo en tanto su carne en un dolor turbulento y obscuro. No, no...

—¡Ya está!

Al oprimir el émbolo de la jeringa, no obstante, sufrí la sensación trémula y desfalleciente de cuando se palidece. Porque a un médico le está vedado ultimimar. La conciencia, si bien sin concepto definido, me habló de un rasgo de verdugo. Temblé. Y una transpiración helada, que brotó violenta, me enfrió la espalda; mientras por mi mente pasaron, con la celeridad inverosímil del pensamiento en el susto, evocaciones aflictivas: ciertas viejas ultimadoras profesionales que en la Edad Media mataban a los moribundos hundiéndoles las uñas en la garganta. Alcanzaron a diseñarse en mis retinas unas uñas corvas, verdes, gruesas y duras como patas de cabra. Se me representó aún cierta escena cruel de mi niñez; cuando inducido por la cocinera maté un manso e indefenso pichón, apretando su corazoncito entre los dedos y haciéndole crujir los huesos dentro de mi garra enfurecida por la emoción.

Fué la misma angustia de fatiga, de crimen.

Pero duró un instante; pues a poco de inyectada la triple dosis de morfina, sobrevino un efecto extraño. Por inesperada reacción de su organismo contra el

veneno excesivo, Samuel tornó a la lucidez, salió del coma, alzó los párpados, me vió, me reconoció. Y con una mirada cariñosa, llena de miedo y esperanza, me dijo:

—Ah, tú aquí. Sálvame. Tú eres bueno. A pesar de todo, tú me quieres. Sálvame; no quiero, no me quiero morir.

—S...í — musité, desconcertado.

Sus ojos se apoyaban en los míos, larga, extrañamente fijos, ávidos de leer en mi conciencia y en mi voluntad.

—¿O no me quieres? Jugamos juntos...

—Sí...

Sentí un dolor hincante, una piedad desgarrada. Sus ojos repetían el ruego de los perros enfermos.

No deseaba yo abandonarle a su miedo ni negarle mi amparo cariñoso; pero no pude hablar. Comprendí cuánto debía espantarlo mi silencio y, sin embargo, no hallé qué decir. Si sólo cosas ingratas acudían a mi memoria urgida... La fuerza de la antipatía es negativa. Y de las personas antipáticas, se nos borran muy pronto en el recuerdo los actos buenos. Busqué, busqué, ansioso y de prisa, de qué hablarle, algo amable y confortador. Puse mi alma en tono de cariño. Y nada; se me venían a la mente sólo tonterías. Estuve, por ejemplo, a punto de soltarle: «¿Te acuerdas? Cuando niños, por tus pies abiertos al pararte y al andar, te pusimos «diez para las dos». Y habría sido estúpido. Declararle a secas: «Sí; tú sabes que siempre te he querido como a un pariente», más tonto aún, porque no era verdad; peor, era burdo, irrespetuoso, una mentira exagerada.

Busqué, busqué, cada vez más espoleado y sin tino... Como si hubiese ocurrido la víspera, volvía a ver entonces la última escena de mi vida en la cual había él

actuado: el verano anterior, a Samuel se le había puesto una noche pegarse a un grupo de muchachos que recorriamos el pueblo. Su charloteo borboteante, su disputar de borrachín, su intromisión presuntuosa y necia en las conversaciones, nos tenían irritados; y no viendo manera de alejarlo, se me ocurrió de pronto avisarle al pasar por un cine: «Mira, allí, en la contaduría del teatro, te llaman». Y apenas acudió él, corrimos los demás en fuga desbocada, hasta poner una docena de cuadras por medio. Entre bromas y carcajadas, llegamos a una taberna, y allí resolvimos, mientras nos servían, celebrar unos juegos florales fúnebres. Por tema, se dispuso... el epitafio de Samuel Manzanares, a quien el mantenedor había declarado difunto. Reímos a su costa la noche entera.

Pues bien, casi me arrastra el aturdimiento a recordarle en tales instantes aquel paso, nada menos que la burla de su muerte.

Al fin creí hallar algo agradable para él. En cierta ocasión me había detenido Samuel en la calle, con grandes aspavientos, para exhibirme unos versos que él calificaba de magistrales, y que al cabo resultaron así. La antipatía, alerta en su agresividad siempre, me advirtió no obstante que mi emoción había sido entonces la rabia. Al pasarme él su periódico para hacerme leer los versos, me había dicho yo: «Deben ser un mamarracho»; y en seguida, al rendirme ante la evidencia de un canto magnífico, había sufrido una corrosiva molestia. «¿De modo que el idiota ése tenía también su buen gusto?» ¡Qué fastidio me dió! Por muchos días me persiguió el fastidio.

Pero, en fin, como él no apartaba los ojos de mí, quise traer aquello a cuento, aliñándolo de optimismo en la hora de la muerte, ya que ello, lo único en nuestro pasado, podía significar acuerdo, unión.

Y le dije:

—¿Sabes en qué estaba yo pensando, Samuel? En esos versos estupendos que el año pasado descubriste. ¡Cómo gozamos! Me separé tan feliz de nuestro encuentro...

Me detuve a la mitad, con vergüenza de hallazgo tan miserable.

Por suerte, no me oyó. La morfina surtía ya su efecto. Samuel se sumía en la nada del sueño, caída la mandíbula, vueltas a mí todavía las pupilas desvanecidas.

Le tomé el pulso. En media hora más, según mi cálculo, habría dejado de padecer. Tapé su cuerpo hasta la barba. El abdomen hidrópico mentía una montaña bajo los cobertores. Una conmiseración irremediable me hizo suspirar. Y en seguida palpé mis músculos, robustos, vivos, ágiles.

—Salgamos —dije—. Ahora duerme.

Habituadas a la misma escena durante tan largos días y a que tras ella Samuel continuase viviendo, las tres hermanas se dirigieron conmigo, tranquila y naturalmente, al comedor.

Allí nos acomodamos alrededor de la mesa. Ellas, frente a mí las tres, siempre juntas y en fila. Ya tenía yo delante otra vez aquellas caras alimonadas y tirantes, de cejas oblicuas formando una ojiva rota e irregular, y aquellas cabezas de pelo escaso, gracioso y tenso hacia la coronilla.

Seis ojos verdosos explayados y húmedos, como seis ostras, venían al encuentro de los míos; y yo, que sufría una mezcla inordenable de emociones, a todas las cuales se sobreponía el rechazo antipático, no los podía soportar. Los ojos del ser antipático son pinchos agudos y hostiles. Da en ellos nuestra mirada, y en el acto se repliega como las antenas del caracol, y per-

manece recogida y esquiva. Bien pueden esas pupilas buscarnos: las evitaremos siempre. Es horrible, porque se nos figura que el otro comentará: «Este hombre es malo; no mira de frente». Y no. Sólo hay que él nos es antipático. Además, en aquellos ojos de familia me acusaban los del agonizante, a quien yo acababa, en buenas cuentas, de ultimar...

Hallábame, pues, muy incómodo. Procuré rehacerme, vencer sobre el ambiente. Callábamos, y el silencio me resultaba indiscreto y delator. Pero ¿de qué hablar? Con los antipáticos, iniciamos una afabilidad, y una mueca involuntaria tuerce nuestra boca, afea la frase y nos traiciona...

No obstante, la turbulencia de mi incomodidad imponía una salida, una actitud libertadora, palabras, en fin, que al menos alejasen de mí otro desagrado inminente: el drama de llantos y aullidos histéricos que dentro de media hora, cuando se constatase la muerte de Samuel, sobrevendría para las hermanas.

—¿Qué hacemos? ¿Qué les cuento? A ver...

Atropelladamente, ignoro por qué recóndito dictado, me puse a contar «chistes alemanes». Dos, tres, cuatro, diez, de los más imbéciles.

Fué la salvación.

Todo cambió como al soplo de un viento despejador. El buen humor se hizo. Aquellos nervios excitados en la sobrefatiga, vibraban con exceso enfermizo al menor roce de lo cómico. Era un vértigo contagioso, una marea invasora, la defensa desesperada de la vida tras la mucha aflicción, tras las horas muertas de voz queda, pasos en puntillas y gestos de circunstancias.

—Cuenta — me rogó de pronto Herminia, la menor — algo de tu vida estudiantil.

Accedí, porque me había rehecho. Por odiosas que

ciertas personas nos sean, nos halaga y envuelve el momento en el cual ellas nos admiran.

Y esta cobardía humana desanudó mi contento y los episodios festivos acudieron.

—Una vez — comencé — los de mi curso debíamos obtener cadáveres para nuestras preparaciones anatómicas... No se asusten. La cosa tiene gracia... Es preciso, para esto, hallarse a la madrugada frente al hospital. Allí va la carroza con los restos no reclamados y los deja a los estudiantes. Estábamos en pleno invierno y apenas se diluía en el cielo un indicio del alba. Los muchachos, zapateando de frío, fumando, distraídos, no advertimos cuándo llegó el carro. Lo distinguimos de repente y nos acercamos en tropel. Ya en su boca trasera blanqueaban hacinadas las plantas de veinte pies de cera. Ya el carrocerero había puesto del coche al suelo sus tablas en declive; y pronto, vuelto al pescante, empujaba uno a uno los cuerpos rígidos, que, resbalando por el tablero, bajaban a la calle, donde nosotros elegíamos. Era un hombre muy chusco. Llamaba «cuñados» a todos sus muertos. «Allá va un cuñado, niños», prevenía al lanzarlos. Y algunos habían desaparecido ya, en brazos de los muchachos, tras la reja de la Escuela, cuando bajó uno más y sucedió algo extraordinario, fantástico. El muerto se deslizó lento y pesado, tocaron la calzada sus pies, vino su cuerpo hacia adelante y quedó erguido. «¡Está vivo!», gritó uno. Y todos corrimos. «¡Guarda, está vivo!», repetían los demás, ya parados a cierta distancia. Hubo un silencio de espanto. Alguien aseguró haber percibido que de la garganta del cadáver había salido un sonido, como un gorgoriteo, como una voz. Y la figura blanca seguía derecha e inmóvil en medio de la noche. Entonces vino lo bueno. Vimos al carrocerero dejarse caer del pescante y dirigirse al cadáver. «¡Guarda, el

cuñado está vivo!» El hombre vaciló. Pero fué un segundo. Luego echó pie atrás, alzó el puño y, mientras descargaba un bofetón iracundo sobre el infeliz, atronó la calle, bravucón y triunfante:

—¡Eh, muerto 'e miér... coles! ¡Vení a jugate!

La risa estalló frenética en las tres muchachas. De tal modo reían ya, que debí contenerlas:

—¡Chit! ¡Chit!... Está el pobre Samuel ahí, durmiendo... ¡Chiiit!...

Ya entonces noté con alarma que no se podían contener. Esta misma contradicción las enardecía más, conducíalas a lo morboso, al ataque, a lo histérico. Melania se quejaba:

—¡Ay!... ¡Mi dentadura!... ¡Por Dios! ¡Mi dentadura!...

—¡Ay!... ¡Ay!...

Usaba dientes postizos, y la plancha, defectuosa, causábale dolor en las encías, un dolor que constituía su tema de quejumbre a toda hora. Tanto era el lamentarse de su plancha, y esta vez con la mano en la boca, luchando tan cómicamente por apretar la risa, que, contagiado yo también, se me ocurrió decirle:

—Es que tú, Melania, lo que necesitas no es una dentadura, sino una *dentablanda*.

Y esta sosería, sobre aquellas risas tentadas, cayó como pólvora en la llama. El reír subió al gemido, al llanto, a la contorsión.

Al cabo, amainado el acceso, Liduvina me pidió una anécdota más.

Determiné referirles ahora el caso de una estudiante de mi curso.

—Resolvió un compañero jugarle una broma sonada, una broma que, como él decía, hiciera época. Eligió el cadáver más corpulento y le amputó... No; creo que esto no se puede contar.

—Sí, cuenta.

—Cuenta, hombre.

—Si estamos en familia; sigue.

—Bueno. Amputó al cadáver... , en fin, no me acuerdo bien, un miembro cualquiera, pongamos... una mano, y se lo guardó a la chiquilla en su maletín de calle... No; mejor, buscaré otra historia...

—¡Oh! ¡Tonto!

—No. Espérense. Voy a ver cómo sigue Samuel.

Había transcurrido, larga, la media hora de mi cálculo. Fuí al dormitorio y... lo previsto: Samuel estaba muerto.

Y bien. No sabría explicar por qué no me conmoví. Acaso porque era lógico, dado el tono en que las risas me pusieran; acaso porque yo lo tuviese al pobre despedido ya, desde que le aplicara la morfina; por la antipatía, tal vez. Lo cierto es que, sereno, como ante un caso de hospital, le cerré los ojos. Y salí.

Vuelvo al comedor, molesto por anticipado de la escena que sin duda se desarrollará; y he aquí que nadie me pregunta por el enfermo. Sólo me apuran a concluir el cuento. Confieso que me estremecí.

Tomé asiento, mudo.

—¿Y qué pasó?

—Habla. ¿Qué hizo luego la muchacha?

Guardé silencio aún, dudando. Pero: «Después de todo —pensé— conviene ganar algún tiempo, prepararlas gradualmente, para darles la noticia con prudencia. Porque vendrá una hora trágica». Y casi conforme también con un retardo de aquel desagrado, cedí a las instancias, siquiera mientras concebía un plan hábil y de suave gradiente hacia la revelación.

—Pasó —repuse— que la estudiante sube a un tranvía, de regreso a su casa, y al ir a pagar, abre el maletín y se encuentra con aquello. Varios estu-

diantes la iban espiando en la plataforma. Y cuentan que ella, muy familiarmente, cogió la... mano amputada y la tiró por la ventanilla. Los estudiantes se bajaron entonces en la esquina próxima. Divisaron a poco un tumulto en la calle y acudieron a ver. «¡Nadie toque al perro! ¡Nadie toque al perro!», dicen que disponía enérgico el policía. Un perro había recogido la mano del muerto y se paseaba con ella en el hocico, entre el alboroto de la gente. Se vislumbraba un crimen. «Hasta que venga mi inspector, nadie me toca el perro — insistía el guardián —. Y no dejen que se la coma». Alguien opinaba: «A mi juicio debe venir el juez...» Y calculen ustedes lo demás. ¡Cómo se divertían los muchachos! Dicen que el escándalo fué mayúsculo.

Entre figuraciones, comentarios y ocurrencias, se incendió de nuevo la risa.

En tanto, yo pensaba en nuestro muerto. Pero mientras más postergaba la noticia, más cobarde me sentía. Juzgaba pasada la oportunidad de darla, y no atinaba ya con la enmienda.

En esto, las hermanas me exigieron otro chascarro. Y dí otro, y otro en seguida, y varios más. Los nervios, las situaciones contradictorias en que la antipatía lo había ido invirtiendo todo, llevaron al naufragio completo mi voluntad.

Así pasó una hora, dos horas pasaron. Un chiste, una nueva broma sobre la dentadura de Melania, y risa, y más risa.

Hasta que Melania se levantó, amostazada.

—Voy a ver a Samuel — dijo.

Salió, y volvió en el acto. Yo había bajado la vista, trémulo. No quise ver su llegada.

Pero, contra mis temores, una carcajada general la recibió. Y la miré entonces: con la mano extendida,

y en la palma, como sobre una bandeja, la dentadura postiza, nos miraba a todos alternativamente, en gesto inverosímil, fea, grotesca, abierta la boca desdentada, más explayados aún sus ojos de ostra.

Hube de soltar yo también el trapo a reír. Y entonces gritó, estridente.

—¡Está frío! ¡Beh, beeh! ¡Está frío! ¡frííííí!

¿Comprendieron Liduvina y Herminia? Creo haber notado en ellas una brusca conmoción. Pero, sea por la cara de Melania, sea por la dentadura ridícula que, en el pasmo, aquella mano seguía sosteniendo, o por una inversión más, por la inversión frecuente en muchas personas que ríen cuando se les da una nueva muy dolorosa, la risa de las muchachas creció incontenible, avasallante, convulsiva. Por momentos, alguna trataba de contenerse, alzaba la cabeza, volvíase hacia la hermana mayor; mas al verla tiesa y lívida, con la dentadura siempre en la mano extendida, tornada por el terror en fantasma o estatua de piedra, el turbión de las carcajadas renovaba su invasión macabra, exasperante.

Hasta que yo intervine. Fuí aproximándome a ellas, una a una. Fingí no darme cuenta de que reían a sabiendas de la situación, sino por error; y les dije que Samuel había muerto; que él era el *frío*...

Al pronunciar la palabra *frío*, ¡qué esfuerzo debí hacer para no reír también! Y confieso que ponía cierto malvado placer en repetirla.

Aquello, más que grotesco, fué trágico, una monstruosidad de locura.

Poco a poco, primero como un hilillo de agua, al que no tardó un segundo caño en agregarse, vino al fin el llanto. Lloraban Herminia y Liduvina. Lloró de súbito, con violencia histérica, Melania. Y las tres se doblaron por último, como en un derrumbamiento,

presas de un llorar contorsionado, hipante, de vesania, que me estrujó de una piedad colérica el pecho.

Aun guardo en los tímpanos la sensación irritante de aquel lloro, de aquellos gritos. Aunque aun se mezcla también a su desagradable evocación el ridículo estribillo con que gemía Liduvina: «¡Beeeh! ¡Hic, hic! Lo que más me duele es que la muerte de mi pobre hermano haya causado hilaridad. ¡Beh, beh! ¡Hic! ¡Beeeeeh!»

Era risible y era siniestro.

¿Cuántas horas pasaron así?

Avanzada la noche, ya vestido el difunto, hechos los preparativos del féretro y la capilla, regresé al comedor. Solo. Sentía necesidad imperativa de estar solo.

Me dejé caer en una silla baja. Los codos en las rodillas, sobre los puños la barba, me inmovilicé, horas acaso. Me encharcaba un sentimiento confuso, abrumado y torpe, negro y viscoso, y una pesadumbre como la de quien cedería una fortuna con tal de eliminar de su pasado ciertos sucesos en que actuó.

Y sin embargo, hasta hoy nada se borra en mi memoria. A menudo mi sensibilidad lo repite todo. Todo es aún presente. Lo oigo, lo huelo, lo veo todavía: la luz de la lámpara se va extinguendo, devorada en su propia llama. Fuera, se ha entrado la luna; y del patio entran las sombras y se tienden en el suelo, como serpientes sigilosas. Irrumpe una ráfaga, se arremolina en torno a la lámpara, se deshace y se va. Un olor de pavesa reseca entonces el aire. A intervalos, viene del interior el risible «¡Beh! ¡Hic, hic! ¡Beeeh!», con antipatía ya majadera. Y no es caso de reír, porque mis fuerzas están ya desplomadas y un malestar de alma turbia me impregna como un miasma. Los chistes, las carcajadas, el no haber declarado a tiempo la muerte, pesan en mi conciencia. Aun mi antipatía

por aquellos desgraciados me acusa como un pecado innoble. Rechazo el remordimiento; pero no me puedo libertar del cansancio y la repugnancia. Y todavía, traidores, reptando como las sombras, surgen recuerdos, cosas viejas que vuelven: Samuel es un niño, se hospeda en casa, mis hermanos y yo deseamos amargarle la vida, que se marche del fundo a su pueblo; y hoy le robamos el jabón, mañana echamos llave al baño; luego, en la mesa, le devoramos a prisa todo el pan; o en la noche, le rompemos un cartón con el cual se protege de los rayos de nuestra lamparilla, pues con luz, como nosotros, no consigue dormir él...

¡Ah!, me colmé de una opaca melancolía y quise llorar. Pero lloró sólo mi alma, porque mis ojos no pudieron. Y tuve frío en el corazón. ¡La antipatía, la irremediable antipatía!

Hasta que abrí los ojos, al primer rayo de sol que dió sobre mis párpados. Y salí al patio.

Con la claridad de oro y el fresco del rocío, fué aventado el pesar. Me cogió en cambio una vehemencia loca por volver la espalda y escapar cuanto antes.

Andrés, el pequeño rústico, estaba en el corredor, acuclillado, la espalda contra la pared. No me vió al pronto. Fumaba y escupía sin cesar, mientras sus ojos cargados de sueño parecían ver algo allá en el sol que tras las lomas de mi fundo subía.

Sonreí.

—Andrés. ¿En qué piensas? Apuesto que lo sé...  
¿Eh? Confiesa...

Sonrió él también, cogido.

—Diga, patrón. ¿Lo enterrarán con los nuevos?

—Sí; seguro. Pero no te decepciones. Toma. Te compras un par a tu pie. ¿Qué te parece? En memoria de Samuel, ¿sabes? Bien. Y ahora, mi caballo. Corre, mi hijo.

Al fin había logrado reflorar mi bondad. Experimenté una ruda alegría. Y mientras volaba el chico a ensillar, me quedé a mi vez mirando el sol, un sol rosa, nuevo, claro, el sol de mi fundo, de los míos, el de la simpatía. Con la felicidad irracional y absorta de un lagarto ligero, me estuve, llenándome de sol.

Luego Andrés me trajo el caballo. Monté. Me pasó el chico un durazno. Tenía sed y mordí ávido la fruta recién cortada. Su pulpa jugosa y fría entró en mí como cosa viva, bañándome de bienestar. A mis labios iba pegándose obstinada, empero, la pelusa de aquella cáscara sin frotar, la áspera cáscara integral de la vida.

Pero, limpiándola alegremente, piqué espuelas y partí a carrera, rumbo a mi casa, cara al sol, con un enardecido deseo de cantar.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

# JOAQUIN EDWARDS BELLO

Ningún escritor chileno ha prodigado su talento, claro, luminoso, con la generosidad de este maestro de periodistas y grande escritor. En efecto, desde hace muchos años, llena a diario su columna en «La Nación» de Santiago, con esa gracia fácil y ese sabor tan humano de todo lo suyo. Se le ha podido comparar con Baroja; sin embargo, el artista que hay en Edwards Bello aventaja con mucho el singular desaliño del autor de «Las inquietudes de Shanti Andia». Tal vez, de buscársele algún parentesco, que no representa influencia alguna, sería más justo compararle con Eça de Queiroz.

Su forzada y cotidiana labor periodística, en nada ha perjudicado la parte literaria de su obra de novelista. Algunos de sus libros, que merecieron los elogios de Blasco Ibáñez y de Ramiro de Maeztu, le sitúan entre los mejores escritores chilenos de la hora actual.

Cuentan entre los bellos libros chilenos sus novelas «Valparaíso, la ciudad del viento», «Criollos en París», «El chileno en Madrid».

Nacido en Valparaíso en 1888, ha vivido con frecuencia en Europa, sacando de sus viajes todo el brillante provecho que reflejan sus millares de artículos periodísticos.

Valiente, sincero, ha fustigado como ninguno los defectos de la vida chilena, y por eso alguna de sus novelas, como «El inútil», descarnada obra de ju-

ventud, provocó escándalos que él acogió con firme sonrisa de desdén.

Tal vez mañana, cuando se escriba la historia de la época que vivimos, se dirá de Joaquín Edwards Bello que fué el Larra de nuestros días, de tal manera su escalpelo implacable no les ha dado paz a la maldad y al vicio.

## EL BANDIDO

Esa mañana, la señora Ignacia se movió inquieta por la casa, barruntando un suceso extraordinario. Su marido andaba en el pueblo, y las chiquillas estaban afeitadas, una en el lavadero, a orilla del río, y la otra en la ramadita, preparando la comida.

—Pero ¿qué te pasa, mamita? —dijo una de las chiquillas, que se llamaba María, viendo cómo quebraba un vaso nuevo—. ¡Y tan caro que está todo!

La señora Ignacia fué echando en el delantal los pedazos de cristal. De pronto recordó.

—Ahora sí sé lo que soñé anoche: soñé que venía un santo a la casa, un santo tan bonito... Tenía los ojos verdes y un color bien blanco...

—¿Y pa qué hace caso de los sueños?

—La cabeza dormida ve los secretos. Desde chica he creído en los sueños. Una vez soñé con un ataúd blanco en un altar, y veía un hombre igual a tu padre, cuando ni lo conocía. Meses después lo vi, igualito al sueño, y me casé.

—Y el ataúd, ¿qué quería decir?

—¡Quién sabe! Son cosas de los sentidos...

La María siguió en sus menesteres; hablaba con la madre, modelando y alzando la voz, según ésta se encontrara más cerca o más lejos.

Era una mañana clara. El aire estaba quieto y todo se veía como nuevo, como recién nacido: una de esas mañanas que se parecen a la primera del mundo. El verde era más verde, el agua más clara, el azul del

cielo más azul, con un color de acuarela, y el sol lo doraba todo, hilando su almíbar encima de los cerros y las flores. ¿Qué podría ocurrir en un día como ese?

Esa casa era la más alejada de todas en el fundo llamado *La Cuesta*, en lo más abrupto de la provincia. Fundo dividido, al centro, por el río, y un estero servía de límite casi en el confín de la Argentina, en la base de la cordillera vertiginosa. Detrás de la casa caía una cascada pura con ruido de hojas y de brisa, entre unos matorrales donde asomaban su cara roja los copihues, pendantif de rubíes en la selva. Fuera del rechinar de carretas, muy de tarde en tarde, no se escuchaban ruidos de actividades humanas en esos parajes.

María preparaba el café, y la otra hermana, la Meiga, lavaba la ropa, la estrujaba e iba colgando las piezas en una cuerda amarrada en dos árboles.

La mamá Ignacia fué la primera que sintió un lejano galopar por el lado Sur. Se puso las manos como visera y descubrió muy lejos, en el camino, una polvareda que poco a poco tomaba forma de cuatro cabalgaduras con sus jinetes. ¿Qué sería? Aunque no era común ver gentes de a caballo en esos confines del fundo, pensó que serían señores veraneantes.

Los amos de *La Cuesta* no habían llegado; de todas maneras solían verse en primavera cazadores o turistas de Santiago, ávidos de paisajes, o viajeros que pasaban a la Argentina.

La casa dominaba el camino hasta una gran distancia, pero la alameda no dejó ver caballerías y jinetes durante unos minutos. La polvareda sola subía, acercándose gradualmente por encima de los árboles. Cuando pasaron el último álamo y la muralla de zarzamora que es la base de las alamedas rústicas, se vió claro la clase de personas que se acercaba. Era gente de ley, soldados o carabineros; se notaban clara-

mente sus uniformes color campo, sus gorras, y las armas a la espalda. Avanzaban a las casas, y a poco se distinguieron sus facciones; galoparon todo el tiempo, hasta parar en seco frente a las tres mujeres, que esperaban curiosas, apoyadas en la maciza vara del rancho.

—Buenos días. ¿Tendrían ustedes cualquier cosa de comer y un traguito para pasar el polvo?

—Aquí no *manijo* nunca *trago*; no es negocio — dijo doña Ignacia riendo. Café sí puedo darles, y un poco de chanco...

—Café, en vasos, porque no hay tazas, y el pan está duro — dijo María, mirando atentamente a los soldados. Era tan raro ver hombres por esos contornos...

La Meiga se había retirado; se hacía sombra a la cara con la mano y miraba de soslayo. Era una chiquilla tímida, nerviosa, delgada; creía en los sueños y en las brujerías, con el temperamento de la madre. María era bonita, con la piel ladrillosa y lisa, suave, y unos ojos expresivos con pestañas largas y rectas. Ambas iban descalzas de enero a enero. Cuando el patrón les preguntaba si no sentían frío, exclamaban: *Todo el cuerpo es cara...* Las piernas eran bien formadas, brillantes, con el color y la suavidad de la cara, limpias, como que pasaban medio día lavando, arremangadas, muchas veces con el agua a las rodillas.

Ya estaban las tres atareadas en la cocina, preparando la comida de los hombres; los carabineros habían bajado de sus caballos y estiraban sus músculos. Uno bostezó a zafarse las mandíbulas. El sudor les bajaba por la frente dejando una huella de barro; las cabalgaduras inclinaban los hocicos buscando por el suelo las direcciones del pasto; llegaban a echar humo por las narices y el cuero; en la parte del cuello, donde las riendas frotan, tenían como un jaboncillo acei-

tosos. Eran caballos gordos, pequeños, regalones, caballos de cuartel.

—¿Qué horas son? —preguntó uno de los carabineros, el más joven, con una cara imberbe y enérgica, de pómulos salientes y un pelo como escobillón.

—Las ocho —dijo otro que sacó un reloj de níquel.

—Apúrese, señora, por favor —dijo otra vez el joven, avanzando hacia la cocina. ¿No sabe usted en qué diligencia andamos? ¿Qué, no sabe na entonces?

—Naíta —dijo María.

—Yo calculo —dijo la señora — que buscarán algún rastro.

—Al Juan Antonio.

—¡Juan Antonio, por aquí!

—Sí, y en camino a la Argentina. Anoche tuvimos tiroteo y arrancó a la cordillera. Si lo pillamos lo vamos a hacer tirititas con la pura rabia que le tenemos. Ya nos ha matao tres hombres.

—¡Jesús María!

Las mujeres ya estaban todas alrededor de los carabineros, escuchando la cosa. Meiga tenía las manos en la cara.

¡Tres hombres! ¡Bueno con el pícaro grande! ¡Y anda por aquí! Buena cosa; el marío se fué anoche...

La señora Ignacia había oído hablar del famoso Juan Antonio, terror de los campos y arrabales de la capital. Era un hombre audaz y misterioso, cuya filiación exacta no se conocía, y que se multiplicaba por los campos: tan pronto aparecía en Rancagua como en Talca o en Santiago. Su cabeza estaba a precio; mil pesos al que le pillara, vivo o muerto. Su fama cundía en el país a cada nueva fechoría y escapada que hacía por esas montañas. Se decía que era *futre*, hijo de gente acomodada, buen mozo; algunas veces le vieron en los bares de Santiago, vestido como un *chute* cual-

quiera. ¿Sería un personaje fantástico, un fantasma mejor que un hombre?

—¡El Juan Antonio!

Las mujeres se santiguaban, miraban para todos lados y temblaban al menor ruido.

—Tenimos que pillarlo antes que cruce pa la Argentina —dijo el carabinero joven, que miraba a la Meiga.

—Ese no va pal otro lao: se esconde en las montañas no más. Dicen que tiene una cueva —dijo otro carabinero.

—Nadie sabe —dijo el joven—. Otros dicen que en Santiago tiene casa.

Nadie paró atención en un largo silbido, como de culebra, que se oyó por el matorral, detrás de la casa, y entre los copihues, al poco rato, se vió una lengua de fuego, como un rayo; sonó un estampido, y el carabinero joven, en el momento que tomaba el vaso de café de manos de la María, cayó al suelo sin decir ¡ay!

El ruido violento, tan inesperado y cercano, produjo la huída de las mujeres y la confusión de los carabineros. Miraban por todos lados; registraron la casa y el rancho, pero nada vieron. Estaban pálidos, y cuando subieron a sus caballos temblaban las espuelas y los estribos de metal. Partieron galopando al azar, sin beber el café ni llevar las viandas, en una carrera nerviosa, camino adelante, por la misma alameda que les vió venir. El caballo quedó ahí, y el muerto, poco a poco, se fué cubriendo de moscas.

La señora Ignacia salió al poco rato y puso un pañuelo en la cara del muchacho. Estaba amarillo, pero ni una señal en el rostro; bajo la chaqueta, a la altura del cinturón, crecía un charco de sangre. El sol subía lentamente, calentaba el suelo y aumentaba la vida de

las moscas, que zumbaban e iban a posarse de preferencia sobre el cadáver. La María salió luego, quitó el pañuelo de la cara del muchacho y colocó un manto viejo, verdoso. Tenía una mano impresionante, crispada a la chaqueta, y la sangre negra cundía debajo. La Meiga, más tímida, miraba desde la choza, pero ninguna lloró.

—¡Dios mío!, si no llega el marido. ¡Virgen Santísima! — decía la madre, caminando de un lado a otro —. Yo no me atrevo a ponerlo adentro; y de noche capaz que se lo coman los perros... ¡Pobrecito!

Poco a poco las mujeres volvían a sus menesteres. La María a la cocina y la Meiga a lavar. El sol estaba alto, hilando su almíbar igual, y el árbol y la flor, todo igual. Y un hombre ahí mismo, un mozo hirviente de vida se había ido a rendir las grandes cuentas en el mundo inefable. Pero ¿qué cuentas de qué podría dar el pobre muchacho? — pensaba la madre —. Era una vida de humilde que había terminado, igual que el hijo de ella, obrero en la ciudad. Nada más.

De pronto, en el silencio ardiente del mediodía, se oyó un silbido agudo que rebotó en la selva, el mismo silbido como de culebra que se oyera horas antes. Acto seguido se oyeron como castañuelas los cascos de un caballo, y por detrás de la casa apareció un jinete en caballo negro, nervioso, de cara chica. El hombre estaba hecho una compasión, cubierto de polvo y lodo en tal forma que no podían distinguirse sus facciones.

Llevaba un sombrero grande y un brazo vendado.

—¿Cómo le va, señora?

—¿Qué se le ofrece?

Ya estaban curadas de espanto las mujeres, pero la Meiga fué a esconderse y miraba por una rendija la selva con el salto de agua donde apareciera por la mañana el mortífero copihue de fuego. Arriba, en la cumbre, donde empezaba la cascada, parecían deslizarse

tres sombras. No tenía miedo: se escondió instintivamente, como el animalillo, por la poca costumbre de ver hombres. Tenía vergüenza, la vergüenza femenina.

—Vengo a tomar el café que calentaron los *pacos* — dijo el hombre, riendo.

¡Virgen Santísima! Si fuera el bandido. Pero tenía el hombre la cara tan negra. ¿Cómo podía ser el barbas de oro? Reía con una gran risa blanca, que hacía contraste con el polvo y el barro de la barba. La Meiga y la María miraban al forastero con atención. Quién sabe por qué, ese hombre no infundía miedo. La mamita Ignacia fruncía los ojos, considerándole, de alto a bajo, a bocajarro. Llevaba un poncho sucio; pero, a pesar de todo, en un caballo tan brioso, se veía arrogante.

Cuando le llevaron el vaso de café, preguntó si podrían echarle unas gotas de alcohol, y la señora, que negó el *trago* a los carabineros, dijo:

—Tengo vino, si quiere.

—Sírvame — dijo el hombre —; pero antes voy a lavarme. ¿Dónde puedo lavarme?

—En el estero. ¡Meiga! ¿Por qué no le lleváis pal estero? Dale un paño.

La Meiga no dijo una palabra. No quería acompañar al hombre. Él se bajó del caballo y fué a mirar al muerto; se sacó el sombrero y se persignó.

—Mañana me tocará a mí — dijo —. Los pobres estamos de más en el mundo.

—¡Meiga! ¿No querís acompañarlo? Entonces voy yo — dijo la madre —. ¿Dónde está el paño?

El estero quedaba oculto a la casa en una depresión y era necesario mostrar la parte del lavadero. El hombre se sumió la cabeza en el agua y empezó a jabonarse con el jabón bruto. La mujer miraba, con el paño en la mano. La cabellera y las barbas iban mudando de color, de negras en amarillas, como en esos experimentos de

metales que los taumaturgos vuelven dorados, sumiéndolos en ácidos. Cada zambullida mostraba mejor la maravilla de pelos rubios como el oro, y la mujer pensó en el sueño y en el bandido Juan Antonio, *el Barbas de Oro*, pero no sintió miedo. Llegó a poco la María y no dijo palabra, mirando la cara del hombre; era una cara de niño y de santo, con cejas finas y perfil elegante; las manos iban quedando blancas. Se incorporó para jabonarse el cuello y quedó riendo con una risa pueril. La María buscaba una cosa en el agua y, agachada, se veían sus muslos desnudos un palmo más arriba de la rodilla, en el ensanche turbador.

—Aquí hay otro paño — dijo sacándolo del agua y estrujándolo.

Después, ya limpio el centauro, fué al caballo y sacó de las alforjas unas latas y dió a la María un alfiler con piedras como gotas de rocío traspasadas de sol.

—Guárdelo de recuerdo, m'hijita, pero no se lo muestre a nadie.

Miraba a las chiquillas y bebía vino como en el restaurante. Ellas le miraban. Nunca vieron un hombre tan fino y perfecto. Tenía cara de patroncito.

—Me parece que lo he visto — dijo la señora.

—No sería raro.

Seguía la contemplación muda de las mujeres, y él comiendo. Se acercó la María, sonrojada, y le puso otro plato, echándole encima su olor de hembra.

La chiquilla tenía cara de buena y también un olor bueno a pan de horno... Sería hacendosa, y sería bueno vivir ahí en la choza, cultivando el campo y viendo crecer los retoños; sería bueno morir ahí de puro viejo, como los árboles. El muerto estaba lleno de moscas. El vino o esas ideas ponían melancólico al centauro.

—¿Y adónde va ahora? — dijo la María, con voz lánguida, como un reproche.

—No sé. Yo soy una sombra. Tome esos billetes y écheme todo el chanco a las alforjas — dijo, pasando unos billetes que la mujer no rehusó.

La mamita Ignacia fué echando pan, queso de cabra y pedazos de chanco en las alforjas. El caballo negro la miraba de reojo con expresión de pillo.

Se sintió un silbido en la selva. Meiga miró instintivamente al cerro, arriba, donde caía el agua.

El hombre bebió el último vaso, se limpió la barba con los dedos y fué a la María; la dió un largo beso en los labios, que ella no pudo esquivar.

—Volveré — dijo.

Montó de un salto y se fué como la sombra, haciendo los cascos del caballo negro un ruido de castañuelas en las piedras del estero.

Las mujeres se quedaron mirando los matorrales donde el agua llora y los copihues sangran.

La noche vino, con sus claridades celestes; la noche atónita del campo, con las estrellas como ojos asombrados, que miraban a las mujeres solas, con un cadáver...

No podían dormir. El miedo las juntaba. Y María esperaba... en una mezcla de ansias de mujer y terror mortal.

Cuando ladraron los perros y las castañuelas del caballo sonaron en el estero como los latidos de su corazón, la muchacha perdió el respirar y Juan Antonio la encontró en sus brazos casi desmayada.

La Meiga y la madre rezaban en el velorio de estrellas:

«Padre Nuestro, que estás en los cielos...»



# M A R I A N O   L A T O R R E

Latorre es el escritor más completo en la literatura descriptiva de Chile; nadie como él, en efecto, ha sentido el paisaje, el hondo palpitar de la tierra, el alma misma del campo, ante los cuales desaparece el hombre, o bien tiene el valor de un accidente. Es preciso leer «Cuna de Cóndores» para verificar hasta qué punto los relatos suyos se desarrollan como películas que recogen toda la expresión del panorama de la naturaleza, en cuyo fondo el personaje humano sólo tiene un carácter anecdótico que frecuentemente señorea el dominio de lo épico.

Nacido en Cobquecura el 4 de enero de 1886, cursó en el Instituto Pedagógico la carrera del profesorado. Desde hace casi tres lustros tiene a su cargo en el Instituto Superior de Humanidades, dependencia, de creación reciente, del Instituto Pedagógico, la cátedra de Literatura Castellana.

Su actividad más constante, al margen de sus labores literarias, la constituyen sus frecuentes viajes por todo el territorio, realizados con el propósito de documentarse para la confección de sus relatos campesinos. Fruto de una visita reciente a la capital argentina, son las conferencias consagradas a la literatura chilena, publicadas en volumen por la Universidad de Buenos Aires.

Sus mejores libros son: «Cuna de Cóndores», «Chilenos del Mar» y «On Panta».

## LA DESCONOCIDA

El montañés, un hombrón tallado a filo de hacha en viejas maderas indígenas, desenreda la coyunda de su carreta serrana sin responder a la pregunta que acaba de dirigirle el joven, de pie cerca de él. Es un muchacho flaco, mal vestido; sus ojos grises, inquietos y húmedos, siguen los movimientos del labriego que asegura ahora el yugo al asta de los bueyes. En su figura flaca hay algo de gastado; sus dedos sucios se retuercen como si repentinamente cobrasen una vida independiente de la voluntad. Teme, de seguro, que el carretero se marche sin responder a su pregunta, a la cual se aferra en ese momento todo su ser; por eso, cuando éste deja avanzar los bueyes algunos metros para cerciorarse de la seguridad de las amarras, el joven camina en la misma dirección, creyendo que la carreta va a marcharse. Entonces repite su demanda con voz temblorosa:

—¿Qué me dice, señor? ¿Me lleva hasta Recinto? Se lo pido por lo que más quiera, señor...

Esta vez el hombre levanta su cabezota áspera que rayan hondas arrugas como una vieja corteza de coigüe. Responde, con cierto despego burlón:

—Es muy chicaza la carreta, ññor. Continás que los bueyes no han comío en este pelaero.

En el triste cansancio de sus ojos lagrimean la impotencia y el miedo; sus manos pasan sin conciencia, histéricas, por sus ojos que la emoción congestiona. Se acerca aún más al labriego, y sin darse cuenta de la comicidad de su actitud, lo va siguiendo en todas sus

evoluciones alrededor de los bueyes. Su voz es de un apremio humilde y pedigüeño de mendigo:

—Señor, no puedo darle más de diez pesos. Tengo sólo quince en el bolsillo. Los cinco los dejo para tomar el tren en Recinto... Lo he perdido todo... No tengo más...

El carretero señala el cuadrilátero minúsculo de su carreta de toscas ruedas de un tablón, la sólida carreta tradicional, dominadora de las tierras altas. La armazón de colihue que se le ha improvisado para el viaje, la cubren viejas colchas y mantas desteñidas; por la culata asoma el borde de un colchón.

—¿No vé que es chicaza? Y va también la señora... Ud. no cabe...

El joven mira hacia el semicírculo obscuro donde nada se ve.

El razonamiento del carretero parece convencerle. Su mano temblona roza la frente perlada de sudor. Con voz débil hace la última tentativa:

—Puedo ir con Ud. adelante.

El carretero (se cree absolutamente dueño del momento) sonrío compasivo:

—En el pértigo apenas me afirmo yo...

Y generoso, añade un consejo como una limosna:

—Mañana se va la carreta de on Bustamante, pa las Veguillas. Es más grande que ésta...

El joven contesta, vencido ya:

—Gracias, muchas gracias.

Hay en esta frase cortés un dejo de amargura, la resignación ante lo que no tiene remedio. El dorso de su mano derecha tiembla sobre su barbilla, en el ademán de ocultar una mueca de desesperación. Sin embargo, no se mueve. De espaldas al labriego, parece mirar hacia el volcán cuya pirámide obscura domina las cumbres, recortada con vigoroso relieve en la limpidez del

cielo estival y el copo rosado, vaporoso, que expulsa el cráter en ese instante con un redoble lejano que se funde de pronto en el próximo murmullo del río, como el final de un prodigioso crescendo.

Una voz de mujer, de masculina aspereza, ordena desde adentro:

—Cachi, dile al caballero que puede ir en la carreta.

Y humildemente, el labriego repite la orden de la viajera:

—Se puede ir en la carreta, dice la señora.

El rostro del joven se ilumina. Se quita el sombrero sucio con ademán respetuoso, aunque la dama de la carreta no sale de su covacha de mantas y colchas.

—Señora, Dios se lo pagará. No sabe cuánto se lo agradezco.

—De nada — se le contesta ásperamente —. Puede subir.

—No, señora, después de la cuesta... Puedo ir a pie un poco para que los bueyes descansan.

Y se sorprende del propio tono dulzón de su frase, en la que hay una humildad agradecida de paria.

Y nada más. El rostro de su bienhechora no se descubre. Apenas si logra ver la suela de un zapato puntiagudo que se recoge a un movimiento de acomodo en el interior del toldo; un viejo zapato de campo, de gruesa caña, que denuncia un grueso tobillo de aldeana.

Arranca luego la carreta con gran crujir de maderas cargadas, al grito del carretero que, con la picana enarbolada sobre su cabeza, azuza a la yunta:

—¡Regalón! ¡Afeitao!

Y el joven tras ella. Por un momento tiene la idea de volver al rinconcito sucio donde ha vivido durante un mes. Allí hay un par de zapatos viejos, una gastada escobilla de dientes y un resto de jabón; pero no lo hace. Siente asco por aquel barracón de tablas donde se

amontonaban en la noche hasta diez personas. No quiere ver de nuevo la nariz roja de Romualdo Soto, el brisquero, envuelto en pañuelos sanguinolentos que ocultan incurables lacras. Es repulsivo el mundo maleante con el que convivió en el campamento de carcomidos tablonnes, llenos de bichos, que el concesionario fabricó a la diabla en una arruga de la quebrada en declive para no quitar la vista a los blancos chalets de las Termas. Allí, sin embargo, hormigueaba otra muchedumbre, impulsada por las mismas pasiones, carcomida por los mismos vicios. Entre los hampones que, junto a un candil humoso, barajaban sus naipes, y estos aristócratas que circundaban las mesas de juego, no había más diferencia que la cualidad del billete que absorbe la ruleta o la propina que mantiene doblado en forma degradante el espinazo de los mozos.

La tarde de febrero envuelve en su quietud rosada la muralla sinuosa de los cerros, de crispadas aristas y profundas torrenteras. En todo el áspero riscal domina el gris lustroso de la escoria, la opacidad porosa de las lavas solidificadas.

La carreta ha entrado al trumao rojo del camino que partió en un hondo desfiladero el enorme cerro gredoso. El joven hunde sus pies con placer voluptuoso, ya olvidado de todo, en la blandura de la tierra. Siéntese más liviano, más puro, desprendido de sus ideas de antes. No lleva en su bolsillo sino quince pesos, pero el problema fundamental está resuelto. Ya puede llegar a Chillán, donde tiene amigos que han de ayudarlo.

Mira con cariño la pequeña carreta de los cerros, envuelta en una nube de polvo que el sol incendia de rojo. El tranquilo paso de los bueyes devoradores de leguas, va dejando su pezuña bifurcada entre las huellas paralelas de las ruedas. Le es agradable hasta el grito del carretero, que parece ensañado con uno de los bueye-

bitos: ¡Afeitao! ¡Afeitao! Su espíritu mantiene un diálogo juguetón consigo mismo:

—¿Por qué se llamará así el bueyecito mulato, desteñido como una vieja chaqueta de labriego?

Y se alegra al encontrar la razón del originalísimo mote campesino: es porque las manchas blancas que tiene el buey en las quijadas semejan mejillas llenas de lavaza.

Un cuarto de hora más tarde, el rincón de montaña, con su edificación improvisada, las blancas casuchas de los baños sobre las vertientes termales, y el chorro sucio del arroyo, se ocultaron tras los perfiles desaparejos del antiguo nivel del cerro; pero ahora destacábase sola, en el ángulo inmenso de una garganta, la mole del volcán, semejante a una titánica pila de pedruscos brillantes, en cuya cúspide se abre al espacio la humeante boca del cráter.

Avanzaba la tarde. Su rosa vivo palidecía poco a poco, visible sobre todo en el penacho del volcán, que cada cierto tiempo aumentaba su volumen, seguido del estruendo de marejada que repercutía en el valle, con lejano misterio. Las rudas cresterías y los ventisqueros relucientes como viejos esmaltes, suavizábanse en el aire liviano y líquido.

La luna, semejante a un globo de cristal esmerilado, dibujaba su contorno por encima de las cumbres.

La carreta penetraba a un bosque de coigües de aventajados follajes y torcidos troncos. Algún mástil desarraigado por las avalanchas descansaba sobre la horquilla de otro árbol en su abandono de muerte. Había en el viejo coigüedal un anquilosamiento doloroso, la trágica huella de los cataclismos primitivos: en el fondo, el volcán, con el rosicler de su humareda y su rumor de resaca, era como un toqui que tiene a su tribu amedrentada con la tiranía de su poder.

La carreta bajaba ahora la última espiral de la cuesta. Se detuvo antes de entrar en la espesura de la selva, al nivel del cajón. Los follajes de coigües y raulíes ocultaban las cumbres; sobre la cima del bosque flotaba un vaho rojizo; el murmullo del río alejándose hacia el otro extremo del vallecito, al flanco de las sierras calvas.

El montañés reajustó las coyundas, y enderezó, sobre las astas de los bueyes, las cogoterías de lingue; lo invitó, en seguida, a subir a la carreta.

Indeciso, se acercó el viajero a la culata:

—Señora, ¿si usted lo permite?

Del interior salió un murmullo inarticulado que debió ser de aquiescencia. Poniéndose de rodillas sobre el borde, y con toda clase de precauciones para no desprender la manta, se introdujo en el agujero. Debió tenderse a lo largo y estirarse con cuidado para no molestar a su compañera. No había holgura posible bajo la armazón de colihues, porque la mujer que iba a su lado era maciza y ocupaba gran parte del espacio; por fortuna, un blando colchón de campo cubría la cama de la carreta y su cabeza descansó en una almohada común como en un lecho matrimonial; sin embargo, semejante a una esposa herida, la mujer le había vuelto la espalda y no veía sino la curva oscura de sus caderas y el ángulo de su hombro. El carretero cerró el semicírculo de la entrada, amarrando una caja entre la culata y las barandillas; no sin cierta angustia, comprendió que la noche entera debía pasarla en aquella caja rodante, de duros palos chilenos que, dando tumbos, avanzaba en el corazón de la sierra. Sólo un borde había quedado descubierto, en el que azuleaba el cielo de verano y donde la punta de una rama se agitó un segundo. Un zorzal, sobre su cabeza, lanzó dos notas dulces y llenas como dos granos de boldo. Empezó luego a adormecerse. Sus recuerdos no se precisaban claramente. Dentro de la

pequeña carreta era ahora un mundo nuevo e inmediato el que atraía todo su interés. Esta mujer misteriosa que se apelotonaba junto a las varillas de colihue del toldo, y que había tenido para él, sin explicárselo, un rasgo de generosidad poco común entre los labriegos; los golpes sordos y netos de las pesadas ruedas en los pedruscos y el vacío contrachoque correspondiente en los hoyos del camino; el olor a ramas de bosques de la chaqueta del carretero, encaramado sobre el pértigo, a dos centímetros de su cabeza, y cuya voz interrumpía el silencio del crepúsculo a cada instante:

—¡Afeitao!, ¡uaaa!

Era un grito primitivo que el joven se entretenía en interpretar; dirigíase al animal como a un camarada al que se le ha enseñado con paciencia un oficio; y que, por una negligencia imperdonable, se olvidaba del precepto más elemental del tiro de carreta: hacer la misma fuerza del compañero; por eso, en ese grito había, al par que molestia, reconvención; y el buyecito lo entendía seguramente, pues, a cada voz, las correas del yugo crujían sobre su poderosa frente cuadrada.

Dentro, el calor era asfixiante; persistía en la hondonada guardado entre los altos cerros; la franja de cielo que la manta mal prendida dejaba ver, empezó poco a poco a descolorarse y se hizo oscura. A veces la pupila de oro de una estrella daba la impresión de husmear al interior.

El vientecillo que nace de los ventisqueros y que refresca la tierra y los bosques, empezaba sus pláticas sussurrantes. El globo cristalino de la luna llenábase ahora de una luz dorada y espesa que destilaba sobre el bosque el misterio de su plácida nevada. La vida de la selva despertábase ante esta claridad, semejante a un alba prematura; el huac-huac de un zorro cazador resonó una vez entre las masas de sombra de los matorrales.

El joven ha cerrado los ojos. La penumbra del toldo lo invita a eso; pero un odio acre fermenta en él contra esa mujer que dormita a su lado y cuya fuerte respiración, para su irritabilidad, es de una ordinariez incalificable. ¿Quién será esa huasa? ¿Una enferma contagiosa que se oculta para no avergonzarse? ¿Por qué no le dirige la palabra?

Es quizás una aldeana que no se baña sino por medicina; una de esas reumáticas que todos los años emigran a las termas, desde los rincones del valle, como a la fiesta de San Sebastián, en busca de milagroso alivio para esos males desconocidos y trágicos que suelen brotar en la soledad de la campiña, o una pequeña terrateniente, de esas que viven en caserones con corredores, en las tristes plazas lugareñas, esclavas de un abolengo heredado de mejores tiempos. ¿Lo despreciaría, quizá, por su aspecto mendicante o por el tono de súplica de su demanda?

A un tumbó de la carreta estas ideas se funden y desaparecen como sorprendidas; pero el cerebro retorna a su sorda labor subconsciente; surgen con relieve vivísimo las horas angustiosas de la tentación, junto a la ruleta que rodeaba constantemente una muchedumbre desconocida, cuyos ojos, inmovilizados por extraño magnetismo, seguían con avidez el girar vertiginoso de las ruedecillas o los montoncitos multicolores de las fichas, sobre los barnizados tableros. Su traslado al barracón de Romualdo Soto, cuando los últimos billetes fueron barridos por la pala del croupier; y durante este minuto de angustia, en que la realidad se esfuma, las ruedecillas implacables vuelven a correr locamente sobre sus ejes de acero; más tarde, su humillación ante los carpeteros que se llevaron el resto de su capital. El despertar repentino de su conciencia, como si volviera de una pesadilla; y el asco inmenso a sus zapatos entre-

abiertos, a su camisa inmunda y a sus uñas crecidas como las de un enfermo.

Ante el recuerdo de esas escenas en que estuvo a punto de naufragar, un sudor frío cosquillea su piel y su corazón palpita con bruscas sacudidas; luego sus recuerdos se borran; un sopor inmenso lo adormece, pero la conciencia vigila aún y recoge retazos de sensaciones confusas; el áspero traqueteo de la carreta en los hoyos del camino; el ruido agudo, crispante, de los bueyes que vuelven a masticar las reservas de sus estómagos; a veces, el trueno sordo del volcán. De pronto, se despertó por completo. No sentía ruido alguno; envolvíalo una dulce inmovilidad. La carreta se había detenido.

Impensadamente advirtió la presencia de la mujer que iba a su lado. La incomodidad de una fuerza contraria que se incubaba en la sombra. La sintió removerse intranquila. Los estremecimientos de su cuerpo eran tan visibles, que en el fondo de su ser oyó también esa voz ancestral que se despierta y ruge siempre que un hombre y una mujer están cerca el uno del otro; luego, cierto olor de piel limpia que trasuda; y esto lo exasperó hasta lo indecible; por lo demás, en los movimientos involuntarios del sueño, la mujer se había acercado mucho a su lado y una parte de sus muslos y de su espalda se adherían a sus rodillas y a su costado.

Le hizo sonreír una observación que se formuló en su interior:

—¡Qué mal dormir tiene la huasa ésta!

Y se sorprendió al notar que parecía otra persona completamente distinta a él la que había articulado estas palabras, que sonaron como dichas en alta voz.

Con grandes precauciones, ya completamente despabilado, para no despertar a la desconocida, alzó la manta que le interceptaba el campo, y el airecillo del bosque,

que atisbaba esa ínfima abertura para colarse con sus frescos olores, calmó el ardor de sus mejillas.

Fué sólo un segundo; luego volvió al silencio y al calor de su rincón.

—¿Qué hay, Cachi?

—Ná, que se cortó un corrión del yugo. Ya está...

La carreta siguió de nuevo su marcha. El carretero, enteramente despierto, balbuceaba con voz gangosa tonadas de risible monotonía. La noche tibia, dulcificada por balsámica suavidad, encendió quizá en su alma de esclavo una chispa de poesía. Poco a poco el canto se fué precisando; y el joven entendió jirones de estrofas, versos ingenuos que añoraban tiempos mejores. Los buenos tiempos patriarcales en que el carretero, sobre la cama de su tosco vehículo, azuzaba a la yunta, dominador de los solitarios caminos y de los perdidos senderos del bosque.

Ahora oía claro y distinto el comienzo del cantar:

*Un hacendado tenía  
bueyes de muchos colores*

Los versos restantes perdíanse en notas gangosas e inseguras:

*Y como en un j... flores  
en ellos se... cía.*

Algo imprevisto hizo que el joven no oyese más la voz desentonada del conductor. El cuerpo de la mujer que dormitaba a su lado iba acercándose paulatinamente al suyo. No era, no, ahora se daba cuenta exacta de ello, la presión sin malicia de un cuerpo acostumbrado a un espacio amplio y que en la inconsciencia del sueño se olvida de que una persona duerme a su lado. Su corazón le indicaba, con precipitados latidos, que en aquella muda maniobra de la desconocida había algo

más; luego sintió cerca un aliento cálido, abrasador, y unos labios que buscaban los suyos con esa ceguedad que sólo la muerte o la vida da a los movimientos de los hombres.

Y en aquella carreta que rodaba con su pesadez de reptil por la montaña, el mundo se detuvo un minuto en su eterno rodar por los espacios, sobre los labios de dos seres desconocidos hasta entonces.

El carretero, en su pértigo, bajo la luna, mascullaba aún sus versos añorantes:

*Y como en un jardín de flores,  
en ellos se complacía.*

\* \* \*

El joven sintióse repentinamente aliviado. Fué como si su angustia se fundiese en la onda cálida de la sangre que volvía a estremecer sus venas con el rítmico compás de la salud. Silboteaba en voz baja algún aire que aparecía sin saber por qué en ese momento. Trató en seguida de entablar conversación con la mujer que tan inesperadamente se le había revelado; ensayó reconstruir sus facciones, el timbre masculino de su voz o su figura, como si la tuviese de pie delante de él; y de los detalles que había podido coger o imaginarse, no sacaba nada concreto. Desprovista de sus atributos materiales tenía algo de general, de abstracto, que no lograba localizar. A veces, era el recuerdo de alguna mujer conocida anteriormente; otras, el de un retrato entrevisto en una vitrina de fotografías o en revistas. Procuraba recordar el sabor de aquellos besos frenéticos que, como una lluvia de fuego, habían caído sobre su boca; y sólo podía asegurar que era una mujer corpulenta, de carnes duras y de piel áspera, de formas

abultadas y una cabellera espesa que supuso obscura, con ligero olor a humedad; luego recordó el zapato sucio que vió aquella tarde al salir de las termas; y sonrió; eran ahora imágenes de vida ordinaria, de campesinas envaradas en sus vestidos de percal y de mechadas indómitas las que aparecían en su memoria. Sonrió con benevolencia; y se adormeció, sin recuerdos, sin angustia, en un sueño animal, con esta pregunta en el umbral de la subconsciencia:

—¿Quién será esta mujer?

\* \* \*

Un rudo sacudón lo hizo despertar con sobresalto. El carretero había metido su mano por entre las colchas y removía a su huésped sin consideraciones.

—¡Eh! ¿Qué hay?

—Arriba, patrón, ya estamos en Recinto.

Las preguntas se cruzaron desde el interior del carruaje al aire libre; las del carretero venían impregnadas del aire puro y gris del alba. Se deslizó por el colchón hacia afuera, precavidamente, para no despertar a su compañera. Una curiosa timidez lo cohibía. Se habría puesto a temblar si la mujer le hubiese dirigido la palabra o se hubiese mostrado súbitamente. Había como una vergüenza vaga por haber representado la parte femenina en la aventura; sin embargo, la inmovilidad indiferente de la desconocida volvía a producirle la misma irritación despechada que en la tarde. Sentíase herido en su amor propio de hombre, casi vejado en su orgullo varonil. Las preguntas despectivas del día anterior desfilaron otra vez por su cerebro. Decidió terminar.

Empezaba a amanecer. En unos coigües cercanos, adormitadas a la orilla de la carretera, unas diucas ras-

gaban las gasas del alba con sus píos cortos y agrestes. Le habló al carretero con voz ronca.

—Aquí están los diez pesos.

El hombre iba a alargar la mano en la actitud respetuosa con que los huasos reciben siempre el dinero; pero la voz de la mujer, que pronunció un ¡no! imperativo desde la carreta, cortó en seco su ademán.

El joven se encogió de hombros.

—Mejor — masculló.

A un grito del carretero, los bueyes dieron un vigoroso tirón; y la carreta patinó silenciosamente sobre la tierra rojiza y esponjosa del camino.

El joven no se movió de en medio de la carretera, fijos los ojos en la carreta montañesa, pobre y sin gracia como un rancho, pero donde había vivido un minuto de su vida. Perdíase ya su silueta en la penumbra del amanecer. Volvía a lo desconocido de donde salió el día anterior y se llevaba consigo un secreto. En su memoria sólo quedaba el fuego de una boca ávida sobre sus labios y la punta deforme de un zapato de aldeana.

Esperó aún que una mano surgiera de entre los colihues, en un romántico gesto de adiós; pero en la manta desfrisada, que a guisa de cortina cubría la entrada de la carreta, no se notó movimiento alguno.

El pequeño campamento de Recinto se dibujó en la hondonada, entre los árboles. En el alba blanca clarineó un gallo. Una oleada de aire acercó repentinamente el murmullo del río.

El joven caminó hacia la estación.

La publicación de su novelita «Montaña adentro», en 1923, descubierta para las letras por el crítico Hernán Díaz Arrieta, le valió una clamorosa consagración. Y fué también el propio Díaz Arrieta quien escribió sobre su obra los mejores juicios, que contribuyeron a su éxito.

Nacida en Chillán en 1901, realizó un viaje a Europa, que fué de inmediato provecho para sus aptitudes literarias. Vuelta a su tierra natal, sólo llegó a dejarla cuando el éxito de «Montaña adentro» la hizo radicarse en Santiago.

Fresco temperamento de mujer, observadora y artista, la realidad del campo visto por ella tiene una emoción poemática inolvidable. Su libro de cuentos «Reloj de sol», publicado en 1930, encierra algunas de las más bellas páginas de la literatura chilena.

En la actualidad reside en Buenos Aires, a cargo de una función consular de su patria.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## DOÑA SANTITOS

Tenía la cara rugosa, pequeñita, y el cuerpo endeble, de garfio tembloroso. Un pañuelo negro atado a la cabeza le ocultaba el pelo, formando visera a los ojos grandes, cuencos de agua clara inexpresiva. Por la hendidura de la boca asomaba un diente, un diente único, largo, torcido, amarillo de soledad. La nariz bajaba en busca del mentón. Arrebozada en un chal oscuro, iba delante de ella, tanteando, un bastoncillo de quila.

Había oído decir que era vecina nuestra, dueña de un terrenito en Cohinco. Se llamaba Santos Poblete, pero todos, cariñosamente, le decían doña Santitos.

Llegó en un carretón de familia tirado por bueyes, uno de esos carretones que fueran el orgullo de nuestros abuelos. Era una especie de casita con su puerta trasera y dos ventanas laterales, con cortinillas de percala a pintas, todo ello verde rabioso y empingorotado sobre ruedas enormes y chirriantes. La acompañaba, picana al hombro, un muchacho. Su hijo, tal vez.

Venía a verme porque le diera un remedio, atraída por mi fama de curandera. Luego de mucho pedir disculpas y saludar y tornar a las disculpas y a los saludos nuevamente, me explicó su mal.

—Es un gurto que se me le pone por aquí, por el costao, y luegoito se me le corre pa l'espalda y en d'ehi me agarra l'estomo y después se me le fija en el corazón. Y casi mi'ahogo, iñorita. Ya hacen como cinco años qu'estoy sufriendo d'este mal. Hey tomao cuanto re-

medio se pue su mercé figurar. Me han visto toas las meicas conocías de por aquí y hasta los doutores de Cura-Cautín y de Victoria. Ninguno ha podío aliviarme ni así tantito. Ya tenía perdías las esperanzas, cuando m'ijeron que su mercé era tan güena curandera; se lo ijeron a Saldaña onde Juan Campos, el que su mercé mejoró de la fiebre mala y tamién onde Rosamel Pérez. Y entonces Saldaña mi'animó pa que viniera a molestar a su mercé. . . ¡Ay! ¡Este gurto me v'acabar con la vía!

La miraba perpleja, porque el «gurto viajero» no estaba en el catálogo de las enfermedades que conocía. Pero no arredré. Le hice un examen prolijo, matizado con preguntas vagas. Y acabé por diagnosticar muy seria:

—Lo que tiene usted es gurtitis, una enfermedad muy rara, pero fácil de mejorar. Espérese que vuelva con el remedio.

Fuí al comedor, hice unas bolitas de miga de pan muy bien amasadas, las puse en una caja, les eché encima canela en polvo y volví al escritorio donde la vieja me esperaba pacientemente, dando suspiros y ayes.

—Aquí tiene, doña Santitos, son unas pastillas especiales para su enfermedad. Tiene que tomarse dos todas las mañanas con un vaso de leche, vuelta para el lado sur, y rezar después tres avemarías. Verá cómo mejora. Pero no vaya a olvidarse de estar de cara al sur y de rezar, porque entonces el remedio no le haría efecto.

Me miraba, asintiendo a cabezadas, con los ojos ilusionados, temblando de ansia las manos sarmentosas al coger la caja. Me dió las gracias. Repitió las disculpas. Volvió a decirme cómo Saldaña tenía fe ciega en mi poder curativo. Me contó nuevamente el itinerario del bulto, con estaciones y paradas. Di otra vez mi diagnóstico y repetí mis instrucciones. Las repitió para bien

aprenderlas y al fin se marchó, con el bastón buscando el camino donde la esperaba la carreta y el muchacho, contenta, mostrando el diente único, badajo de su sonrisa.

—Las leseras que inventas... — me reprocharon en casa.

—¡Bah! — contesté —. Bien puede que mejore.

Y no hubo más comentarios y me olvidé de doña Santitos.

A la semana apareció otra vez en su vehículo colonial, transfigurada, con un rebozo a grandes cuadros, un pañuelo rojo en la cabeza, la sonrisa tajeándole la cara y los ojos en baile de gozo. Detrás venía el muchacho con un canasto con verduras, un pato y un ramo de cohiles.

Había mejorado y aquello era su presente de gratitud.

Me quedé estupefacta. La vieja hablaba manoteando. Me hacía sopesar el pato, constatar las hojas prietas de un repollo, admirar los granos del maíz, oliscar los cohiles que reventaban de maduros. Hablaba, hablaba, hablaba. De ella, de mí, de Saldaña, de su alivio, de mi saber, de su alegría, de mi bondad, de su agradecimiento, de Saldaña.

¿Quién sería Saldaña?

Era una tarabilla. Pregunté interrumpiéndola:

—¿Pero ya no siente el bulto?

—No, ñorita. Es como si me l'hubieran quitao con la mano. Y hay que ver los años que llevaba fregándome, con permiso de su mercé y disculpas por la palabra. ¿No es cierto, Saldaña?

El muchacho dió un gruñido que bien podía ser sí o no. Parecía un perrazo nuevo, grande, desmañado, con una cabeza enorme y ojos buenos de lealtad y cariño.

—¿Saldaña es su hijo?

—M'hijo... ¡Bah, iñorita! Las cosas... Saldaña es mi marío.

Abrí ojos abismados. Pero...

—Sí — prosiguió la vieja — es mi marío, es decir, casaos no estamos, ni falta qui'hace. Vivimos así no más, ya van pa los tres años. Es sobrino de uno de mis finaos, del tercero, porque con Saldaña hey tenío cuatro maríos; es sobrino y muy güeno; de los cuatro es el que mi'ha salío mejor.

El muchacho la miraba sonriendo, sin nada en la expresión que no fuera cariño. Y la vieja — más y más locuazmente confiada — siguió diciéndome en voz baja:

—Güeno, con el primero me casé por too lo que hay que casarse y viera cómo me salió el condena... Estaba seguro de qu'hiciera lo qu'hiciera siempre sería mi marío amparao por la ley y por l'iglesia. Su mercé sabrá que tengo una hijuelita que vale sus pesos. Por na no l'embargaron pa pagar lo que debía. Me abandonaba. Se iba pal pueblo a remoler. Se curaba. Me trataba pior que a perro. Hasta que al cabo se murió. Entonces juí yo y m'ije: —«No, pue, Santos, no habís de ser más lesa. No te volvái a casar. Si querís otro hombre, vivís así no más con él. Hombre necesitás, pa que cuide l'hijuela más que no sea, pero tenelo así, con el interés de ser agradoso pa gozar de tu bienestar y con el susto de que como no es tu marío, el día que te canse lo echais puerta ajuera». Y así lo hice. Viví con otro qu'era bastante güeno, pero no tanto como Saldaña. A los cuantos años s'enredó con una china de Quilquileo. Yo lo supe y l'ije que enredos no y que se juera. Se jué. No supe más d'él. Después viví con don Saldaña, un poco porfiao y otro poco aficionao al trago. Pero en fin: trabajador y honrao. Murió de una lipiria. Lástima que l'iñorita no l'hubiera visto pa que me l'hubiera mejorao. Pero más vale que no, porque así di

con Saldaña, este de agora, qu'es tan güenazo, tan trabajador y que me aprecea tanto. ¡Je!

—¿Y no tiene miedo que, siendo como es, tanto más joven que usted, se le enrede por ahí con alguna chiquilla?

—¡Je! Pior pa él. Si s'enreda con alguna lo echo. Pior pa él, güelvo a repetirlo, ya que con naiden tendrá la vía más descansá que conmigo.

—Pero entonces quiere decir que si vive con usted es sólo por interés.

—Y yo lo tengo tamién por el interés de que me cuide l'hijuela y me cuide a mí. Estamos pagaos.

—¿Y usted qué dice, Saldaña?

—¿Yo? — y dió otro gruñido de perro, ininteligible.

—Mire, ñorita — se interrumpió doña Santitos para decir al muchacho: — Saldaña, andá esperame en la reja — y luego continuó diciéndome misteriosamente —: Favor por favor: su mercé me mejoró de mi gurto tan doloroso. Yo le voy a dar a su mercé el secreto pa ser feliz. Es mi verdá aprendía en tantos años de tantas experiencias. A los hombres, pa tenerlos seguros, hay qui'agarrarlos por el mieo a encontrarse cualesquier día sin mujer. No hay que icirles nunca *sí* ni *no*. Hay que icirles siempre *quizá*. Créame, ñorita: la mujer que no tiene al hombre sobresaltao de recelos está perdía. Créame, se lo igo yo, que por decir una vez *sí*, estuve cinco años penando, y por decir *quizá*, hey pasao el resto de mi vía muy contenta.

Seguía mirándola abismada. Debía hacer una figura tontamente ridícula, con un pato que aleteaba en una mano, un ramo de cohiles en la otra, las verduras en ringla a los pies.

Pero la vieja había terminado sus confidencias y me hablaba otra vez de su enfermedad, de su mejoría, me daba las gracias, manoteando, se despedía y al fin se

marchaba. El muchacho se le juntó en la reja del parque y siguieron hasta la carreta, adelante ella con el bastoncillo tembloroso que parecía decir: —*Quizá*; atrás él, sumisamente en la duda.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

# M A N U E L R O J A S

Nació en Buenos Aires, el 8 de enero de 1896, hijo de padres chilenos. Estudió en esta metrópoli y en Rosario y, después de numerosos viajes realizados entre la Argentina y Chile, se radicó definitivamente en Santiago en 1924.

Premiado en algunos concursos literarios argentinos, su verdadera notoriedad de escritor comenzó con su libro de cuentos «Hombres del Sur», del cual se reproduce en esta Antología «El colocolo», relato que basta para juzgar a Rojas en toda su importancia.

Su segundo libro de cuentos «El Delincuente», constituye una de las mejores obras en su género de la actual literatura chilena. El tono siempre humano de sus relatos, la variedad de sus tipos, que viven sus jornadas de alegrías o de pesares, hacen de esta obra un libro lleno de vida, cuya realidad alcanza un tono patético de maestría.

Buen poeta, publicó un libro lírico: «Tonada del transeúnte»; periodista, realiza una labor constante en «Las Últimas Noticias»; funcionario, dirige la sección Prensas de la Universidad de Chile, que tiene a su cargo toda la publicidad de ese alto centro docente.

## EL COLOCOLO

Negra y fría era la noche en torno y encima del rancho de José María Pincheira, uno de los últimos del fundo Los Perales. Eran ya más de las nueve y hacía rato que el silencio, montado en su macho negro, dominaba los caminos que dormían vigilados por los esbeltos álamos y los copudos sauces. Los queltehues gritaban, de rato en rato, anunciando lluvia, y algún guairavo perdido, mientras volaba, dejaba caer su estridente graznido.

Dentro del rancho la claridad era muy poco mayor que afuera; la única luz que allí brillaba era la de una vela que se consumía en una palmatoria de cobre. En el centro del piso había un brasero y alrededor dos hombres emponchados. Sobre las brasas se veía una olla llena de vino, en el cual uno de los emponchados, José Manuel, dejaba caer pequeños trozos de canela y de cáscaras de naranjas.

—Esto se está poniendo como caldo — murmuró.

—Y tan oloroso... Déjame probarlo — dijo su acompañante.

—No, todavía le falta, Antuco.

—¡Psch! Hace rato que me está diciendo lo mismo. Por el olorcito, parece que ya está bueno.

—No... Acuérdense que tenemos que esperar al compadre Vicente, y si nos ponemos a probarlo, cuando él llegue no habrá ni gota.

—¡Pero tantísimo que se demora!

—Pero si no fué allí no más, pues, señor. Tenía que

llegar hasta los potreros del Algarrobillo, y arreando. Por el camino, de vuelta, lo habrán detenido los amigos para echar un traguito...

—Sí, un traguito... Mientras el caballero le estará atracando tupido al mosto, nosotros estamos aquí, escupiendo cortito con el olor... Déjame probarlo, José Manuel.

—Bueno, ya está, condenado; me la ganaste. Toma.

Metió José Manuel un jarrito de lata en la olla y lo sacó chorreando de oloroso y humeante vino, que pasó a su amigo, el cual, atusándose los bigotes, se dispuso a beberlo. En ese instante se sintió en el camino el galope de un caballo; después, una voz fuerte dijo:

—¡Compadre José Manuel!

—¡Listo! — gritó Pincheira, levantándose, y en seguida a su compañero —: ¿No te dije, porfiado, que llegaría pronto?

—Que llegue o no, yo no pierdo la bocarada.

Y se bebió apresuradamente el vino, quemándose casi.

Frente a la puerta del rancho, el campero Vicente Montero había detenido su caballo.

—Baje, pues, compadre.

—A bajarme voy...

Desmontó. Era un hombre alto, macizo, con las piernas arqueadas, vestido a la usanza campesina.

—Entre, compadre; lo estoy esperando con un traguito de vino caliente.

—¡Ah, eso es muy bueno para matar el bichito! Aunque ya vengo medio caramboleado. En la casa del chico Aurelio casi me atoraron con vino.

Avanzó a largos y separados pasos, haciendo sonar sus grandes espuelas y golpeándose las polainas con la gruesa penca. A la escasa luz de la vela se vió un instante el rostro de Vicente Montero, oscuro, fuerte, de

cuadrada barba negra. Después se hundió en la sombra, mientras los largos brazos buscaban un asiento.

—Está haciendo frío.

—Debe estar lloviendo en la costa.

—Bueno, vamos a ver el vinito.

—Sirve, Antuco...

Llenó Antonio el jarrito y se lo ofreció a Vicente. Éste lo tomó, aspiró el vaho caliente que despedía el vino, hizo una mueca de fruición con la nariz y empezó a bebérselo a sorbitos, dejando escapar gruñidos de satisfacción.

—Esto está bueno, muy bueno. Apuesto que fué Antuco el que lo hizo. Es buenazo para preparar mixturas. Creo que se ha pasado la vida en eso.

—No — protestó Pincheira —, lo hice yo, y si no fuera porque lo cuidé tanto, Antuco lo habría acabado probándolo.

Rió estruendosamente Vicente Montero. Devolvió el jarrito, y Antonio lo llenó de nuevo, sirviéndole esta vez a José Manuel.

—Bueno, cuenta, ¿cómo te fué por allá?

—Bien; dejé los animales en el potrero y después me entretuve hablando con las amistades.

—¿Cómo está la gente?

—Todos alentados... ¡Ah, no! Ahora que me acuerdo, hay un enfermo.

—¿Quién?

—Taita Gil... Pobre viejo, se va como un ovillo.

—¿Y qué tiene?

—¡Quién sabe! Allá dicen que es el colocolo el que lo está matando, pero para mí que es pensión. ¡Le han pasado tantas al pobre viejo, y tan seguidas!

—Bien puede ser el colocolo...

—¡Qué va a ser, señor! Oye, Antuco, pásame otro traguito...

Volvió a circular el jarro lleno de vino caliente.

—¿Tú no crees en el colocolo?

—No, señor, cómo voy a creer... Yo no creo más que en lo que se ve. Ver para creer, dijo Santo Tomás. ¿Quién ha visto al colocolo? Nadie. Entonces no existe.

—¡Psch! ¿Así que tú no crees en Dios?

—Este... No sé, pero en el colocolo no creo. ¿Quién lo ha visto?

—Yo lo he visto — afirmó José Manuel.

—Sí, con los ojos del alma... ¡Son puras fantasías, señor! Las ánimas, los chonchones, el colocolo, la calchona, las candelillas... Ahí tienes tú: yo creo en las candelillas porque las he visto.

—¡No estés payaseando! — exclamó asustado Antonio.

—Claro que las vi.

—A ver, cuenta.

—Se lo voy a contar... Oye, Antuco, pásame otro trago.

—¡Así tan seguido se pierde el tañido!

—¿No lo hicieron para tomar? Tomémoslo, entonces. José Manuel y Antonio se echaron a reír.

—¡Este diablo tiene más conchas que un galápago!

—Bueno, cuenta...

—Espérense que mate este viejo.

Se bebió el último sorbo, lanzó un sonoro ¡ah! y dijo:

—Cuando yo era muchachón, tendría unos diez y nueve años, fuí un día a la ciudad a ver a mi tío Francisco, que tenía un negocio cerca de la plaza. Allá se me hizo tarde y me dejaron a comer. Después de comida, cuando me vieron preparándome para volver a casa, empezaron a decirme que no me viniera, que el camino era muy solo y peligroso y la noche estaba muy oscura. Yo, firme y firme en venirme, hasta que para asustarme me dijeron:

»—No te vayas, Vicente; mira que en el potrero grande están saliendo candelillas...

»—¿Están saliendo candelillas? Mejor me voy; tengo ganas de ver esos pajaritos.

»Total, me vine. Traía mi buen cuchillo y andaba montado. ¿Qué más quiere un hombre? Venía un poco mareado, porque había comido y tomado mucho, pero con el fresco de la noche se me fué pasando. Eché una galopada hasta la salida del pueblo y desde ahí puse el caballo al trote. Cuando llegué al potrero grande, tomé el camino al lado de la vía, al paso. Atravesé el río. No aparecían las candelillas. Entonces, creyendo que todas eran puras mentiras, animé el paso del caballo y empecé a pensar en otras cosas que me tenían preocupado. Iba así, distraído, al trote largo, cuando en esto se para en seco el caballo y casi me saca librecito por las orejas. Miré para adelante, para ver si en el camino había algún bulto, pero no vi nada. Entonces le pegué al caballo un chinchorrazo con la penca en el cogote, gritando:

»—¿Qué te pasa, manco del diablo?

»Y le aflojé las riendas. El caballo no se movió. Le pegué otro pencazo. Igual cosa. Entonces miré para los costados, y vi, como a unos cien pasos de distancia, dos luces que se apagaban y se encendían, corriendo para todos lados. Allí no había ningún rancho, ninguna casa, nada de donde pudiera venir luz. Entonces dije:

»—Estas son las candelillas...»

—¿Las candelillas? —preguntó Antonio.

—Las candelillas... Pásame otro trago, por preguntón... Como el caballo era un poco arisco, no quise apurarlo más. Me quedé allí parado, tanteándome la cintura para ver si el cuchillo saldría cuando lo necesitara, y mirando aquellas luces que se encendían y se apagaban y corrían de un lado para otro, como

queriendo marearme. No se veía sombra ni bulto alguno... De repente las luces dejaron de brillar, y cuando yo creí que se habían apagado del todo, aparecieron otra vez, más cerca de lo que estaban antes. El caballo quiso recular y dar vuelta para arrancar, pero lo atrinqué bien. Otro rato estuvieron las luces encendiéndose y apagándose y corriendo de allá para acá. Se apagaron otra vez sin encenderse un buen momento, y aparecieron después más cerca. Así pasó como un cuarto de hora, hasta que acostumbándome a mirar en la obscuridad, empecé a ver un bulto negro, como una sombra larga, que corría debajo de las luces...

»—Aquí está la payasada — me dije.

»Y haciéndome el leso principié a desamarrar uno de los estribos de madera que llevaba; lo desaté y me afirmé bien la correa en la mano derecha. Con la otra agarré el cuchillo, uno de cacha negra que cortaba un pelo en el aire, y esperé.

»Poco a poco fueron acercándose las luces, siempre corriendo de un lado para otro, apagándose y encendiéndose. Cuando estuvieron como a unos cuarenta pasos, ya se veía bien el bulto; parecía el de una persona metida dentro de una sotana. Lo dejé acercarse un poquito más y de repente le aflojé las riendas al caballo, le clavé firme las espuelas y me fuí sobre el bulto, haciendo girar el estribo en el aire y gritando como cuando a uno se le arranca un toro bravo del piño: ¡Allá va, allá va valla valla vallaaaaa! El bulto quiso arrancar, pero yo iba como un celaje. A quince pasos de distancia *revolié* con más fuerza el estribo y lo largué sobre el bulto. Se sintió un grito y la sombra cayó al suelo. Desmonté de un salto y me fuí sobre el que había caído, lo levanté con una mano, y zamarreándolo, mientras lo amenazaba con el cuchillo, le grité:

»—¿Quién eres tú? ¡Habla!

»No me contestó, pero se quejó. Lo volví a zamarrear y a gritar, y entonces sentí que una voz de mujer, ¡de mujer, compadre!, me decía:

»—No me hagas nada, Vicente Montero...»

—¿Era una mujer?

—¡Una mujer, compadrito de mi alma! Y yo, bruto, le había dado un estribazo como para matar un burro... Pásame otro trago, Antuco. Al principio no me di cuenta de quién era, pero después, al oírla hablar más, vine a caer: era una mujer, conocida de la casa, que tenía tres hijos y a quien se le había muerto el marido unos meses atrás. Le pregunté qué diablos andaba haciendo con esas luces y me contó que lo hacía para ganarse la vida, porque, como la gente era tan pobre en el pueblo, no tenía a quien trabajarle y no quería irse para la ciudad y dejar abandonados a sus niños. En vista de todo esto, había resuelto ocuparse en eso.

—¡La media ocupación que había encontrado!

—Se untaba las manos con un menjunje de fósforos y azufre que se las ponía luminosas y salía al potrero a asustar a los que pasaban, abriendo y cerrando las manos y corriendo para todos lados. Algunos se desmayaban de miedo; entonces les sacaba la plata que llevaban y se iba... Total, después que se animó y se sacó la sotana en que andaba envuelta, la subí al anca y la traje para el pueblo... Y desde entonces, hermano Juan de Dios, cuando me hablan de ánimas y de aparecidos, me río y digo: ¡Vengan candelillas, ánimas y fantasmas, teniendo yo mi estribo en la mano! Sírveme otro traguito, Antuco...

—¡Pero, hombre, te lo has tomado casi todo vos solo!

—¿Pero no lo habían hecho para mí?

—Ahí tienes tú, Vicente; yo no creo mucho en

ánimas, pero en el colocolo, sí. Mi padre murió de eso.

—Sería alguna enfermedad —dijo Vicente, despezándose—. Me está dando sueño con tanto vino y tantos fantasmas. ¡Ah! —bostezó.

—Y te voy a contar cómo fué, sin quitarle ni ponerle nadita.

—Cuenta, cuenta...

—Hasta los cuarenta y cinco años, mi padre fué un hombre robusto, bien plantado, macizote. Cuando esto pasó, yo tendría unos diez y nueve años. Vivíamos en Talca, cerca de la estación. Un día, por éstas y por las otras, mi padre decidió que nos cambiáramos a otra casa, a una que estaba al lado del presidio. La casa era de adobe grande, y aunque muy vieja, nos convenía el cambio porque andábamos un poco atrasados. Cuando nos estábamos cambiando, vino una viejita que vivía por ahí cerca y le dijo a mi padre:

»—Mira, José Manuel, no te vengas a esta casa. Desde que murió aquí el zambo Huerta, nadie ha podido vivir en ella sin tener alguna desgracia en la familia... La casa está apestada; tiene colocolo...

»Mi padre se rió con tamaña boca. ¡Colocolo! Eso estaba bueno para las viejas y para asustar a los chiquillos, pero a los hombrecitos como él no se les contaba esas mentiras.

»—No tenga cuidado, abuela; en cuanto el colocolo asome el hocico, lo hago ñaco de un pisotón.

»Se fué la veterana, moviendo la cabeza, y nosotros terminamos la mudanza. La casa era muy sucia, había millones de pulgas y las murallas estaban llenas de cuevas de ratones... En el primer tiempo no sucedió nada, pero, a poco andar, mi padre empezó a toser y a ponerse pálido; se fué enflaqueciendo y en la mañana despertaba acalorado. De noche tosía tan fuerte que

nos despertaba a todos. Le dolía la espalda y sentía vahidos de cabeza.

»—¡Qué diablos me está dando! —decía.

»Mi madre le preparó algunos remedios caseros y le daba friegas. No mejoraba nada.

»—¿Por qué no ves un médico, José Manuel? —le decía mi madre.

»—No mujer, si esto no es nada. Debe ser el garrotazo el que me ha dado... Pasará pronto.

»Pero no pasaba; al contrario, empeoraba cada vez más. Después le vino fiebre y un día echó sangre por la boca. Se quejaba de dolores en la espalda y en los brazos. No pudo ir a trabajar. Una noche se acostó con fiebre. Como a las doce, mi madre, que dormía cerca de él, lo sintió sentarse en la cama y gritar:

»—¡El colocolo! ¡El colocolo!

»—¿Qué te pasa, José Manuel? —le preguntó mi madre, llorando.

»—¡El colocolo! ¡Me estaba chupando la saliva!

»Nos levantamos todos. Mi padre ardía de fiebre y gritaba que había sentido al colocolo encima de su cara y que le chupaba la saliva. Esa noche nos amanece con él. Al otro día llamamos un médico; lo examinó y dijo que había que darle estos y otros remedios. Los compramos, pero mi padre no los quiso tomar, diciendo que él no tenía ninguna enfermedad y que lo que lo estaba matando era el colocolo. Y el colocolo y el colocolo y de ahí no lo sacaba nadie.

—¡Y dale con el colocolo! —murmuró Vicente Montero.

»Se le hundieron los ojos y las orejas se le pusieron como si fueran de cera. Tosía hasta quedar sin alientos y respiraba seguidito.

»—No me dejen solo —decía—. En cuanto ustedes se van y me empiezo a quedar dormido, viene el

colocolo. Es como un ratón con plumas, con el hocico bien puntiagudo. Se me pone encima de la boca y me chupa la saliva. No lo he podido agarrar, porque en cuanto quiero despertar se deja caer al suelo y lo veo cuando va arrancando. ¡No me dejen solo, por diosito!

»En la casa estábamos con el alma en un hilo, andábamos despacito como fantasmas y no sabíamos qué diablos hacer. ¡No es broma ver que a un hombre tan fuerte como un roble se lo lleva la Pelada sin decir ni ¡ay!

»Por fin, mi padre pidió que llamáramos a la viejita que le había aconsejado que no nos fuéramos a esa casa. Fuimos a buscar a la señora; vino, y cuando vió el estado en que se encontraba mi padre, le dijo:

«—¿No te dije, José Manuel Pincheira, que no te vinieras a esta casa, que había colocolo?

«—Sí, abuelita, tenía razón usted... Pero, ¿qué se puede hacer ahora?

«—Ahora lo único que se puede hacer es aguaitar al colocolo y matarlo. Para esto hay que saber en qué cueva vive; a veces se sabe por el ruido que hace; se queja y llora como una guagua recién nacida. Cuando no grita, para encontrarlo hay que espolvorear el suelo con harta harina, echándola de modo que no quede ninguna huella encima. Al otro día se busca en la harina el rastro del colocolo y una vez que se ha dado con la cueva, se la llena de parafina mezclada con agua bendita... Con esto no vuelve nunca más.

«—¿Es un ratón el colocolo? —preguntó mi madre.

«—No, mi señora, parece ratón y no lo es; parece pájaro y no es pájaro; llora como una guagua y no es guagua; tiene plumas y no es ave.

«—¿Qué es entonces?

«—Es... el colocolo. Nace del huevo huero de una gallina. Cuando se deja abandonado un huevo así, sin

hacerlo tiras, viene una culebra, se lo lleva y lo empolla; cuando nace, ella le da de mamar y le enseña a chupar la saliva de las personas que duermen con la boca abierta.

»Se fué la señora, dejándonos más asustados de lo que estábamos antes. Esa noche llenamos de harina todo el piso de la pieza, desparramándola de adentro para afuera, de modo que no quedara rastro alguno. Mi hermano Andrés y yo nos tendimos en la puerta, de guardia, armados de piedras y palos, listos para entrar cuando mi padre llamara. Conversando y fumando, nos quedamos dormidos. A medianoche nos despertó el grito de mi padre:

»—¡El colocolo! ¡El colocolo!

»Entramos, pero no hallamos al dichoso bicho. Buscamos las huellas, pero había tantas que nos salió lo mismo que si no hubiera ninguna. En todas las bocas de las cuevas había huellas de entradas y salidas de ratones. ¿Cómo íbamos a saber cuáles eran las del colocolo?

»Al otro día se repitió la pantomima. Mi padre estaba muy mal, tosía y tenía una fiebre de caballo. Más o menos a la misma hora de la noche anterior, sentimos que mi padre se quejaba como una persona que no puede respirar. Escuchamos un rato y oímos como un gemido de niño chico. De repente mi padre se sentó en la cama y dió un grito terrible. Entramos corriendo y vimos al colocolo; iba subiendo por la muralla hacia el techo.

»—¡Allá va, Andrés, mávalo!

»Mi hermano, que estaba del lado en que el animal iba subiendo, le tiró un peñascazo, con tanta puntería que le pegó medio a medio del espinazo. Se sintió un grito agudo, como de mujer, y el colocolo cayó en un rincón. Si lo hubiéramos buscado en seguida, tal vez

lo habríamos encontrado, pero con el miedo que teníamos y con lo que nos demoramos en tomar la luz, el colocolo desapareció, dejando rastros de sangre a la entrada de una cueva.

»En la mañana murió mi padre. Vino el médico y dijo que había muerto de la calentita, que la casa estaba infectada y que nos debíamos cambiar de ahí.

»Después que enterramos al viejo, hicimos una excavación en la cueva en que se había metido el colocolo, pero no encontramos nada. Esa cueva se comunicaba con otra.

»Nos fuimos de la casa, y un mes después, en la noche, volvimos mi hermano Andrés y yo y le prendimos fuego. Y dicen que cuando la casa estaba ardiendo, en medio de las llamas se sentía el llanto de un niño...»

Terminó su narración José Manuel Pincheira, y en el instante de silencio que siguió a su última palabra, se oyó un suave ronquido. Vicente Montero se había dormido.

—Se durmió el compadre.

—Debe estar cansado... y borracho.

—¡Eh! —le gritó José Manuel, dándole un golpe con la mano.

Dormido como estaba y medio borracho, el empujón hizo perder el equilibrio a Vicente Montero, que osciló como un barril, inclinándose hacia atrás. Alcanzó a enderezarse y saltó a un lado, gritando:

—¡Epa, compadre!

—¿Qué le pasa, señor? —le preguntó irónicamente Antonio.

—¡Por la madre! Estaba soñando que un colocolo más grande que un ternero me estaba chupando la saliva como quien toma cerveza cuando tiene sed.

Se rieron José Manuel y Antonio. Vicente, desesperándose, dijo:

—Ya debe ser muy tarde.

Buscó en todos sus bolsillos, diciendo:

—¿Dónde está mi reloj?

—¿Tienes reloj, Vicente? Andas muy en la buena.

—Sí, tengo un reloj que le compré al mayordomo.

Aquí está.

Y sacó un descomunal reloj Waltham.

—¡Ja, ja! Ese no es un reloj, pues, señor... Eso es una piedra de moler. ¡Una callana!

—Sí, ríanse, no más... Este es un reloj macuco. Anda mejor que el de la iglesia. Cuando el de la iglesia da las doce, el mío hace ratito que las ha dado. Me sirve muchísimo. Estuve como un año juntando plata para comprarlo. No lo dejo ni de día ni de noche. Cuando me acuesto lo cuelgo en la cabecera y le digo: «Mañana a las seis, ¿no?» Y a las seis en punto despierto. No lo cambio ni por un caballo con aperos de plata... Ya son las once y media. Me voy.

Se despidieron los amigos, y después de dos tentativas para montar, Vicente Montero montó y se fué. Dejó que su caballo marchara al trote, abandonándose él a su suave vaivén. Tenía sueño, modorra; el alcohol ingerido se desparramaba lentamente por sus venas, produciéndole una impresión de dulce cansancio. Inclino la cabeza sobre el pecho y empezó a dormitar, aflojando las riendas al caballo, que aumentó su carrera. Insensiblemente se fué durmiendo, deslizándose por una pendiente suavísima. De pronto apareció ante sus ojos, en sueños, un enorme ratón con ojos colorados y ardientes, que empezó a correr delante del caballo. Corría, corría, dándose vuelta de trecho en trecho para mirarle con sus ojos rojos. Después se paró ante el caballo, y dando un salto se colocó sobre la cabeza

del animal, desde donde empezó a mirarle fijamente. Era un ratón horrible, con pequeñas plumas en vez de pelos, la cabeza pelada y llena de granos de sarna y el hocico puntiagudo, con una lengua roja y fina como la de una culebra. Mucho rato estuvo allí, mirándole sin cerrar los ojos, hasta que dando un chillido saltó y quedó colgado de la barba de Vicente Montero.

—¡Eh! —gritó éste angustiosamente, tirando con todas sus fuerzas de las riendas.

Detenido bruscamente en su carrera, el caballo dió un fuerte bote, y Vicente Montero, después de dar una vuelta en el aire, cayó de cabeza al suelo. La violencia del golpe y el estado de semi embriaguez en que se encontraba, hicieron que se desvaneciera. Rezongó unas palabras y allí quedó, medio desmayado y medio dormido.

Así estuvo largo rato... Después despertó, sintió un escalofrío, se restregó los ojos y miró a su alrededor, atontado. Vió a su caballo, unos pasos más adelante, mordisqueando unas hierbas.

—¿Qué diablos me habrá pasado?

El aire y el sueño le habían avivado la borrachera. Se puso de rodillas, tiritando, procurando explicarse la causa de su estada en ese sitio y en esa postura. Recordó algo, muy vagamente: el colocolo, un hombre que se había muerto porque se le había acabado la saliva, una vieja que echaba harina en el suelo y un ratón con ojos colorados, sin saber si todo eso lo había soñado o le había sucedido a él.

Se afirmó en una mano para levantarse, y al ir a hacerlo miró hacia el suelo. Allí vió algo que lo dejó inmóvil. A un metro de distancia, entre el pasto alto, un ojo claro y brillante lo miraba fijamente.

—Esta sí que es grande —murmuró, volviendo a caer de rodillas y mirando asustado aquel ojo amena-

zante. Recordó entonces el horrible ratón de ojos ardientes que había visto o soñó ver. Hizo «¡Chis!», queriendo espantar a aquel ojo fijo, pero éste continuó mirándolo. Si hubiera tenido la estribera... De pronto se estremeció de alegría: recordó que en el sueño, o en lo que fuera, alguien había muerto un colocolo de un peñascazo.

—Espérate, no más... ¡Colocolos conmigo!

Tanteó en el suelo, buscando una piedra; encontró una, de tamaño suficiente como para aplastar media docena de colocolos, y calculando bien la distancia la lanzó hacia aquel ojo luminoso y fijo, gritando:

—¡Toma!

Se sintió un leve chirrido y él saltó hacia adelante, estirando la mano hacia el supuesto colocolo. Cogió algo frío y lleno de pequeñas puntas afiladas. Sintió un escalofrío de terror y lanzó violentamente hacia arriba lo que había tomado, pero en el momento de hacerlo recordó algo que le era familiar al tacto en la forma y en la frialdad. Estiró la mano y recogió el objeto que descendía. Lo acercó a sus ojos y vio algo que le hizo darse un golpe de puño en el muslo, al mismo tiempo que gritaba con rabia:

—¡Por la misma remadre! ¡Mi reloj Waltham!...

# ÍNDICE DE AUTORES QUE INTEGRAN LA COLECCIÓN AUSTRAL

De los 380 Primeros Volúmenes

- AIMARD, G.**  
276-Los tramperos del Arkansas.\*
- ALARCÓN, PEDRO A. DE**  
37-El Capitán Veneno y El sombrero de tres picos.
- ALTAMIRANO, IGNACIO M.**  
108-El Zarco.
- ALVAREZ QUINTERO, S. y J.**  
124-Puebla de las mujeres y El genio alegre.  
321-Malvaloca y Doña Clarines.
- ANÓNIMO**  
5-Poema del Cid.\*
- ANÓNIMO**  
59-Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.
- ANÓNIMO**  
156-Lazarillo de Tormes.
- ANÓNIMO**  
337-La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artus Dalgarbe.
- ANÓNIMO**  
359-Libro del esforzado caballero Don Tristán de Leonís.\*
- ANÓNIMO**  
374-La historia del rey Canamor y del infante Turrián, su hijo y La destrucción de Jerusalem.
- ARCIPRESTE DE HITA**  
98-Libro de buen amor.
- ARÉNE, PAUL**  
205-La Cabra de Oro.
- ARISTÓTELES**  
239-La Política.\*  
296-Moral. (La gran moral. Moral a Eudemo).\*318-Moral, a Nicomaco.\*
- ARRIETA, RAFAEL ALBERTO**  
291-Antología.
- AUNÓS, EDUARDO**  
275-Estampas de ciudades.\*
- AZORIN**  
36-Lecturas españolas.  
47-Trasuntos de España.  
67-Españoles en París.  
153-Don Juan.  
164-El paisaje de España visto por los españoles.  
226-Visión de España.  
248-Tomás Rueda.  
261-El escritor.  
380-Capricho.
- BALLANTYNE, ROBERTO M.**  
259-La isla de coral.
- BALMES, J.**  
71-El criterio.\*
- BALZAC, H. DE**  
77-Los pequeños burgueses.
- BAROJA, PIO**  
177-La leyenda de Jaun de Alzate.  
206-Las inquietudes de Shanti Andía.\*  
230-Fantasías vascas.
- 256-El gran torbellino del mundo.\*  
288-Las veleidades de la fortuna.  
320-Los amores tardíos.  
331-El mundo es así.  
346-Zalacaín el aventurero.  
365-La casa de Aizgorri.  
377-El mayorazgo de Labraz.
- BASHKIRTSEFF, MARIA**  
165-Diario de mi vida.
- BÉCQUE, GUSTAVO A.**  
3-Rimas y leyendas.
- BENAVENTE, J.**  
34-Los intereses creados y Señora ama.  
84-La Malquerida y La noche del sábado.  
94-Cartas de mujeres.  
305-La fuerza bruta y Lo cursi.
- BERCEO, GONZALO DE**  
344-Vida de Sancto Domingo de Silos y Vida de Sancta Oria, virgen.
- BERDIAEFF, N.**  
26-El cristianismo y el problema del comunismo.  
61-El cristianismo y la lucha de clases.
- BERGERAC, CYRANO DE**  
287-Viaje a la Luna e Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol.\*
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE**  
341-Sangre y arena.\*  
351-La barraca.  
361-Arroz y tartana.\*
- BOUGAINVILLE, L. A. DE**  
349-Viaje alrededor del mundo.\*
- BUTLER, SAMUEL**  
285-Erewhon.\*
- BYRON, LORD**  
111-El corsario, Lara, El sitio de Corinto y Maseppa.
- CALDERÓN DE LA BARCA, P.**  
39-El alcalde de Zalamea y La vida es sueño.  
289-Casa con dos puertas mala es de guardar y El mágico prodigioso.
- CAMBA, JULIO**  
22-Londres.  
269-La ciudad automática.  
295-Aventuras de una peseta.  
343-La casa de Lúculo.
- CAMPOAMOR, R. DE**  
238-Doloras. Cantares. Los pequeños poemas.
- CANÉ, MIGUEL**  
255-Juvenilia y Otras páginas argentinas.
- CAPDEVILA, ARTURO**  
97-Córdoba del recuerdo.  
222-Las invasiones inglesas.  
352-Primera antología de mis versos.\*
- CASTRO, ROSALÍA**  
243-Obra poética.

- CERVANTES, M. DE**  
29-Novelas ejemplares.\*  
150-Don Quijote de la Mancha.\*
- CÉSAR, JULIO**  
121-Comentarios de la Guerra de las Galias.\*
- CICERÓN**  
339-Los oficios.
- CONDAMINE, C. MARÍA DE LA**  
268-Viaje a la América meridional.
- CROCE, B.**  
41-Breviario de estética.
- CRUZ, SOR JUANA INÉS DE LA**  
12-Obras escogidas.
- CHEJOY, ANTÓN P.**  
245-El jardín de los cerezos.  
279-La cerilla sueca.  
348-Historia de mi vida.
- CHESTERTON, GILBERT K.**  
20-Santo Tomás de Aquino.  
125-La Esfera y la Cruz.\*  
170-Las paradojas de Mr. Pond.
- CHMELEY, IVÁN**  
95-El camarero.
- DARIO, RUBÉN**  
19-Azul.  
118-Cantos de vida y esperanza.  
282-Poema del otoño.
- DEMAISON, ANDRÉ**  
262-El libro de los animales llamados salvajes.
- DESCARTES**  
6-Discurso del método.
- DÍAZ-PLAJA, GUILLERMO**  
297-Hacia un concepto de la literatura española.
- DICKENS, C.**  
13-El grillo del hogar.
- DIEGO, GERARDO**  
219-Primera antología.
- DONOSO, ARMANDO**  
376-Algunos cuentos chilenos.
- DOSTOYEVSKI, F.**  
167-Stepantchikovo.  
267-El jugador.  
322-Noches blancas y El diario de Raskólnikov.
- ESPINA, A.**  
174-Luis Candelas, el bandido de Madrid.  
290-Ganivet. El hombre y la obra.
- ESQUILO**  
224-La Orestíada. Prometeo encadenado.
- ESTEBANEZ CALDERÓN, S.**  
188-Escenas andaluzas.
- FERNÁN CABALLERO**  
56-La familia de Alvareda.  
364-La Gaviota.\*
- FERNÁNDEZ-FLOREZ, W.**  
145-Las gafas del diablo.  
225-La novela número 13.  
263-Las siete columnas.  
284-El secreto de Barba-Azul.\*  
325-El hombre que compró un automóvil.
- FERNÁNDEZ MORENO, B.**  
204-Antología 1915-1940.\*
- FRANKLIN, B.**  
171-El libro del hombre de bien.
- GÁLVEZ, MANUEL**  
355-El gaucho de Los Cerrillos.
- GALLEGOS, RÓMULO**  
168-Doña Bárbara.\*  
192-Cantaclaro.\*  
213-Canaima.\*  
244-Reinaldo Solar.\*  
307-Pobre negro.\*  
338-La trepadora.\*
- GANIVET, A.**  
126-Cartas finlandesas y Hombres del Norte.  
139-Idearium español y El porvenir de España
- GARCÍA GÓMEZ, E.**  
162-Poemas arábigoandaluces.
- GERARD, JULIO**  
367-El matador de leones.
- GOETHE, J. W.**  
60-Las afinidades electivas.\*
- GOGOL**  
173-Tarás Bulba y Nochebuena.
- GÓMEZ DE LA SERNA, R.**  
14-La mujer de ámbar.  
143-Greguerías 1940-43.  
308-Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías.
- GÓNGORA, L. DE**  
75-Antología.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E.**  
333-Antología poética.
- GRACIÁN, BALTASAR**  
49-El héroe. El discreto.  
258-Agudeza y arte de ingenio.\*
- GUEVARA, ANTONIO DE**  
242-Epístolas familiares.
- GUINNARD, A.**  
191-Tres años de esclavitud entre los patagones.
- HARDY, T.**  
25-La bien amada.
- HEARN, LAFCADIO**  
217-Kwaidan.
- HEINE, E.**  
184-Noches florentinas.
- HERCZEG, F.**  
66-La familia Gyurkovics.\*
- HERNÁNDEZ, J.**  
8-Martín Fierro.
- HESSEN, J.**  
107-Teoría del conocimiento.
- HUDSON, G. E.**  
182-El ombú y otros cuentos rioplatenses.
- IBARBOUROU, JUANA DE**  
265-Poemas.
- IBSEN, H.**  
193-Casa de muñecas y Juan Gabriel Borkman.
- INSÓA, A.**  
82-Un corazón burlado.  
316-El negro que tenía el alma blanca.\*  
328-La sombra de Peter Wald.\*
- IRVING, WASHINGTON**  
186-Cuentos de la Alhambra.

- JAMESON, EGON**  
93-De la nada a millonarios.
- JAMMES, F.**  
9-Rosario al Sol.
- JENOFONTE**  
79-La expedición de los diez mil (Anábasis).
- JÜNCO, A.**  
159-Sangre de Hispania.
- KEYSERLING, CONDE DE**  
92-La vida íntima.
- KIERKEGAARD, SÖREN**  
158-El concepto de la angustia.
- KINGSTON, W. G. H.**  
375-A lo largo del Amazonas. \*
- KIRKPATRICK, F. A.**  
130-Los conquistadores españoles.\*
- KSCHEMISVARA**  
215-La ira de Caúsica.
- LARBAUD, VALÉRY**  
40-Fermina Márquez.
- LARRA, MARIANO JOSÉ DE**  
306-Artículos de costumbres.
- LARRETA, ENRIQUE**  
74-La gloria de don Ramiro.\*  
85-"Zogoibí".  
247-Santa Marfa del Buen Aire y Tiempos iluminados.
- LEÓN, FRAY LUIS DE**  
51-La perfecta casada.
- LEÓN, RICARDO**  
370-Jauja.
- LEOPARDI**  
81-Diálogos.
- LERMONTOV, M. I.**  
148-Un héroe de nuestro tiempo.
- LEROUX, GASTÓN**  
293-La esposa del Sol.\*  
378-La muñeca sangrienta.
- LEUMANN, C. A.**  
72-La vida victoriosa.
- LEVENE, RICARDO**  
303-La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad.\*
- LEVILLIER, R.**  
91-Estampas virreinales americanas.
- LI HSING-TAO**  
215.-El círculo de tiza.
- LOPE DE VEGA**  
43-Peribáñez y el Comendador de Ocaña y La estrella de Sevilla.\*  
274-Poesías líricas.  
294-El mejor alcalde, el Rey y Fuente Ovejuna.  
354-El perro del hortelano y El arenal de Sevilla.
- LUGONES, LEOPOLDO**  
200-Antología poética.\*  
232-Romancero.
- LYNCH, BENITO**  
50-Los caranchos de La Florida.  
127-Palo Verde y otras novelas cortas.
- LYTTON, B.**  
136-Los últimos días de Pompeya.
- MACHADO, ANTONIO**  
149-Poesías completas.\*
- MACHADO, MANUEL**  
131-Antología.
- MACHADO, MANUEL Y ANTONIO**  
260-La duquesa de Benamejí, La prima Fernanda y Juan de Mañara.\*
- MAEZTU, MARIA DE**  
330-Antología-Siglo XX. Prosistas españoles.\*
- MAEZTU, RAMIRO DE**  
31-Don Quijote, Don Juan y La Celestina.
- MAISTRE, JOSÉ DE**  
345-Las veladas de San Petersburgo.\*
- MALLEA, EDUARDO**  
102-Historia de una pasión argentina.  
202-Cuentos para una inglesa desesperada.
- MANRIQUE, JORGE**  
135-Obra completa.
- MANSILLA, LUCIO V.**  
113-Una excursión a los indios ranqueles.\*
- MARACH, JORGE**  
252-Martí, el apóstol.\*
- MAQUIAVELO**  
69-El Príncipe (comentado por Napoleón Bonaparte).
- MARAÑÓN, G.**  
62-El Conde-Duque de Olivares.\*  
129-Don Juan.  
140-Tiempo viejo y tiempo nuevo.  
185-Vida e historia.  
196-Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.  
360-El Emecinado visto por un Inglés.
- MARCOY, PAUL**  
163-Viaje por los valles de la quina.\*
- MARICHALAR, A.**  
78-Riesgo y ventura del Duque de Osuna.
- MAURA, ANTONIO**  
231-Discursos conmemorativos.
- MAURA GAMAZO, GABRIEL**  
240-Rincones de la Historia.
- MAUROIS, ANDRÉ**  
2-Disraeli.\*
- MÉNDEZ PEREIRA, O.**  
166-Núñez de Balboa.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.**  
28-Estudios literarios.\*  
55-Los romances de América y otros estudios.  
100-Flor nueva de romances viejos.\*  
110-Antología de prosistas españoles.\*  
120-De Cervantes y Lope de Vega.  
172-Idea imperial de Carlos V.  
190-Poesía árabe y poesía europea.  
250-El idioma español en sus primeros tiempos.  
280-La lengua de Cristóbal Colón.  
300-Poesía juglaresca y juglares.\*
- MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO**  
251-San Isidoro, Cervantes y otros estudios.  
350-Poetas de la Corte de Don Juan II.\*
- MEREJKOVSKY, D.**  
30-Vida de Napoleón.\*
- MERIMÉE, PRÓSPERO**  
152-Mateo Falcone y otros cuentos.

- MESA, E. DE**  
223-Poesías completas.
- MESONERO ROMANOS, R. DE**  
283-Escenas matritenses.
- MILL, STUART**  
83-Autobiografía.
- MOLIÈRE**  
106-El ricachón en la corte y El enfermo de aprensión.
- MOLINA, TIRSO DE**  
73-El vergonzoso en Palacio y El Burlador de Sevilla.\*  
369-La prudencia en la mujer y El condenado por desconfiado.
- MONTESQUIEU**  
253-Grandeza y decadencia de los romanos.
- MORAND, PAUL**  
16-New York.
- MORATÍN, L. FERNÁNDEZ DE**  
335-La comedia nueva y El sí de las niñas.
- MORETO, AGUSTIN**  
119-El lindo don Diego y No puede ser el guardar una mujer.
- MUÑOZ, R. F.**  
178-Se llevaron el cañón para Bachimba.
- NERVO, AMADO**  
32-La amada inmóvil.  
175-Plenitud.  
211-Serenidad.  
311-Elevación.  
373-Poemas.
- NEWTON, ISAAC**  
334-Selección.
- NIETZSCHE, FEDERICO**  
356-El origen de la tragedia.
- NOVÁS CALVO, L.**  
194-El Negrero.\*
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, ÁLVAR**  
304-Naufragios y comentarios.\*
- OBLIGADO, CARLOS**  
257-Los poemas de Edgar Poe.
- OBLIGADO, RAFAEL**  
197-Poesías.\*
- ORTEGA Y GASSET, J.**  
1-La rebelión de las masas.\*  
11-El tema de nuestro tiempo.  
45-Notas.  
101-El libro de las misiones.  
151-Ideas y creencias.  
181-Tríptico: Mirabeau o el político.  
Kant. Goethe.  
201-Mocedades.
- PALACIO VALDÉS, A.**  
76-La Hermana San Suipicio.\*  
133-Marta y María.\*  
155-Los majos de Cádiz.  
189-Riverita.\*  
218-Maximina.  
266-La novela de un novelista.\*  
277-José.  
298-La alegría del capitán Ribot.  
368-La aldea perdida.\*
- PALMA, RICARDO**  
52-Tradiciones peruanas (1ª selec.).  
132-Tradiciones peruanas (2ª selec.).  
309-Tradiciones peruanas (3ª selec.).
- PASCAL, BLAS**  
96-Pensamientos.
- PELLICO, SILVIO**  
144-Mis prisiones.
- PEMÁN, JOSÉ MARÍA**  
234-Noche de levante en calma y Julieta y Romeo.
- PEREDA, J. M. DE**  
58-Don Gonzalo González de la Gonzalera.
- PEREYRA, CARLOS**  
236-Hernán Cortés.\*
- PÉREZ DE AYALA, R.**  
147-Las Máscaras.\*  
183-La pata de la raposa.\*  
198-Tigre Juan.  
210-El curandero de su honra.  
249-Poesías completas.\*
- PEREZ GALDÓS, B.**  
15-Marielana.
- PÉREZ LUGÍN, ALEJANDRO**  
357-La casa de la Troya.\*
- PFANDL, LUDWIG**  
17-Juana la Loca.
- PIGAFETTA, ANTONIO**  
207-Primer viaje en torno del Globo.
- PLA, CORTÉS**  
315-Galileo Galilei.
- PLATÓN**  
44-Diálogos.\*  
220-La República o el Estado.\*
- PLUTARCO**  
228-Vidas paralelas: Alejandro - Julio César.
- POINCARÉ, HENRI**  
379-La ciencia y la hipótesis.\*
- PRAVIEL, A.**  
21-La vida trágica de la emperatriz Carlota.
- PREVOST, ABATE**  
89-Manón Lescaut.
- PRIETO, JENARO**  
137-El socio.
- PUCHKIN**  
123-La hija del Capitán y La nevasca.
- QUEIROZ, EÇA DE**  
209-La ilustre casa de Ramires.\*
- QUEVEDO, FRANCISCO DE**  
24-Historia de la vida del Buscón.  
362-Antología poética.
- RADA, JUAN DE DIOS DE LA**  
281-Mujeres célebres de España y Portugal (Primera selección).  
292-Mujeres célebres de España y Portugal (Segunda selección).
- RAMÍREZ CABAÑAS, J.**  
358-Antología de cuentos mexicanos.
- RAMÓN Y CAJAL, S.**  
90-Mi infancia y juventud.\*  
187-Charlas de café.\*  
214-El mundo visto a los ochenta años.  
227-Los tónicos de la voluntad.  
241-Cuentos de vacaciones.
- REID, MAYNE**  
317-Los tiradores de rifle.\*
- REY PASTOR, JULIO**  
301-La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.

- REYLES, CARLOS**  
88-El gaucho Florido.  
208-El embrujo de Sevilla.
- RICKERT, H.**  
347-Ciencia cultural y ciencia natural.\*
- RIVAS, DUQUE DE**  
46-Romances.\*
- RIVERA, JOSÉ E.**  
35-La vorágine.\*
- ROJAS, FERNANDO DE**  
195-La Cestina.
- ROJAS, FRANCISCO DE**  
104-Del Rey abajo, ninguno y Entre bobos anda el juego.
- ROUSSELET, LUIS**  
327-Viaje a la India de los Maharajahs.
- RUIZ DE ALARCÓN, JUAN**  
68-La verdad sospechosa y Los pechos privilegiados.
- RUSSELL, B.**  
23-La conquista de la felicidad.
- RUSSELL WALLACE, A. DE**  
313-Viaje al archipiélago malayo.
- SÁENZ HAYES, R.**  
329-De la amistad en la vida y en los libros.
- SAINZ DE ROBLES, F.**  
114-El "otro" Lope de Vega.
- SALTEN, FÉLIX**  
263-Los hijos de Bambi.  
371-Bambi.
- SALUSTIO, CAYO**  
366-La conjuración de Catilina y La guerra de Jugurta.
- SAN JUAN DE LA CRUZ**  
326-Obras escogidas.
- SANTA MARINA, L.**  
157-Cisneros.
- SANTA TERESA**  
86-Las Moradas.  
372-Su vida.\*
- SANTO TOMAS**  
310-Suma Teológica. (Selección.)
- SCHILLER, F.**  
237-La educación estética del hombre.
- SHAKESPEARE, W.**  
27-Hamlet.  
54-El rey Lear y Poemas.  
87-Otelo, el moro de Venecia y La tragedia de Romeo y Julieta.  
109-El mercader de Venecia y La tragedia de Mácbeth.  
116-La tempestad y La dema de la bravía.
- SHAW, BERNARD**  
115-Pigmalión y La cosa sucede.
- SILIÓ, CÉSAR**  
64-Don Álvaro de Luna.\*
- SIMMEL, GEORG**  
38-Cultura femenina y otros ensayos.
- SOLALINDE, A. G.**  
154-Cien romances escogidos.  
169-Antología de Alfonso X el Sabio.\*
- STENDHAL**  
10-Armancia.
- STERNE, LAURENCE**  
332-Viaje sentimental.
- STEVENSON, R. L.**  
7-La isla del Tesoro.  
342-Aventuras de David Balfour.
- STORNI, ALFONSINA**  
142-Antología poética.
- STRINDBERG, A.**  
161-El viaje de Pedro el Afortunado.
- SWIFT, JONATÁN**  
235-Viajes de Gulliver.\*
- TURGUENEFF, I.**  
117-Relatos de un cazador.  
134-Anuchka y Fausto.
- TWAIN, MARK**  
212-Las aventuras de Tom Sawyer.
- UNAMUNO, M. DE**  
4-Del sentimiento trágico de la vida.\*  
33-Vida de Don Quijote y Sancho.\*  
70-Tres novelas ejemplares y un prólogo.  
99-Niebla.  
112-Abel Sánchez.  
122-La tía Tula.  
141-Amor y pedagogía.  
160-Andanzas y visiones españolas.  
179-Paz en la guerra.\*  
199-El espejo de la muerte.  
221-Por tierras de Portugal y de España.  
233-Contra esto y aquello.  
254-San Manuel Bueno, mártir y Tres historias más.  
286-Soliloquios y conversaciones.  
299-Mi religión y otros ensayos breves.  
312-La agonía del cristianismo.  
323-Recuerdos de niñez y de mocedad.  
336-De mi país.
- UP DE GRAFF, F. W.**  
146-Cazadores de cabezas del Amazonas.\*
- URIBE, CÉSAR**  
314-Toá.
- VALDÉS, JUAN DE**  
216-Diálogo de la lengua.
- VALERA, JUAN**  
48-Juanita la Larga.
- VALLE-ARIZPE, A. DE**  
53-Cuentos del México antiguo.  
340-Leyendas mexicanas.
- VALLE-INCLÁN, R. DEL**  
105-Tirano Banderas.  
271-Corte de amor.  
302-Flor de santidad y Coloquios románticos.
- VAN DINE, S. S.**  
176-La serie sangrienta.
- VARIOS**  
319-Frases.
- VEGA, GARCILASO DE LA**  
63-Obras.
- VEGA, EL INCA GARCILASO DE LA**  
324-Comentarios reales. (Selección.)
- VIGNY, ALFREDO DE**  
278-Servidumbre y grandeza militar.
- VILLA-URRUTIA, MARQUÉS DE**  
57-Cristina de Suecia.
- VILLALÓN, CRISTÓBAL DE**  
246-Viaje de Turquía.\*  
264-El Cróton.\*

**VINCI, LEONARDO DE**

353-Aforismos.

**VIRGILIO**

203-Églogas. Geórgicas.

**VIVES, JUAN LUIS**

128-Diálogos.

138-Instrucción de la mujer cristiana.

272-Tratado del alma.\*

**VOSSLER, KARL**

270-Algunos caracteres de la cultura española.

**WAKATSUKI, FUKUYIRO**

103-Tradiciones japonesas.

**WASSILIEW, A. T.**

229-Ochraña.\*

**WAST, HUGO**

80-El camino de las llamas.

**WILDE, OSCAR**

18-El ruiseñor y la rosa.

65-El abanico de Lady Windermere y

La importancia de llamarse Ernesto.

**WINDHAM LEWIS, D. B.**

42-Carlos de Europa, emperador de Occidente.\*

**ZORRILLA, JOSÉ**

180-Don Juan Tenorio y El puñal del godo.

**ZWEIG, STEFAN**

273-Brasil.\*

\* Volumen extra.

FACILIDADES DE PAGO PARA LA ADQUISICIÓN DE ESTA COLECCIÓN, COMPLETA, O LOS VOLÚMENES QUE LE INTERESEN. SOLICITE CONDICIONES Y FOLLETOS EN COLORES





